

manuscrito
FABULAS
1844



DRPS
FA
387

UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitaria



0500763308



Amanteo
ABULAS
1844

Biblioteca de
RUSSELL P. SEBOLD

FABULAS
EN VERSO CASTELLANO
PARA USO
DE LAS ESCUELAS.

COMPUESTAS

POR D. FELIX MARÍA SAMANIEGO,
DEL NÚMERO DE LA REAL SOCIEDAD VASCONGADA
DE LOS AMIGOS DEL PAÍS.

TOMO I.



MADRID: 1844.

POR D. JULIAN VIANA RAZOLA,
calle de la Cruz, donde se hallarán.

FL DRPS PA/0827

0500713 307

EN VERSO CASTELLANO

PARA USO

DE LAS ESCUELAS

COLECCION

*Duplex libelli dos est: quod risum movet,
Et quod prudenti vitam consilio monet.*

PHÆDR. Fab. Prol. Lib. I.



MADRID: 1844

BOR DE JULIAN VIANA FAYOIA

Calle de la Cruz, donde se halla

PROLOGO.

Muchos son los sabios de diferentes siglos y naciones que han aspirado al renombre de Fabulistas; pero muy pocos los que han hecho esta carrera felizmente. Este conocimiento debiera haberme retraido del arduo empeño de meterme á contar Fábulas en verso castellano. Así hubiera sido; pero permítame el público protestar con sinceridad en mi abono que en esta empresa no ha tenido parte mi eleccion. Es puramente obra de mi pronta obediencia, debida á una persona en quien respeto unidas las cualidades de tio, maestro y gefe.

En efecto, el director de la Real Sociedad Vascongada, mirando la educacion como á basa en que estriba la felicidad pública, emplea la mayor parte de su zelo patriótico en el cuidado de proporcionar á los jóvenes alumnos del Real Seminario Vascongado cuanto conduce á su instruccion; y siendo (por decirlo así) el primer pasto con que se debe nutrir el espíritu de los niños las máximas morales, disfrazadas en el agradable artificio de la Fábula, me destinó á poner una coleccion de ellas en verso castellano, con el objeto de que recibiesen esta enseñanza, ya que no mamándola con la leche, segun

deseó Platon, á lo menos antes de llegar á estado de poder entender el latin.

Desde luego di principio á mi obrilla. Apenas pillaban los jóvenes seminaristas algunos de mis primeros ensayos, cuando los leian y estudiaban á porfia con indecible placer y facilidad; mostrando en esto el deleite que les causa un cuentecillo adornado con la dulzura y armonía poética, y libre para ellos de las espinas de la traduccion, que tan desagradablemente les punzan en los principios de su enseñanza.

Aunque esta primera prueba me asegura en parte de la utilidad de mi empresa, que es la verdadera recomendacion de un escrito, no se contenta con ella mi amor propio. Siguiendo este su ambiciosa condicion, desea que respectivamente logren mis Fábulas igual acogida que en los niños en los mayores, y aun si es posible entre los doctos; pero á la verdad esto no es tan fácil. Las espinas que dejan de encontrar en ellas los niños, las hallarán los que no lo son en los repetidos defectos de la obra. Quizá no parecerán estos tan de marca, dando aquí una breve noticia del método que he observado en la ejecucion de mi asunto, y de las razones que he tenido para seguirle.

Despues de haber repasado los preceptos de la Fábula, formé mi pequeña librería de Fabulistas: examiné, comparé, y elegí para mis modelos entre todos ellos despues de

Esopo á Fedro y La-Fontaine: no tardé en hallar mi desengaño. El primero, mas para admirado que para seguido, tuve que abandonar á los primeros pasos. Si la union de la elegancia y laconismo solo está concedida á este poeta en este género, ¿cómo podrá aspirar á ella quien escribe en lengua castellana, y palpa los grados que á esta le faltan para igualar á la latina en concision y energía? Este conocimiento, en que me aseguré mas y mas la práctica, me obligó á separarme de *Fedro*.

Empecé á aprovecharme del segundo (como se deja ver en las Fábulas de la *Cigarra y la Hormiga*, el *Cuervo y el Zorro*, y alguna otra); pero reconocí que no podía, sin ridiculizarme, trasladar á mis versos aquellas delicadas nuevas gracias y sales, que tan fácil y naturalmente derrama este ingenioso Fabulista en su narracion.

No obstante, en el estudio que hice de este autor, hallé no solamente que la mayor parte de sus argumentos son tomados de *Locman*, *Esopo* y otros de los antiguos, sino que no tuvo reparo en entregarse á seguir su propio carácter tan francamente, que me atrevo á asegurar que apenas tuvo presente otro precepto en la narracion que la regla general que él mismo asienta en el prólogo de sus Fábulas en boca de Quintiliano: *por mucho gracejo que se dé á la narracion, nunca será demasiado*.

Con las dificultades que toqué al seguir en la formacion de mi obrita á estos dos Fabulistas, y con el ejemplo que hallé en el último, me resolví á escribir tomando en cerro los argumentos de *Esopo*, entresacando tal cual de algun moderno, y entregándome con libertad á mi genio, no solo en el estilo y gusto de la narracion, sino aun en el variar rara vez algun tanto, ya del argumento, ya de la aplicacion de la moralidad, quitando, añadiendo ó mudando alguna cosa que, sin tocar al cuerpo principal del apólogo, contribuya á darle cierto aire de novedad y gracia.

En verdad, segun mi conciencia, mas de cuatro veces se peca en este método contra los preceptos de la Fábula; pero esta práctica licenciosa es tan corriente entre los Fabulistas, que cualquiera que se ponga á cotejar una misma Fábula en diferentes versiones, la hallará tan trasformada en cada una de ellas respecto del original, que, degenerando por grados de una en otra version, vendrá á parecerle diferente en cada una de ella. Pues si con todas estas licencias, ó pecados contra las leyes de la Fábula, ha habido Fabulistas que han hecho su carrera hasta llegar al templo de la inmortalidad, ¿á qué meterme yo en escrúpulos que ellos no tuvieron?

Si en algo he empleado casi niniamente mi atención, ha sido en hacer versos fáciles hasta acomodarlos, segun mi entender, á la comprension de los muchachos. Que alguna

vez parezca mi estilo no solo humilde, sino aun bajo, malo es; ¿mas no seria muchísimo peor que haciéndolo incompresible á los niños, ocupasen estos su memoria con inútiles coplas?

A pesar de mi desvelo en esta parte, desconfio conseguir mi fin. Un autor moderno, en su tratado de educacion, dice: que en toda la coleccion de *La-Fontaine* no conoce sino cinco ó seis Fábulas en que brilla con eminencia la sencillez pueril; y aun haciendo análisis de alguna de ellas, encuentra pasajes desproporcionados á la inteligencia de los niños.

Esta crítica ha sido para mí una leccion. Confesaré sinceramente que no he acertado á aprovecharme de ella, si en mi coleccion no se halla mas de la mitad de Fábulas que en la claridad y sencillez del estilo no pueda apostarselas á la prosa mas trivial. Este me ha parecido el solo medio de acercarme al lenguaje en que debemos enseñar á los muchachos; ¿pero quién tendrá bastante filosofia para acertar á ponerse en el lugar de estos, y medir así los grados á que llega la comprension de un niño?

En cuanto al metro no guardo uniformidad: no es esencial á la Fábula, como no lo es al epigrama y á la lira, que admiten infinita variedad de metros. En los apólogos hay tanta inconexion de uno á otro, como en las liras y epigramas. Con la variedad de metros he procurado huir de aquel monotonismo que adormece los sentidos, y se opone á la varia armonía que tanto deleita el ánimo y aviva la

atencion. Los jóvenes que tomen de memoria estos versos adquirirán con la repetición de ellos alguna facilidad en hacerlos arreglados á las diversas medidas, á que por este medio acostumbren su oído.

Verdad es que se hallará en mis versos gran copia de endecasílabos pareados con la alternativa de pies quebrados, ó de siete sílabas; pero me he acomodado á preferir su frecuente uso al de otros medios, por la ventaja que no tienen los de estancias mas largas, en las cuales, por acomodar una sola voz que falte para la clara explicación de la sentencia, ó queda confuso y como estrujado el pensamiento, ó demasiadamente holgado y lleno de ripio.

En conclusion: puede perdonarseme bastante por haber sido el primero en la nacion que ha abierto el paso á esta carrera, en que he caminado sin guía, por no haber tenido á bien entrar en ella nuestros célebres Poetas castellanos. Dichoso yo si logro que, con la ocasión de corregir mis defectos, dediquen ciertos genios poéticos sus tareas á cultivar este y otros importantes ramos de instruccion y provecho. Mientras así no lo hagan, habremos de contentarnos con leer sus excelentes églogas, y sacar de sus dulcísimos versos casi tanta melodía como de la mejor música del *divino Heyden*, aunque tal vez no mayor enseñanza ni utilidad.



LIBRO I.
FÁBULA PRIMERA.

EL ASNO Y EL COCHINO.

Á LOS CABALLEROS ALUMNOS

DEL REAL SEMINARIO PATRIÓTICO VASCONGADO.

Oh jóvenes amables,
Que en vuestros tiernos años
Al templo de Minerva
Dirigís vuestros pasos,
Seguid, seguid la senda
En que marchais, guiados
A la luz de las ciencias
Por profesores sabios.
Aunque el camino sea
Ya difícil, ya largo,
Lo allana y facilita
El tiempo y el trabajo.
Rompiendo el duro suelo
Con la esteva agobiado
El labrador sus bueyes

Guia con paso tardo;
 Mas al fin llega á verse
 En medio del verano
 De doradas espigas
 Como Ceres rodeado.
 A mayores tareas,
 A mas graves cuidados
 Es mayor y mas dulce
 El premio y el descanso.
 Tras penosas fatigas
 La labradora mano
 ¡ Con qué gusto recoge
 Los racimos de Baco!
 Ea, jóvenes, ea,
 Seguid, seguid marchando
 Al templo de Minerva
 A recibir el lauro.
 Mas yo sé, caballeros,
 Que un jóven entre tantos
 Responderá á mis voces:
No puedo, que me canso.
 Descansa enhorabuena;
 ¿ Digo yo lo contrario?
 Tan lejos estoy de eso,
 Que en estos versos trato
 De daros un asunto
 Que instruya deleitando:
 Los Perros y los Lobos,
 Los Ratones y Gatos,
 Las Zorras y las Monas,
 Los Ciervos y Caballos
 Os han de hablar en verso;

Pero con juicio tanto,
 Que sus máximas sean
 Los consejos mas sanos.
 Deleitáos en ello,
 Y con este descanso
 A las serias tareas
 Volved mas alentados.
 Ea, jóvenes, ea,
 Seguid, seguid marchando
 Al templo de Minerva
 A recibir el lauro.
 ¡ Pero qué! ¿ os detiene
 El ócio y el regalo?
 Pues escuchad á Esopo,
 Mis jóvenes amados:

Envidiando la suerte del Cochino
 Un Asno maldecia su destino.
 Yo, decia, trabajo, y como paja;
 Él come harina y berza, y no trabaja:
 A mí me dan de palos cada dia;
 A él le rascan y halagan á porfia.
 Así se lamentaba de su suerte:
 Pero luego que advierte
 Que á la pocilga alguna gente avanza
 En guisa de matanza,
 Armada de cuchillo y de caldera,
 Y que con mafia fiera
 Dan al gordo Cochino fin sangriento,
 Dijo entre sí el Jumento:
*Si en esto pára el ócio y los regalos,
 Al trabajo me atengo y á los palos.*

FÁBULA II.

LA CIGARRA Y LA HORMIGA.

Cantando la Cigarra
 Pasó el verano entero,
 Sin hacer provisiones
 Allá para el invierno.
 Los frios la obligaron
 A guardar el silencio,
 Y á acogerse al abrigo
 De su estrecho aposento.
 Vióse desproveida
 Del preciso sustento,
 Sin mosca, sin gusano,
 Sin trigo, sin centeno.
 Habitaba la Hormiga
 Allí tabique en medio,
 Y con mil expresiones
 De atencion y respeto
 La dijo: doña Hormiga,
 Pues que en vuestros graneros
 Sobran las provisiones
 Para vuestro alimento,
 Prestad alguna cosa
 Con que viva este invierno
 Esta triste Cigarra,
 Que alegre en otro tiempo,
 Nunca conoció el daño,
 Nunca supo temerlo.
 No dudeis en prestarme,
 Que fielmente prometo

Pagaros con ganancias,
 Por el nombre que tengo.
 La codiciosa Hormiga
 Respondió con denuedo,
 Ocultando á la espalda
 Las llaves del granero:
 ¡Yo prestar lo que gano
 Con un trabajo inmenso!
 Dime pues, holgazana,
 ¿Qué has hecho en el buen tiempo?
 Yo, dijo la Cigarra,
 A todo pasajero
 Cantaba alegremente,
 Sin cesar un momento.
 ¡Hola! ¿Con que cantabas
 Cuando yo andaba al remo?
 Pues ahora que yo como
 Baila, pese á tu cuerpo.

FÁBULA III.

EL MUCHACHO Y LA FORTUNA.

A la orilla de un pozo
 Sobre la fresca yerba
 Un incauto Mancebo
 Dormía á pierna suelta,
 Gritóle la Fortuna:
 Insensato, despierta;
 ¿No ves que ahogarte puedes
 A poco que te muevas?
 Por ti y otros canallas

A veces me motejan
 Los unos de inconstante,
 Y los otros de adversa.
Reveses de fortuna
Llamais á la miseria:
 ¿Por qué, si son reveses
 De la conducta necia?

FÁBULA IV.

LA CODORNIZ.

Presas en estrecho lazo
 La Codorniz sencilla,
 Daba quejas al aire,
 Ya tarde arrepentida.
 ¡Ay de mí, miserable,
 Infelizavecilla,
 Que antes cantaba libre,
 Y ya lloro cautiva!
 Perdí mi nido amado,
 Perdí en él mis delicias;
 Al fin perdílo todo,
 Pues que perdí la vida.
 ¿Por qué desgracia tanta?
 ¿Por qué tanta desdicha?
 Por un grano de trigo:
 ¡Oh cara golosina!
 ¡El apetito ciego
 A cuántos precipita,
 Que por lograr un nada
 Un todo sacrifican!

FÁBULA V.

EL ÁGUILA Y EL ESCARABAJO.

Que me matan, favor: así clamaba
 Una Liebre infeliz, que se miraba
 En las garras de una Águila sangrienta.
 A las voces, según Esopo cuenta,
 Acudió un compasivo Escarabajo;
 Y viendo á la cuitada en tal trabajo,
 Por libertarla de tan cruda muerte,
 Lleno de horror exclama de esta suerte:
 Oh reina de las aves escogida,
 ¿Por qué quitas la vida
 A este pobre animal, manso y cobarde?
 ¿No sería mejor hacer alarde
 De devorar á dañadoras fieras;
 O ya que resistencia hallar no quieras,
 Cebarte tus uñas y tu corvo pico
 En el frío cadáver de un Borrico?
 Cuando el Escarabajo así decía,
 La Águila con desprecio se reía;
 Y sin usar de mas atenta frase,
 Mata, trincha, devora, pilla, y vase.
 El pequeño animal así burlado
 Quiere verse vengado.
 En la ocasión primera
 Vuela al nido del Águila altanera:
 Halla solos los huevos; y arrastrando,
 Uno por uno fuerlos despeñando.
 Mas como nada alcanza

A dejar satisfecha una venganza,
 Cuantos huevos ponía en adelante,
 Se los hizo tortilla en el instante.
 La reina de las aves sin consuelo,
 Remontando su vuelo,
 A Júpiter excelso humilde llega,
 Expone su dolor, pídele, ruega
 Remedie tanto mal. El dios propicio,
 Por un incomparable beneficio,
 En su regazo hizo que pusiese
 El Águila sus huevos, y se fuese:
 Que á la vuelta, colmada de consuelos,
 Encontraría hermosos sus polluelos.
 Supo el Escarabajo el caso todo:
 Astuto é ingenioso hace de modo
 Que una bola fabrica diestramente
 De la materia en que continuamente
 Trabajando se halla,
 Cuyo nombre se sabe, aunque se calla,
 Y que, según yo pienso,
 Para los dioses no es muy buen incienso:
 Carga con ella, vuela, y atrevido
 Pone su bola en el sagrado nido.
 Júpiter, que se vió con tal basura,
 Al punto sacudió su vestidura,
 Haciendo al arrojar la albondiguilla
 Con la bola y los huevos su tortilla.
 Del trágico suceso noticiosa,
 Arrepentida el Águila y llorosa,
 Aprendió esta lección á mucho precio:
*A nadie se le trate con desprecio
 Como al Escarabajo,*

*Porque al mas miserable, vil y bajo
 Para tomar venganza, si se irrita,
 ¿Le faltará siquiera una bolita?*

FÁBULA VI.

EL LEON VENCIDO POR EL HOMBRE.

Cierto artífice pintó
 Una lucha, en que valiente
 Un Hombre tan solamente
 A un horrible Leon venció.
 Otro Leon, que el cuadro vió,
 Sin preguntar por su autor,
 En tono despreciador
 Dijo: bien se deja ver
 Que es pintar como querer,
 Y no fue Leon el pintor.

FÁBULA VII.

LA ZORRA Y EL BUSTO.

Dijo la Zorra al Busto,
 Después de olerlo:
 Tu cabeza es hermosa,
 Pero sin seso.
 Como este hay muchos,
 Que aunque parecen Hombres,
 Solo son Bustos.

FÁBULA VIII.

EL RATON DE LA CORTE Y EL DEL CAMPO.

Un Raton cortesano
 Convidó con un modo muy urbano
 A un Raton campesino:
 Dióle gordo tocino,
 Queso fresco de Holanda;
 Y una despensa llena de vianda
 Era su alojamiento;
 Pues no pudiera haber un aposento
 Tan magníficamente preparado,
 Aunque fuese en *Ratópolis* buscado
 Con el mayor esmero
 Para alojar á *Roepan primero*.
 Sus sentidos allí se recreaban:
 Las paredes y techos adornaban,
 Entre mil ratoneſcas golosinas,
 Salchichones, pernils y cecinas:
 Saltaban de placer, ¡oh qué embeleso!
 De pernil en pernil, de queso en queso.
 En esta situacion tan lisonjera
 Llega la despensera;
 Oyen el ruido, corren, se agazapan,
 Pierden el tino; mas al fin se escapan
 Atropelladamente
 Por cierto pasadizo abierto á diente.
 ¡Esto tenemos! dijo el Campesino,
 Reniego yo del queso, del tocino,
 Y de quien busca gustos

Entre los sobresaltos y los sustos.
 Volvióse á su campafia en el instante,
 Y estimó mucho mas de allí adelante,
 Sin zozobra, temor, ni pesadumbres,
 Su casita de tierra y sus legumbres.

FÁBULA IX.

EL HERRERO Y EL PERRO.

Un Herrero tenia
 Un Perro, que no hacia
 Sino comer, dormir, y estarse echado;
 De la casa jamás tuvo cuidado;
 Levantábase solo á mesa puesta:
 Entonces con gran fiesta
 Al dueño se acercaba,
 Con perrunas caricias lo halagaba,
 Mostrando de cariño mil excesos
 Por pillar las piltrafas y los huesos.
 He llegado á notar, le dijo el Amo,
 Que aunque nunca te llamo
 A la mesa, te llegas prontamente:
 En la fragua jamás te ví presente:
 Y yo me maravillo
 De que no despertándote el martillo,
 Te desveles al ruido de mis dientes.
 Anda, anda, poltron; no es bien que cuentes
 Que el Amo, hecho un gañan, y sin reposo,
 Te mantiene á lo Conde muy ocioso.
 El Perro le responde:
 ¿Qué mas tiene que yo cualquiera Conde?

Para no trabajar debo al destino
 Haber nacido Perro, y no Pollino.
 Pues, señor Conde, fuera de mi casa,
 Verás en las demás lo que te pasa.
 En efecto, salió á probar fortuna,
 Y las casas anduvo de una en una;
 Allí le hacen servir de centinela,
 Y que pase la noche toda en vela;
 Acá de lazarillo y de danzante;
 Allá dentro de un torno á cada instante
 Asa la carne que comer no espera.
 Al cabo conoció de esta manera,
 Que el destino, y no es cuento,
 A todos nos cargó como al Jumento.

FÁBULA X.

LA ZORRA Y LA CIGÜEÑA.

Una Zorra se empeña
 En dar una comida á la Cigüeña.
 La convidó con tales expresiones,
 Que anunciaban sin duda provisiones.
 De lo mas excelente y exquisito.
 Acepta alegre, va con apetito;
 Pero encontró en la mesa solamente
 Gigote claro sobre chata fuente.
 En vano á la comida picoteaba,
 Pues era para el guiso que miraba
 Inútil tenedor su largo pico;
 La Zorra con la lengua y el hocico
 Limpió tan bien su fuente, que pudiera

Servir de fregatriz si á Holanda fuera.
 Mas de allí á poco tiempo convidada
 De la Cigüeña, halla preparada
 Una redoma de gigote llena:
 Allí fue su afliccion, allí su pena.
 El hocico goloso al punto asoma
 Al cuello de la hidrópica redoma:
 Mas en vano, pues era tan estrecho,
 Cual si por la Cigüeña fuese hecho.
 Envidiosa de ver que á conveniencia
 Chupaba la del pico á su presencia,
 Vuelve, tiente, discurre,
 Huele, se desatina, en fin, se aburre.
 Marchó rabo entre piernas tan corrida,
 Que ni aun tuvo siquiera la salida
 De decir: *estan verdes*, como antaño.
 También hay para pícaros engaño.

FÁBULA XI.

LAS MOSCAS.

A un panal de rica miel
 Dos mil Moscas acudieron,
 Que por golosas murieron
 Presas de patas en él:
 Otras dentro de un pastel
 Enterró su golosina.
 Así, si bien se examina,
 Los humanos corazones
 Perecen en las prisiones
 Del vicio que los domina.

FÁBULA XII.

EL LEOPARDO Y LAS MONAS.

No á pares, á docenas encontraba
 Las Monas en Tetuan cuando cazaba
 Un Leopardo: apenas lo veían,
 A los árboles todas se subían,
 Quedando del contrario tan seguras,
 Que pudiera decir no estan maduras.
 El cazador astuto se hace el muerto
 Tan vivamente, que parece cierto:
 Hasta las viejas Monas,
 Alegres en el caso y juguetonas,
 Empiezan á saltar: la mas osada
 Baja, arrímase al muerto de callada;
 Mira, huele, y aun tiente,
 Y grita muy contenta:
 Llegad, que muerto está de todo punto,
 Tanto que empieza á oler el tal difunto.
 Bajan todas con bulla y algazara:
 Ya le tocan la cara,
 Ya le saltan encima.
 Aquella se le arrima,
 Y haciendo mimos á su lado queda;
 Otra se finge muerta, y lo remeda:
 Mas luego que las siente fatigadas
 De correr, de saltar y hacer monadas,
 Levántase ligero,
 Y mas que nunca fiero,
 Pilla, mata, devora de manera

Que parecia la sangrienta fiera,
 Cubriendo con los muertos la campaña,
 Al Cid matando moros en España.
*Es el peor enemigo el que aparenta
 No poder causar daño, porque intenta,
 Inspirando confianza,
 Asegurar su golpe de venganza.*

FÁBULA XIII.

EL CIERVO EN LA FUENTE.

Un Ciervo se miraba
 En una hermosa cristalina fuente:
 Placentero admiraba
 Los enramados cuernos de su frente;
 Pero al ver sus delgadas largas piernas,
 Al alto cielo daba quejas tiernas.
 ¡Oh dioses! ¿á qué intento
 A esta fábrica hermosa de cabeza
 Construís su cimiento,
 Sin guardar proporcion en la belleza?
 ¡Oh qué pesar! ¡oh qué dolor profundo
 No haber gloria cumplida en este mundo!
 Hablando de esta suerte
 El Ciervo vió venir á un Lebrél fiero.
 Por evitar su muerte
 Parte al espeso bosque muy ligero;
 Pero el cuerno retarda su salida
 Con una y otra rama entretejida.
 Mas libre del apuro
 A duras penas, dijo con espanto:

Si me veo seguro,
 Pese á mis cuernos, fue por correr tanto.
 Lleve el diablo lo hermoso de mis cuernos,
 Haga mis feos pies el cielo eternos.
Así frecuentemente
El Hombre se deslumbra con lo hermoso:
Elige lo aparente,
Abrazando tal vez lo mas dañoso;
Pero escarmiente ahora en tal cabeza.
El útil bien es la mejor belleza.

FÁBULA XIV.

EL LEON Y LA ZORRA.

Un Leon, en otro tiempo poderoso,
 Ya viejo y achacoso,
 En vano perseguia hambriento y fiero
 Al mamon Becerrillo y al Cordero,
 Que trepando por la áspera montaña,
 Huian libremente de su saña.
 Affligido del hambre á par de muerte,
 Discurrió su remedio de esta suerte:
 Hace correr la voz de que se hallaba
 Enfermo en su palacio, y deseaba
 Ser de los animales visitado.
 Acudieron algunos de contado;
 Mas como el grave mal que lo postraba
 Era un hambre voraz, tan solo usaba
 La receta exquisita
 De engullirse al *Monsieur* de la visita.
 Acércase la Zorra de callada,

Y á la puerta asomada,
 Atisba muy despacio
 La entrada de aquel cóncavo palacio.
 El Leon la divisó, y en el momento
 La dice: ven acá, pues que me siento
 En el último instante de mi vida:
 Visítame como otros, mi querida.
 ¿Cómo otros? ¡ah señor! he conocido
 Que entraron sí, pero que no han salido.
 Mirad, mirad la huella,
 Bien claro lo dice ella;
 Y no es bien el entrar do no se sale.
La prudente cautela mucho vale.

FÁBULA XV.

LA CIERVA Y EL CERVATO.

A una Cierva decia
 Su tierno Cervatillo: madre mia,
 ¿Es posible que un Perro solamente
 Al bosque te haga huir cobardemente,
 Siendo él mucho menor, menos pujante?
 ¿Por qué no has de ser tú mas arrogante?
 Todo es cierto, hijo mío;
 Y cuando así lo pienso, desafío
 A mis solas á veinte Perros juntos:
 Figúrome luchando, y que difuntos
 Dejo á los unos; que otros falleciendo,
 Pisándose las tripas, van huyendo
 En vano de la muerte,
 Y á todos venzo de gallarda suerte.

Mas si embebida en este pensamiento
 A un Perro ladrar sienta,
 Escapo mas ligera que un venablo,
 Y mi victoria se la lleva el diablo.
A quien no sea de ánimo esforzado
No armarlo de soldado;
Pues por mas que al mirarse la armadura,
Piense en tiempo de paz que su bravura
Herirá, matará cuanto acometa;
En oyendo en campaña la trompeta,
Hará lo que la Corza de la historia:
Mas que el diablo se lleve la victoria.

FÁBULA XVI.

EL LABRADOR Y LA CIGÜEÑA.

Un Labrador miraba
 Con duelo su sembrado,
 Porque Gansos y Grullas
 De su trigo solian hacian pasto.
 Armó sin mas tardanza
 Diestramente sus lazos,
 Y cayeron en ellos
 La Cigüeña, las Grullas y los Gansos.
 Señor Rústico, dijo
 La Cigüeña temblando,
 Quiteme las prisiones,
 Pues no merezco pena de culpados.
 La diosa Ceres sabe
 Que lejos de hacer daño,
 Limpio de Sabandijas,

De Culebras y Viboras los campos.
 Nada me satisface,
 Respondió el Hombre airado:
 Te hallé con delinquentes,
 Con ellos morirás entre mis manos.
La inocente Cigüeña
Tuvo el fin desgraciado
Que pueden prometerse
Los buenos que se juntan con los malos.

FÁBULA XVII.

LA SERPIENTE Y LA LIMA.

En casa de un Cerrajero
 Entró la Serpiente un dia,
 Y la insensata mordía
 En una Lima de acero.
 Díjole la Lima: el mal,
 Necia, será para ti.
 ¿Como has de hacer mella en mí,
 Que hago polvos el metal?
 Quien pretende sin razon
 Al mas fuerte derribar,
 No consigue sino dar
 Coces contra el aguijon.

FÁBULA XVIII.

EL CALVO Y LA MOSCA.

Picaba impertinente
 En la espaciosa calva de un Anciano

Una Mosca insolente.
 Quiso matarla: levantó la mano,
 Tiró un cachete, pero fuése salva,
 Hiriendo el golpe la redonda calva.
 Con risa desmedida
 La Mosca prorumpió: Calvo maldito,
 Si quitarme la vida
 Intentaste por un leve delito,
 ¿A qué pena condenas á tu brazo,
 Bárbaro ejecutor de tal porrazo?
 Al que obra con malicia,
 Le respondió el varon prudentemente,
 Rigorosa justicia
 Debe dar el castigo conveniente,
 Y es bien ejercitarse la clemencia
 En el que peca por inadvertencia.
 Sabe, Mosca villana,
 Que coteja el agravio recibido
 La condicion humana,
 Segun la mano de donde ha venido.
*Que el grado de la ofensa á tanto asciende,
 Cuanto sea mas vil aquel que ofende.*

FÁBULA XIX.

LOS DOS AMIGOS Y EL OSO.

A dos Amigos se aparece un Oso.
 El uno muy medroso
 En las ramas de un árbol se asegura:
 El otro, abandonado á la ventura,
 Se finge muerto repentinamente.

El Oso se le acerca lentamente;
 Mas como este animal, segun se cuenta,
 De cadáveres nunca se alimenta,
 Sin ofenderlo lo registra y toca,
 Huélele las narices y la boca;
 No le siente el aliento,
 Ni el menor movimiento;
 Y así se fue, diciendo sin rezelo:
 Este tan muerto está como mi abuelo.
 Entonces el cobarde,
 De su grande amistad haciendo alarde,
 Del árbol se desprende muy ligero.
 Corre, llega y abraza al Compañero:
 Pondera la fortuna
 De haberlo hallado sin lesion alguna;
 Y al fin le dice: sepas que he notado
 Que el Oso te decia algun recado.
 ¿Qué pudo ser? Direte lo que ha sido:
 Estas dos palabritas al oído:
*Aparta tu amistad de la persona
 Que si te ve en el riesgo te abandona.*

FÁBULA XX.

LA ÁGUILA, LA GATA Y LA JABALINA.

Una Águila anidó sobre una encina:
 Al pie criaba cierta Jabalina;
 Y era un hueco del tronco corpulento
 De una Gata y sus crias aposento.
 Esta gran marrullera
 Sube al nido del Águila altanera,

Y con fingidas lágrimas la dice:
 ¡Ay mísera de mí! ¡Ay infelice!
 Este sí que es trabajo:
 La vecina que habita el cuarto bajo,
 Como tú misma ves, el día pasa
 Hozando los cimientos de la casa:
 La arruinará; y en viendo la traidora
 Por tierra á nuestros hijos, los devora.
 Despues que dejó al Águila asustada,
 A la cueva se baja de callada,
 Y dice á la Cerdosa: buena amiga,
 Has de saber que la Águila enemiga,
 Cuando saques tus crias hácia el monte,
 Las ha de devorar; así disponte.
 La Gata, aparentando que temia,
 Se retiró á su cuarto, y no salia
 Sino de noche, que con maña astuta
 Abastecia su pequeña gruta.
 La Jabalina con tan triste nueva
 No salió de su cueva.
 La Águila en el ramaje temerosa,
 Haciendo centinela no reposa.
 En fin, á ambas familias la hambre mata,
 Y de ellas hizo víveres la Gata.
*Jóvenes, ojo alerta, gran cuidado;
 Que un chismoso en amigo disfrazado,
 Con capa de amistad cubre sus trazas,
 Y así causan el mal sus añagazas.*

LIBRO II.

FÁBULA PRIMERA.

EL LEON CON SU EJÉRCITO.

Á D. JAVIER MARÍA DE MUNIVE É IDIAQUEZ,
 CONDE DE PEÑAFLORIDA, DIRECTOR PERPETUO
 DE LA REAL SOCIEDAD VASCONGADA DE LOS
 AMIGOS DEL PAÍS.

Mientras que con la espada en mar y tierra
 Los ilustres varones
 Engrandecen su fama por la guerra
 Sojuzgando naciones,
 Tú, conde, con la pluma y el arado
 Ya enriqueces la patria, ya la instruyes;
 Y haciendo venturosos, has ganado
 El bien que buscas, y el laurel que huyes.
 Con darte todo al bien de los humanos,
 No contento tu zelo,
 Supo unir á los nobles ciudadanos
 Para felicidad del patrio suelo.
 La Hormiga codiciosa
 Trabaja en sociedad fructuosamente;
 Y la Abeja officiosa

Labra siempre ayudada de su gente.
 Así unes á los hombres laboriosos
 Para hacer sus trabajos mas fructuosos.
 Aquel viaja observando
 Por las naciones cultas:
 Este con experiencias va mostrando
 Las útiles verdades mas ocultas.
 Cual cultiva los campos, cual las ciencias;
 Y de diversos modos,
 Juntando estudios, viajes y experiencias,
 Resulta el bien en que trabajan todos.
 ¡En que trabajan todos! ya lo dije,
 Por mas que yo tambien sea contado.
 El sabio PRESIDENTE que nos rige
 Tiene aun al mas inútil ocupado.
 Dame, CONDE, querías un destino
 Al contemplarme ocioso é ignorante:
 Era difícil; mas al fin tú tino
 Encontró un genio en mí versificante.
 A *Fedro* y *La-Fontaine* por modelos
 Me pusiste á la vista,
 Y hallaron tus desvelos
 Que pudiera ensayarme á fabulista.
 Y pues viene al intento,
 Pasemos al ensayo: va de cuento.
 El Leon, rey de los bosques poderoso,
 Quiso armar un ejército famoso.
 Juntó sus animales al instante:
 Empezó por cargar al Elefante
 Un castillo con útiles, y encima
 Rabiosos Lobos que pusiesen grima.
 Al Oso lo encargó de los asaltos:

Al Mono con sus gestos y sus saltos
 Mandó que al enemigo entretuviese:
 A la Zorra que diese
 Ingeniosos ardides al intento.
 Uno gritó: la Liebre y el Jumento,
 Este por tardo, aquella por medrosa,
 De estorbo servirán, no de otra cosa.
 ¿De estorbo? dijo el rey, yo no lo creo:
 En la Liebre tendremos un correo,
 Y en el Asno mis tropas un trompeta.
 Así quedó la armada bien completa.
Tu retrato es el Leon, conde prudente:
T si á tu imitacion, segun deseo,
Examinan los gefes á su gente,
A todos has de dar útil empleo.
 ¿Por qué no lo han de hacer? ¿habrá cucaña
 Como no hallar ociosos en España?

FÁBULA II.

LA LECHERA.

Llevaba en la cabeza
 Una Lechera el cántaro al mercado
 Con aquella presteza,
 Aquel aire sencillo, aquel agrado
 Que va diciendo á todo el que lo advierte:
 ¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!
 Porque no apetecía
 Mas compañía que su pensamiento,
 Que alegre la ofrecia
 Inocentes ideas de contento.
 Marchaba sola la feliz Lechera,

Y decia entre sí de esta manera:
 Esta leche vendida,
 En limpio me dará tanto dinero,
 Y con esta partida
 Un canasto de huevos comprar quiero
 Para sacar cien Pollos, que al estío
 Me rodeen cantando el *pio, pio*.
 Del importe logrado
 De tanto Pollo, mercaré un Cochino;
 Con bellota, salvado,
 Berza, castaña, engordará sin tino,
 Tanto que puede ser que yo consiga
 Ver como se le arrastra la barriga.
 Llevarélo al mercado,
 Sacaré de él sin duda buen dinero:
 Compraré de contado
 Una robusta Vaca y un Ternero
 Que salte y corra toda la campaña
 Hasta el monte cercano á la cabaña.
 Con este pensamiento
 Enagenada brinca de manera,
 Que á su salto violento
 El cántaro cayó. ¡Pobre Lechera!
 ¡Qué compasion! A Dios leche, dinero,
 Huevos, Pollos, Lechon, Vaca y Ternero.
 ¡Oh loca fantasía,
 Qué palacios fabricas en el viento!
 Modera tu alegría,
 No sea que saltando de contento,
 Al contemplar dichosa tu mudanza,
 Quiebre su cantarillo la esperanza.
 No seas ambiciosa

De mejor ó mas próspera fortuna,
 Que vivirás ansiosa
 Sin que pueda saciarte cosa alguna.
*No anheles impaciente el bien futuro,
 Mira que ni el presente está seguro.*

FÁBULA III.

EL ASNO SESUDO.

Cierto Burro pacia
 En la fresca y hermosa pradería,
 Con tanta paz como si aquella tierra
 No fuese entonces teatro de la guerra.
 Su dueño, que con miedo lo guardaba,
 De centinela en la ribera estaba:
 Divisa al enemigo en la llanura,
 Baja, y al buen Borrico le conjura
 Que huya precipitado.
 El Asno muy sesudo y reposado
 Empieza á andar á paso perezoso.
 Impaciente su dueño y temeroso
 Con el marcial ruido
 De bélicas trompetas al oido,
 Le exhorta con fervor á la carrera.
 ¡Yo correr! dijo el Asno, bueno fuera;
 Que llegue enhorabuena Marte fiero:
 Me rindo, y él me lleva prisionero.
 ¿Servir aquí ó allí no es todo uno?
 ¿Me pondrán dos albardas? no, ninguno.
 Pues nada pierdo, nada me acobarda,
 Siempre seré un esclavo con albarda.
 No estuvo mas en sí, ni mas entero

Que el buen Pollino Amiclas el barquero,
 Cuando en su humilde choza le despierta
 César con sus soldados á la puerta,
 Para que á la Calabria los guiase.
 ¿Se podría encontrar quien no temblase
 Entre los poderosos
 De insultos militares horrorosos
 De la guerra enemiga?
 No hay sino la pobreza que consiga
 Esta gran exencion: de aquí le viene,
Nada teme perder quien nada tiene.

FÁBULA IV.

EL ZAGAL Y LAS OVEJAS.

Apacentando un Jóven su ganado,
 Gritó desde la cima de un collado:
 Favor, que viene el Lobo, labradores.
 Estos, abandonando sus labores,
 Acuden prontamente,
 Y hallan que es una chanza solamente.
 Vuelve á clamar, y temen la desgracia:
 Segunda vez los burla: ¡linda gracia!
 ¿Pero qué sucedió la vez tercera?
 Que vino en realidad la hambrienta fiera:
 Entonces el Zagal se desgañita;
 Y por mas que patea, llora y grita,
 No se mueve la gente escarmentada,
 Y el Lobo le devora la manada.
 ¡Cuántas veces resulta de un engaño
 Contra el engañador el mayor daño!

FÁBULA V.

LA ÁGUILA, LA CORNEJA Y LA TORTUGA.

A una Tortuga una Aguila arrebatada:
 La ladrona se apura y desbarata
 Por hacerla pedazos,
 Ya que no con la garra, á picotazos.
 Viéndola una Corneja en tal faena,
 La dice: en vano tomas tanta pena:
 ¿No ves que es la Tortuga, cuya casa
 Diente, cuerno ni pico la traspasa;
 Y si siente que llaman á su puerta,
 Se finge la dormida, sorda ó muerta?
 ¿Pues qué he de hacer? Remontarás tu vuelo;
 Y en mirándote allá cerca del cielo,
 La dejarás caer sobre un peñasco,
 Y se hará una tortilla el duro casco.
 La Águila, porque diestra lo ejecuta,
 Y la Corneja astuta,
 Por autora de aquella maravilla,
 Juntamente comieron la tortilla.
 ¿Qué podrá resistirse á un poderoso,
 Guiado de un consejo malicioso?
 De estos tales se aparta el que es prudente;
 T así por escaparse de esta gente,
 Las descendientes de la tal Tortuga
 A cuevas ignoradas hacen fuga.

FÁBULA VI.

EL LOBO Y LA CIGÜEÑA.

Sin duda alguna que se hubiera ahogado
 Un Lobo con un hueso atragantado,
 Si á la sazón no pasa una Cigüeña,
 El paciente la ve, hácela seña;
 Llega, y ejecutiva
 Con su pico, geringa primitiva,
 Cual diestro cirujano
 Hizo la operacion, y quedó sano:
 Su salario pedia,
 Pero el ingrato Lobo respondia:
 ¿Tu salario? ¿Pues qué mas recompensa
 Que el no haberte causado leve ofensa,
 Y dejarte vivir para que cuentes
 Que pusiste tu vida entre mis dientes?
 Marchó por evitar una desdicha,
 Sin decir *tus* ni *mus* la susodicha.
Haz bien, dice el proverbio castellano,
T no sepas á quien; pero es muy llano
 Que no tiene razon ni por asomo:
 Es menester saber á quién y cómo.
 El ejemplo siguiente
 Nos hará esta verdad mas evidente.

FÁBULA VII.

EL HOMBRE Y LA CULEBRA.

A una Culebra, que de frio yerta
 En el suelo yacia casi muerta,

Un Labrador cogió; mas fue tan bueno,
 Que incautamente la abrigó en su seno.
 Apenas revivió, cuando la ingrata
 A su gran bienhechor traidora mata.

FÁBULA VIII.

EL PÁJARO HERIDO DE UNA FLECHA.

Un Pájaro inocente
 Herido de una flecha
 Guarnecida de acero,
 Y de plumas ligeras,
 Decia en su lenguaje
 Con amargas querellas:
 ;Oh crueles humanos,
 Mas crueles que fieras!
 Con nuestras propias alas,
 Que la naturaleza
 Nos dió, sin otras armas
 Para propia defensa,
 Forjais el instrumento
 De la desdicha nuestra,
 Haciendo que inocentes
 Prestemos la materia.
 Pero no, no es extraño
 Que así bárbaros sean
 Aquellos que en su ruina
 Trabajan y no cesan;
 Los unos y otros fraguan
 Armas para la guerra:
 Y es dar contra sus vidas
 Plumaz para las flechas.

FÁBULA IX.

EL PESCADOR Y EL PEZ.

Recoge un Pescador su red tendida,
 Y saca un Pececillo. Por tu vida,
 Exclamó el inocente prisionero,
 Dame la libertad: solo la quiero,
 Mira que no te engaño,
 Porque ahora soy ruin; dentro de un año
 Sin duda lograrás el gran consuelo
 De pescarme mas grande que mi abuelo.
 ¡Qué! ¿te burlas? ¿te ries de mi llanto?
 Solo por otro tanto
 A un hermanito mio
 Un señor Pescador lo tiró al rio.
 ¿Por otro tanto al rio? ¡qué manía!
 Replicó el Pescador: ¿pues no sabia
 Que el refran castellano
 Dice: *mas vale pájaro en la mano...?*
 A sarten te condenó, que mi panza
 No se llena jamás con la esperanza.

FÁBULA X.

EL GORRIÓN Y LA LIEBRE.

Un maldito Gorrion así decia
 A una Liebre, que una Aguila oprimia:
 ¿No eres tú tan ligera
 Que si el Perro te sigue en la carrera

Lo acarician y alaban como al cabo
 Acerque sus narices á tu rabo?
 Pues empieza á correr: ¿qué te detiene?
 De este modo la insulta, cuando viene
 El diestro Gavilan, y lo arrebata.
 El preso chilla, el prendedor lo mata;
 Y la Liebre exclamó: bien merecido.
 ¿Quién te mandó insultar al affigido?
 ¿Y á mas á mas meterte á consejero,
 No sabiendo mirar por ti primero?

FABULA XI.

JÚPITER Y LA TORTUGA.

A las bodas de Júpiter estaban
 Todos los animales convidados:
 Unos y otros llegaban
 A la fiesta nupcial apresurados.
 No faltaba á tan grande concurrencia
 Ni aun la reptil y mas lejana Oruga,
 Cuando llega muy tarde y con paciencia
 A paso perezoso la Tortuga.
 Su tardanza reprende el Dios airado,
 Y ella le respondió sencillamente:
 Si es mi casita mi retiro amado,
 ¿Cómo podré dejarla prontamente?
 Por tal disculpa Júpiter tonante,
 Olvidando el indulto de las fiestas,
 La ley del Caracol le echó al instante,
 Que es andar con la casa siempre á cuestas.
Gentes machuchas hay que hacen alarde

*De que aman su retiro con exceso,
Pero á su obligacion acuden tarde:
Viven como el Raton dentro del queso.*

FÁBULA XII.

EL CHARLATAN.

Si cualquiera de ustedes
Se da por las paredes,
O arroja de un tejado,
Y queda á buen librar descostillado,
Yo me reiré muy bien: importa un pito,
Como tenga mi bálsamo exquisito.
Con esta relacion un Chacharero
Gana mucha opinion, y mas dinero;
Pues el vulgo, pendiente de sus labios,
Mas quiere á un Charlatan
Que á veinte sabios.
Por esta conveniencia
Los hay el dia de hoy en toda ciencia,
Que ocupan igualmente acreditados
Cátedras, academias y tablados.
Prueba de esta verdad será un famoso
Doctor en elocuencia, tan copioso
En charlatanería
Que ofreció enseñaría
A hablar discreto con facundo pico
En diez años de término á un Borrico.
Sábelo el Rey, lo llama, y al momento
Le manda dé lecciones á un Jumento:
Pero bien entendido

Que sería, cumpliendo lo ofrecido,
Ricamente premiado;
Mas cuando no, que moriria ahorcado.
El Doctor asegura nuevamente
Sacar un orador Asno elocuente.
Dícele callandito un cortesano:
Escuche, buen hermano,
Su frescura me espanta:
A cáñamo me huele su garganta.
No temais, señor mio,
Respondió el Charlatan, pues yo me rio.
En diez años de plazo que tenemos,
El Rey, el Asno ó yo ¿no moriremos?
*Nadie encuentra embarazo
En dar un largo plazo
A importantes negocios; mas no advierte
Que ajusta mal su cuenta sin la muerte.*

FÁBULA XIII.

EL MILANO Y LAS PALOMAS.

A las tristes Palomas un Milano,
Sin poderlas pillar, seguia en vano;
Mas él á todas horas
Servia de lacayo á estas señoras.
Un dia en fin, hambriento é ingenioso,
Así las dice: ¿amais vuestro reposo,
Vuestra seguridad y conveniencia?
Pues creedme en mi conciencia:
En lugar de ser yo vuestro enemigo,
Desde ahora me obligo,

Si la banda por rey me aclama luego,
 A tenerla en sosiego,
 Sin que de garra ó pico tema agravio;
 Pues tocante á la paz seré un Octavio.
 Las sencillas Palomas consintieron:
 Aclámanlo por rey; *viva*, dijeron,
Nuestro rey el Milano.
 Sin esperar á mas este tirano,
 Sobre un vasallo mísero se planta:
 Déjalo con el *viva* en la garganta:
 Y continuando así sus tiranías,
 Acabó con el reino en cuatro días.
*Quien al poder se acoge de un malvado,
 Será, en vez de feliz, un desdichado.*

FABULA XIV.

LAS DOS RANAS.

Tenian dos Ranas
 Sus pastos vecinos,
 Una en un estanque,
 Otra en un camino.
 Cierta dia á esta
 Aquella le dijo:
 ¡Es creíble, amiga,
 De tu mucho juicio,
 Que vivas contenta
 Entre los peligros,
 Donde te amenazan,
 Al paso preciso,
 Los pies y las ruedas,

Riesgos infinitos!
 Deja tal vivienda,
 Muda de destino,
 Sigue mi dictámen
 Y vente conmigo.
 En tono de mofa,
 Haciendo mil mimos,
 Respondió á su amiga:
 ¡Excelente aviso!
 ¡A mí novedades!
 ¡Vaya, qué delirio!
 Eso sí que fuera
 Darme el diablo ruido.
 ¡Yo dejar la casa
 Que fue domicilio
 De padres, abuelos,
 Y todos los míos,
 Sin que haya memoria
 De haber sucedido
 La menor desgracia
 Desde luengos siglos!
 Allá te compongas;
 Mas ten entendido,
 Que tal vez sucede
 Lo que no se ha visto.
 Llegó una carreta
 A este tiempo mismo,
 Y á la triste Rana
 Tortilla la hizo.
*Por hombres de seso
 Muchos hay tenidos,
 Que á nuevas razones*

*Cierran los oídos.
Recibir consejos
Es un desvarío:
La rancia costumbre
Suele ser su libro.*

FABULA XV.

EL PARTO DE LOS MONTES.

Con varios ademanes horrorosos
Los Montes de parir dieron señales:
Consintieron los Hombres temerosos
Ver nacer los abortos mas fatales.
Despues que con bramidos espantosos
Infundieron pavor á los mortales,
Estos Montes, que al mundo estremecieron,
Un Ratoncillo fue lo que parieron.
*Hay autores, que en voces misteriosas,
Estilo fanfarron y campanudo,
Nos anuncian ideas portentosas;
Pero suele á menudo
Ser el gran parto de su pensamiento,
Despues de tanto ruido, solo viento.*

FABULA XVI.

LAS RANAS PIDIENDO REY.

Sin rey vivia libre, independiente
El pueblo de las Ranas felizmente.
La amable libertad solo reinaba

En la inmensa laguna que habitaba,
Mas las Ranas al fin un rey quisieron:
A Júpiter excelso lo pidieron.
Conoce el dios la súplica importuna,
Y arroja un rey de palo á la laguna;
Debió de ser sin duda buen pedazo,
Pues dió su majestad tan gran porrazo,
Que el ruido atemoriza al reino todo:
Cada cual se zambulle en agua ó lodo;
Y quedan en silencio tan profundo,
Cual si no hubiese Ranas en el mundo.
Una de ellas asoma la cabeza,
Y viendo á la real pieza,
Publica que el monarca es un zoquete.
Congrégase la turba, y por juguete
Lo desprecian, lo ensucian con el cieno,
Y piden otro rey, que aquel no es bueno.
El padre de los dioses irritado,
Envia á un Culebron, que á diente airado
Muerde, traga, castiga,
Y á la mísera grey al punto obliga
A recurrir al dios humildemente.
Padeced, les responde, eternamente,
Que así castigo á aquel que no examina
Si su solicitud será su ruina.

FÁBULA XVII.

EL ASNO Y EL CABALLO.

¡Ah! ; quién fuese Caballo!
Un Asno melancólico decia:

Entonces sí que nadie me vería
 Flaco, triste y fatal como me hallo.
 Tal vez un caballero
 Me mantendría ocioso y bien comido,
 Dándose su merced por muy servido
 Con corvetas y saltos de Carnero.
 Trátanme ahora como vil y bajo;
 De risa sirve mi contraria suerte;
 Quien me apalea mas, mas se divierte,
 Y menos como cuando mas trabajo.
 No es posible encontrar sobre la tierra
 Infeliz como yo. Tal se juzgaba
 Cuando al Caballo ve como pasaba
 Con su ginete y armas á la guerra.
 Entonces conoció su desatino;
 Rióse de corvetas y regalos,
 Y dijo: que trabaje y lluevan palos,
 No me saquen los dioses de Pollino.

FÁBULA XVIII.

EL CORDERO Y EL LOBO.

Uno de los Corderos mamantones
 Que para los glotones
 Se crían sin salir jamás al prado,
 Estando en la cabaña muy cerrado,
 Vió por una rendija de la puerta
 Que el caballero Lobo estaba alerta,
 En silencio esperando astutamente
 Una calva ocasion de echarle el diente;
 Mas él, que bien seguro se miraba,

Así lo provocaba:
 Sepa usted, seor Lobo, que estoy preso
 Porque sabe el Pastor que soy travieso;
 Mas si él no fuese bobo,
 No habria ya en el mundo ningun Lobo;
 Pues yo, corriendo libre por los cerros,
 Sin Pastores ni Perros,
 Con sola mi pujanza y valentía
 Contigo y con tu raza acabaría.
 A Dios, exclamó el Lobo, mi esperanza
 De regalar á mi vacía panza.
 Cuando este miserable me provoca,
 Es señal de que se halla de mi boca
 Tan libre como el cielo de ladrones.
*Así son los cobardes fanfarrones,
 Que se hacen en los puestos ventajosos
 Mas valentones, cuanto mas medrosos.*

FÁBULA XIX.

LAS CABRAS Y LOS CHIVOS.

Desde antaño en el mundo
 Reina el vano deseo
 De parecer iguales
 A los grandes señores los plebeyos.
 Las Cabras alcanzaron
 Que Júpiter excelso
 Les diese barba larga
 Para su autoridad y su respeto.
 Indignados los Chivos
 De que su privilegio

Se extendiese á las Cabras,
 Lampiñas con razon en aquel tiempo,
 Sucedió la discordia
 Y los amargos zelos
 A la paz octaviana,
 Con que fue gobernado el barbon pueblo.
 Júpiter dijo entonces
 Acudiendo al remedio:
 ¿Qué importa que las Cabras
 Disfruten un adorno propio vuestro,
 Si es mayor ignominia
 De su vano deseo
 Siempre que no igualaren
 En fuerzas y valor á vuestro cuerpo?
*El mérito aparente
 Es digno de desprecio;
 La virtud solamente
 Es del Hombre el ornato verdadero.*

FÁBULA XX.

EL CABALLO Y EL CIERVO.

Perseguia un Caballo vengativo
 A un Ciervo que le hizo leve ofensa;
 Mas hallaba segura la defensa
 En su veloz carrera el fugitivo.
 El vengador, perdida la esperanza
 De alcanzarlo, y lograr así su intento,
 Al Hombre le pidió su valimiento
 Para tomar del ofensor venganza.
 Consiente el Hombre, y el Caballo airado

Sale con su ginete á la campaña;
 Corre con direccion, sigue con maña,
 Y queda al fin del ofensor vengado.
 Muéstrase al bienhechor agradecido:
 Quiere marcharse libre de su peso;
 Mas desde entonces mismo quedó preso,
 Y eternamente al Hombre sometido.
*El Caballo, que suelto y rozagante
 En el frondoso bosque y prado ameno
 Su libertad gozaba tan de lleno,
 Padece sujecion desde ese instante.
 Oprimido del yugo ara la tierra,
 Pasa tal vez la vida mas amarga,
 Sufre la silla, freno, espuela, carga,
 Y aguanta los horrores de la guerra.
 En fin, perdió la libertad amable
 Por vengar una ofensa solamente.
 Tales los frutos son que ciertamente
 Produce la venganza detestable.*

LIBRO III.

FÁBULA PRIMERA.

EL ÁGUILA Y EL CUERVO.

A D. TOMAS DE IRIARTE.

En mis versos, IRIARTE,
Ya no quiero mas arte
Que poner á los tuyos por modelo.
A competir anhelo
Con tu númen, que el sabio mundo admira,
Si me prestas tu lira,
Aquella en que tocaron dulcemente
Música y Poesía juntamente.
Esto no puede ser: ordena Apolo
Que digno solo tú, la pulses solo.
¿Y por qué solo tú? Pues cuando menos
¿No he de hacer versos fáciles, amenos,
Sin ambicioso ornato?
¿Gastas otro poético aparato?
Si tú sobre el Parnaso te empinases,
Y desde allí cantases:
Risco tramonto de época altanera,

GÓNGORA que te siga, te dijera;
Pero si vas marchando por el llano,
Cantándonos en verso castellano
Cosas claras, sencillas, naturales,
Y todas ellas tales,
Que aun aquel que no entiende Poesía
Dice: *eso yo tambien me lo diria;*
¿Por qué no he de imitarte, y aun acaso
Antes que tú trepar por el Parnaso?
No imploras las Sirenas ni las Musas,
Ni de númenes usas,
Ni aun siquiera confias en Apolo;
A la naturaleza imploras solo,
Y ella sabia te dicta sus verdades.
Yo te imito: no invoco á las deidades,
Y por mejor consejo,
Sea mi sacro númen cierto viejo.
Esopo digo. Dictame, machucho,
Una de tus patrañas, que te escucho.

Una Aguila rapante,
Con vista perspicaz, rápido vuelo,
Descendiendo veloz de junto al cielo,
Arrebató un Cordero en un instante.
Quiere un Cuervo imitarla: de un Carnero
En el vellon sus uñas hacen presa;
Queda enredado entre la lana espesa,
Como Pájaro en liga prisionero.
Hacen de él los Pastores vil juguete,
Para castigo de su intento necio.
Bien merece la burla y el desprecio
El Cuervo que á ser Aguila se mete.

El viejo me ha dictado esta patraña,
 Y astutamente así me desengaña.
 Esa facilidad, esa destreza
 Con que arrebató el Aguila su pieza,
 Fue la que engañó al Cuervo, pues creía
 Que otro tanto á lo menos él haría.
 ¿Mas qué logró? servirme de escarmiento.
Ojalá que sirviere á mas de ciento
Poetas de mal gusto inficionados,
T dijese cual yo desengañados:
El Aguila eres tú, divino IRIARTE,
Ta no pretendo mas sino admirarte;
Sea tuyo el laurel, tuya la gloria,
T no sea yo el Cuervo de la historia.

FÁBULA II.

LOS ANIMALES CON PESTE.

En los montes, los valles y collados
 De animales poblados
 Se introdujo la peste de tal modo,
 Que en un momento lo inficiona todo;
 Allí donde su corte el Leon tenia,
 Mirando cada día
 Las cacerías, luchas y carreras
 De mansos brutos y de bestias fieras,
 Se veían los campos ya cubiertos
 De enfermos miserables y de muertos.
 Mis amados hermanos,
 Exclamó el triste rey, mis cortesanos,
 Ya veis que el justo cielo nos obliga

A implorar su piedad, pues nos castiga
 Con tan horrenda plaga;
 Tal vez se aplacará con que se le haga
 Sacrificio de aquel mas delincuente,
 Y muera el pecador, no el inocente.
 Confiese todo el mundo su pecado:
 Yo cruel, sanguinario, he devorado
 Inocentes Corderos,
 Ya Vacas, ya Terneros,
 Y he sido á fuerza de delito tanto
 De la selva terror, del bosque espanto.
 Señor, dijo la Zorra, en todo eso
 No se halla mas exceso
 Que el de vuestra bondad, pues que se digna
 De tefir en la sangre ruin, indigna,
 De los viles cornudos animales,
 Los sacros dientes y las uñas reales.
 Trató la corte al rey de escrupuloso:
 Allí del Tigre, de la Onza y Oso
 Se oyeron confesiones
 De robos y de muertes á millones;
 Mas entre la grandeza sin lisonja
 Pasaron por escrúpulos de monja.
 El Asno sin embargo muy confuso
 Prorumpió: yo me acuso
 Que al pasar por un trigo este verano,
 Yo hambriento, él lozano,
 Sin guarda ni testigo,
 Caí en la tentacion; comí del trigo.
 ¡Del trigo! ¡y un Jumento!
 Gritó la Zorra, ¡horrible atrevimiento!
 Los cortesanos claman: éste, éste

Irrita al cielo, que nos da la peste.
 Pronuncia el rey de muerte la sentencia;
 Y ejecutóla el Lobo á su presencia.
Te juzgarán virtuoso
Si eres, aunque perverso, poderoso;
Y aunque bueno, por malo detestable,
Caando te miran pobre y miserable.
Esto hallará en la corte, quien la vea;
T aun en el mundo todo. ¡Pobre Astrea!

FÁBULA III.

EL MILANO ENFERMO.

Un Milano, despues de haber vivido
 Con la conciencia peor que un foragido,
 Enfermó gravemente.
 Supuesto que el paciente
 Ni á Galeno ni á Hipócrates leia,
 A bulto conoció que se moria.
 A los dioses deseá ver propicios,
 Y ofrecerles entonces sacrificios
 Por medio de su madre, que afligida
 Rogaria sin duda por su vida.
 Mas ésta le responde: desdichado,
 ¿Cómo podré alcanzar para un malvado
 De los dioses clemencia,
 Si en vez de darles culto y reverencia,
 Ni aun perdonaste á víctima sagrada
 En las aras divinas inmolada?
Así queremos irritando al cielo,
Que en la tribulacion nos dé consuelo.

FÁBULA IV.

EL LEON ENVEJECIDO.

Al miserable estado
 De una cercana muerte reducido
 Estaba ya postrado
 Un viejo Leon del tiempo consumido;
 Tanto mas infeliz y lastimoso,
 Cuanto habia vivido mas dichoso.
 Los que cuando valiente
 Humildes le rendian vasallaje,
 Al verlo decadente,
 Acuden á tratarlo con ultraje;
 Que como la experiencia nos enseña,
 De árbol caido todos hacen leña.
 Cebados á porfia,
 Lo sitiaban sangrientos y feroces.
 El Lobo le mordía,
 Tirábale el Caballo fuertes coces,
 Luego le daba el Toro una cornada,
 Despues el Jabalí su dentellada.
 Sufrió constantemente
 Estos insultos; pero reparando
 Que hasta el Asno insolente
 Iba á ultrajarle, falleció clamando:
 Esto es doble morir, no hay sufrimiento,
 Porque muero injuriado de un Jumento.
Si en su mudable vida
Al Hombre la fortuna ha derribado
Con misera caída

*Desde donde lo habia ella encumbrado,
¿Qué ventura en el mundo se promete,
Si aun de los viles llega á ser juguete?*

FÁBULA V.

LA ZORRA Y LA GALLINA.

Una Zorra cazando,
De corral en corral iba saltando;
A favor de la noche en una aldea
Oye al Gallo cantar: maldito sea.
Agachada, y sin ruido,
A merced del olfato y del oido,
Marcha, llega, y oliendo á un agujero,
Este es, dice, y se cuela al gallinero.
Las aves se alborotan, menos una
Que estaba en cesta como niño en cuna
Enferma gravemente:
Mirándola la Zorra astutamente,
La pregunta: ¿qué es eso, pobrecita?
¿Cuál es tu enfermedad? ¿tienes pepita?
Habla: ¿cómo lo pasas, desdichada?
La enferma le responde apresurada,
Muy mal me va, señora, en este instante;
Muy bien, si usted se quita de delante.
*Cuántas veces se vende un enemigo,
Como Gato por Liebre, por amigo.
A oír su fingido cumplimiento,
Respondiérale yo para escarmiento:
Muy mal me va, señor, en este instante;
Muy bien, si usted se quita de delante.*

FABULA VI.

LA CIERVA Y EL LEON.

Mas ligera que el viento
Precipitada huía
Una inocente Cierva
De un cazador seguida.
En una oscura gruta,
Entre espesas encinas,
Atropelladamente
Entró la fugitiva.
¿Mas ay! que un Leon sañudo,
Que allí mismo tenia
Su albergue, y era susto
De la selva vecina,
Cogiendo entre sus garras
A la res fugitiva,
Dió con cruel fiereza
Fin sangriento á su vida.
*Si al evitar los riesgos
La razon no nos guía,
Por huir de un tropiezo
Damos mortal caída.*

FABULA VII.

EL LEON ENAMORADO.

Amaba un Leon á una Zagala hermosa;
Pidióla por esposa

A su padre Pastor urbanamente.
 El Hombre temeroso, mas prudente,
 Le respondió: señor, en mi conciencia,
 Que la muchacha logra conveniencia;
 Pero la pobrecita, acostumbrada
 A no salir del prado y la majada,
 Entre la mansa Oveja y el Cordero,
 Rezelará tal vez que seas fiero.
 No obstante, bien podremos, si consientes,
 Cortar tus uñas y limar tus dientes;
 Y así verá que tiene tu grandeza
 Cosas de majestad, no de fiereza.
 Consiente el manso Leon enamorado,
 Y el buen Hombre lo deja desarmado.
 Da luego su silbido:
 Llegan el *Matalobos* y *Atrevido*,
 Perros de su cabaña; de esta suerte
 Al indefenso Leon dieron la muerte.
Un cuarto apostaré á que en este instante
Dice, hablando del Leon, algun Amante,
Que de la misma muerte haria gala,
Con tal que se la diese la Zagala.
Deja, Fabio, el amor, déjalo luego;
Mas hablo en vano, porque siempre ciego,
No ves el desengaño;
T así te entregas á tu propio daño.

FÁBULA VIII.

EL CONGRESO DE LOS RATONES.

Desde el gran Zapiron el blanco y rubio,
 Que despues de las aguas del diluvio

Fue padre universal de todo Gato,
 Ha sido *Miauragato*
 Quien mas sangrientamente
 Persiguió á la infeliz ratona gente.
 Lo cierto es que obligada
 De su persecucion la desdichada,
 En *Raiópolis* tuvo su congreso;
 Propuso el elocuente *Roequeso*
 Echarle un cascabel, y de esa suerte
 Al ruido escaparian de la muerte.
 El proyecto aprobaron uno á uno.
 ¿Quién lo ha de ejecutar? Eso ninguno.
 Yo soy corto de vista. Yo muy viejo.
 Yo gotoso, decian. El concejo
 Se acabó como muchos en el mundo.
Proponen un proyecto sin segundo:
Lo aprueban. Hacen otro: ¡qué portento!
 ¿Pero la ejecucion? ahí está el cuento.

FÁBULA IX.

EL LOBO Y LA OVEJA.

Cruzando montes y trepando cerros,
 Aquí mato, allí robo,
 Andaba cierto Lobo,
 Hasta que dió en las manos de los Perros.
 Mordido y arrastrado
 Fue de sus enemigos cruelmente:
 Quedó con vida milagrosamente;
 Mas inválido al fin y derrotado.
 Iba el tiempo curando su dolencia;

El hambre al mismo tiempo le afligia;
 Pero como cazar aun no podia,
 Con las yerbas hacia penitencia.
 Una Oveja pasaba, y él la dice:
 Amiga, ven acá: llega al momento:
 Enfermo estoy, y muero de sediento:
 Socorre con el agua á este infelice.
 ¿Agua quieres que yo vaya á llevarte?
 Le responde la Oveja rezelosa,
 Dime pues una cosa:
 ¿Sin duda que será para enjuagarte,
 Limpiar bien el garguero,
 Abrir el apetito,
 Y tragarme despues como á un Pollito?
 Anda, que te conozco, marrullero.
 Así dijo, y se fue: si no la mata.
 ¡Cuánto importa saber con quién se trata!

FÁBULA X.

EL HOMBRE Y LA PULGA.

Oye, Júpiter sumo, mis querellas,
 Y haz, disparando rayos y centellas,
 Que muera este animal vil y tirano,
 Plaga fatal para el linaje humano;
 Y si vos no lo haceis, Hércules sea
 Quien acabe con él y su ralea.
 Este es un Hombre que á los dioses clama,
 Porque una Pulga le picó en la cama,
 Y es justo, ya que el pobre se fatiga,
 Que de Júpiter y Hércules consiga

De éste, que viva despulgando sayos;
 De aquel, matando Pulgas con sus rayos.
Tenemos en el cielo los mortales
Recurso en las desdichas y los males;
Mas se suele abusar frecuentemente,
Por lograr un antojo impertinente.

FÁBULA XI.

EL CUERVO Y LA SERPIENTE.

Pilló el Cuervo dormida á la Serpiente,
 Y al quererse cebar en ella hambriento
 Le mordió venenosa. *Sepa el cuento*
Quien sigue á su apetito incautamente.

FÁBULA XII.

EL ASNO Y LAS RANAS.

Muy cargado de leña un Burro viejo,
 Triste amazon de huesos y pellejo,
 Pensativo segun lo cabizbajo,
 Caminaba, llevando con trabajo
 Su débil fuerza la pesada carga.
 El paso tardo, la carrera larga,
 Todo al fin contra el misero se empeña,
 El camino, los años y la leña.
 Entra en una laguna el desdichado,
 Queda profundamente empantanado.
 Viéndose de aquel modo,
 Cubierto de agua y lodo,

Trocando lo sufrido en impaciente,
 Contra el destino dijo neciamente
 Expresiones ajenas de sus canas.
 Mas las vecinas Ranas
 Al oír sus lamentos y quejidos,
 Las unas se tapaban los oídos,
 Las otras, que prudentes lo escuchaban,
 Reprendíanle así, y aconsejaban:
 Aprenda el mal Jumento
 A tener sufrimiento,
 Que entre las que habitamos la laguna
 Ha de encontrar lección muy oportuna.
 Por Júpiter estamos condenadas
 A vivir sin remedio encenagadas
 En agua detenida, lodo espeso;
 Y á mas de todo eso,
 Aquí perpetuamente nos encierra,
 Sin esperanza de correr la tierra,
 Cruzar el anchuroso mar profundo,
 Ni aun saber lo que pasa por el mundo.
 Mas llevamos á bien nuestro destino;
 Y así nos premia Júpiter divino,
 Repartiendo entre todas cada día
 La salud, el sustento y alegría.
Es de suma importancia
Tener en los trabajos tolerancia;
Pues la impaciencia en la contraria suerte
Es un mal mas amargo que la muerte.

FÁBULA XIII.

EL ASNO Y EL PERRO.

Un Perro y un Borrico caminaban
 Sirviendo á un mismo dueño.
 Rendido este del sueño,
 Se tendió sobre el prado que pasaban.
 El Borrico entre tanto aprovechado,
 Descansa y paze; mas el Perro hambriento,
 Bájate, le decia, buen Jumento,
 Pillaré de la alforja algun bocado.
 El Asno se le aparta como en chanza:
 El Perro sigue al lado del Borrico,
 Levantando las manos y el hocico,
 Como Perro de ciego cuando danza.
 No seas bobo, el Asno le decia:
 Espera á que nuestro amo se despierte,
 Y será de esta suerte
 El hambre mas, mejor la compañía.
 Desde el bosque entre tanto sale un Lobo,
 Pide el Asno favor al compañero;
 En lugar de ladrar el marrullero
 Con fisga respondió: *no seas bobo,*
Espera á que nuestro amo se despierte,
 Que pues me aconsejaste la paciencia,
 Yo la sabré tener, en mi conciencia,
 Al ver al Lobo que te da la muerte.
 El Pollino murió, no hay que dudarlo;
 Mas si resucitára,
 Corriendo el mundo á todos predicára:
 Prestad auxilio, si quereis hallarlo.

FABULA XIV.

EL LEON Y EL ASNO CAZANDO.

Su majestad Leonesa en compañía
 De un Borrico se sale á montería.
 En la parte al intento acomodada,
 Formando el mismo Leon una enramada,
 Mandó al Asno que en ella se ocultase,
 Y que de tiempo en tiempo rebuznase,
 Como trompa de caza en el ojeo.
 Logró el Rey su deseo;
 Pues apenas se vió bien apostado,
 Cuando al son del rebuzno destemplado,
 Que los montes y valles repetian,
 A su selvoso albergue se volvian
 Precipitadamente
 Las fieras enemigas juntamente,
 Y en su cobarde huida
 En las garras del Leon pierden la vida.
 Cuando el Asno se halló con los despojos
 De devoradas fieras á sus ojos,
 Dijo: par diez, si llego mas temprano
 A ningun muerto dejo hueso sano.
 A tal fanfarronada
 Soltó el Rey una grande carcajada:
Es que jamás convino
Hacer del andaluz al vizcaino.

FABULA XV.

EL CHARLATAN Y EL RÚSTICO.

Lo que jamás se ha visto ni se ha oido
 Verán ustedes: atencion les pido.
 Así decia un Charlatan famoso,
 Cercado de un concurso numeroso.
 En efecto, quedando todo el mundo
 En silencio profundo,
 Remedó á un Cochinillo de tal modo,
 Que el auditorio todo,
 Creyendo que lo tiene, y que lo tapa,
 Atumultuado grita: *fuera capa.*
 Descubrióse; y al ver que nada habia,
 Con víctores lo aclaman á porfia.
 Par diez, dijo un Patan, que yo prometo
 Para mañana, hablando con respeto,
 Hacer el Puerco mas perfectamente;
 Si no, que me lo claven en la frente.
 Con risa prometió la concurrencia
 A burlarse del Payo su asistencia.
 Llegó la hora, todos acudieron;
 No bien al Charlatan gruñir oyeron
 Gentes á su favor preocupadas,
 Viva, dicen, al son de las palmadas.
 Sube despues el Rústico al tablado
 Con un bulto en la capa, y embozado,
 Imita al Charlatan en la postura
 De fingir que un Lechon tapar procura;
 Mas estaba la gracia en que era el bulto

Un Marranillo que tenia oculto.
 Tírale callandito de la oreja:
 Gruñendo en tiple, el animal se queja,
 Pero al creer que es remedo el tal gruñido,
 Aquí se oía un fuera, allí un silbido,
 Y todo el mundo queda
 En que es el otro quien mejor remeda.
 El Rústico descubré su Marrano:
 Al público lo enseña, y dice ufano:
 ¿Así juzgan ustedes?
 ¡Oh preocupacion, y cuánto puedes!

LIBRO IV.

FÁBULA PRIMERA.

LA MONA CORRIDA.

EL AUTOR A SUS VERSOS.

Fieras, Aves y Peces
 Corren, vuelan y nadan,
 Porque Júpiter sumo
 A general congreso á todos llama.
 Con sus hijos se acercan,
 Y es que un premio señala

Para aquel, cuya prole
 En hermosura lleve la ventaja.
 El alto regio trono
 La multitud cercaba,
 Cuando en la concurrencia
 Se sentia decir: *la Mona falta.*
 Ya llega, dijo entonces
 Una habladora Urraca,
 Que como centinela
 En la alta punta de un ciprés estaba.
 Entra rompiendo filas
 Con su Cachorro ufana,
 Y ante el excelso trono
 El premio pide de hermosura tanta.
 El dios Júpiter quiso,
 Al ver tan fea traza,
 Disimular la risa;
 Pero se le soltó la carcajada.
 Armóse en el concurso
 Tal bulla y algazara,
 Que corrida la Mona
 A Tetuan se volvió desengafiada.
 ¿Es creible, Señores,
 Que yo mismo pensára
 En consagrar á Apolo
 Mis versos, como dignos de su gracia?
 Cuando por mi fortuna
 Me encontré esta mañana,
 Continuando mi obrilla,
 Este cuento moral, esta patraña;
 To dije á mi capote,
 ¡Con qué chiste, qué gracia,

*Y qué vivos colores
El jorobado Esopo me retrata!
Mas ya mis producciones
Miro con desconfianza,
Porque aprendo en la Mona
Cuánto el ciego amor propio nos engaña.*

FÁBULA II.

EL ASNO Y JÚPITER.

No sé cómo hay Jumento,
Que teniendo un adarme de talento,
Quiera meterse á Burro de hortelano.
Llevo á la plaza desde muy temprano
Cada día cien cargas de verdura:
Vuelvo con otras tantas de basura,
Y para minorar mi pesadumbre,
Un criado me azota por costumbre.
Mi vida es esta: ¿qué será mi muerte
Como no mude Júpiter mi suerte?
Un Asno de este modo se quejaba;
El dios que sus lamentos escuchaba,
Al dominio lo entrega de un tejero.
Esta vida, decía, no la quiero:
Del peso de las tejas oprimido,
Bien azotado, pero mal comido,
A Júpiter me voy con el empeño
De lograr nuevo dueño.
Enviólo á un curtidor: entonces dice;
Aun con este amo soy mas infelice,
Cargado de pellejos de difunto

Me hace correr sin sosegar un punto,
Para matarme sin llegar á viejo,
Y curtir al instante mi pellejo.
Júpiter, por no oír tan largas quejas,
Se tapó lindamente las orejas;
Y á nadie escucha desde el tal Pollino,
Si le habla de mudanza de destino.
*Solo en verso se encuentran los dichosos,
Que viven ni envidiados, ni envidiosos.*
*La espada por feliz tiene al arado,
Como el remo á la pluma y al cayado;
Mas se tienen por míseros en suma
Remo, espada, cayado, esteva y pluma.*
*¿Pues á qué estado el Hombre llama bueno?
Al propio nunca, pero sí al ageno.*

FÁBULA III.

EL CAZADOR Y LA PERDIZ.

Una Perdiz en zelo reclamada,
Vino á ser en la red aprisionada.
Al Cazador la mísera decía:
Si me das libertad, en este día
Te he de proporcionar un gran consuelo:
Por ese campo extenderé mi vuelo,
Juntaré á mis amigas en bandadas,
Que guiaré á tus redes engañadas,
Y tendrás, sin costarte dos ochavos,
Doce Perdices como doce Pavos.
¡Engañar y vender á tus amigas!
¿Y así crees que me obligas?

Respondió el Cazador, pues no señora;
Muere, y paga la pena de traidora.
La Perdiz fue bien muerta, no es dudable;
La traicion, aun soñada, es detestable.

FÁBULA IV.

EL VIEJO Y LA MUERTE.

Entre montes por áspero camino,
Trozando con una y otra peña,
Iba un Viejo cargado con su leña
Maldiciendo su misero destino.
Al fin cayó, y viéndose de suerte
Que apenas levantarse ya podía,
Llamaba con colérica porfia
Una, dos y tres veces á la Muerte.
Armada de guadaña en esqueleto
La parca se le ofrece en aquel punto;
Pero el Viejo, temiendo ser difunto,
Lleno mas de terror que de respeto,
Trémulo la decia, y balbuciente:
Yo.... Señora.... os llamé desesperado;
Pero.... Acaba: ¿qué quieres, desdichado?
Que me cargues la leña solamente.
Tengá paciencia quien se cree infelice,
Que aun en la situacion mas lamentable
Es la vida del Hombre siempre amable:
El Viejo de la leña nos lo dice.

FÁBULA V.

EL ENFERMO Y EL MÉDICO.

Un miserable enfermo se moria,
Y el Médico importuno le decia:
Usted se muere, yo se lo confieso,
Pero por la alta ciencia que profeso
Conozco, le aseguro firmemente,
Que ya estuviera sano
Si se hubiese acudido mas temprano
Con el benigno clister detergente.
El triste Enfermo, que lo estaba oyendo,
Volvió la espalda al Médico diciendo:
Señor Galeno, su consejo alabo;
Al Asno muerto la cebada al rabo.
Todo varon prudente
Aconseja en el tiempo conveniente,
Que es hacer de la ciencia vano alarde
Dar el consejo cuando llega tarde.

FÁBULA VI.

LA ZORRA Y LAS UVAS.

Es voz comun que á mas del mediodía
En ayunas la Zorra iba cazando;
Halla una parra, quédase mirando
De la alta vid el fruto que pendia.
Causábale mil ansias y congojas
No alcanzar á las uvas con la garra,

Al mostrar á sus dientes la alta parra
 Negros racimos entre verdes hojas.
 Miró, saltó y anduvo en probaduras;
 Però vió el imposible ya de fijo.
 Entonces fue cuando la Zorra dijo:
 No las quiero comer: *No están maduras.*
No por eso te muestras impaciente,
Si se te frustra, Fabio, algun intento;
Aplica bien el cuento,
 Y di: No estan maduras, *frescamente.*

FABULA VII.

LA CIERVA Y LA VIÑA.

Huyendo de enemigos cazadores
 Una Cierva ligera,
 Siente, ya fatigada en la carrera,
 Mas cercanos los Perros y ojeadores.
 No viendo la infeliz algun seguro
 Y vecino paraje
 De gruta ó de ramaje,
 Crece su timidez, crece su apuro.
 Al fin, sacando fuerzas de flaqueza,
 Continúa la fuga presurosa:
 Halla al paso una Viña muy frondosa,
 Y en lo espeso se oculta con presteza.
 Cambia el susto y pesar en alegría,
 Viéndose á paz y salvo en tan buen hora:
 Olvida el bien, y de su defensora
 Los frescos verdes pámpanos comia:
 Mas ¡ay! que de esta suerte

Quitando ella las hojas de delante,
 Abrió puerta á la flecha penetrante,
 Y el listo cazador le dió la muerte.
 Castigó con la pena merecida
 El justo cielo á la Cierva ingrata.
 ¿Mas qué puede esperar el que maltrata
 Al mismo que le está dando la vida?

FÁBULA VIII.

EL ASNO CARGADO DE RELIQUIAS.

De reliquias cargado
 Un Asno recibia adoraciones,
 Como si á él se hubiesen consagrado
 Reverencias, inciensos y oraciones.
 En lo vano, lo grave y lo severo
 Que se manifestaba,
 Hubo quien conoció que se engañaba,
 Y le dijo: yo infero
 De vuestra vanidad vuestra locura.
 El reverente culto, que procura
 Tributar cada cual este momento,
 No es dirigido á vos, señor Jumento,
 Que solo va en honor, aunque lo sientas,
 De la sagrada carga que sustentas.
 Cuando un Hombre sin mérito estuviere
 En elevado empleo ó gran riqueza,
 Y se ensoberbeciere
 Porque todos le bajan la cabeza,
 Para que su locura no prosiga
 Tema encontrar tal vez con quien le diga:

*Señor Fumento, no se engrta tanto,
Que si besan la peana, es por el santo.*

FÁBULA IX.

LOS DOS MACHOS.

Dos Machos caminaban; el primero,
Cargado de dinero,
Mostrando su penacho envanecido
Iba marchando erguido
Al son de los redondos cascabeles.
El segundo, desnudo de oropeles,
Con un pobre aparejo solamente,
Alargando el pescuezo eternamente,
Seguia de reata su jornada
Cargado de costales de cebada.
Salen unos ladrones, y al instante
Asieron de la rienda al arrogante:
Él se defiende, ellos le maltratan,
Y despues que el dinero le arrebatan
Huyen, y dice entonces el segundo:
*Si á estos riesgos exponen en el mundo
Las riquezas, no quiero, á fe de Macho,
Dinero, cascabeles ni penacho.*

FÁBULA X.

EL CAZADOR Y EL PERRO.

Mustafá, Perro viejo,
Lebrel en montería ejercitado,

Y de antiguas heridas señalado
A colmillo y á cuerno su pellejo,
Seguia á un Jabalí sin esperanza
De poderlo alcanzar; pero no obstante,
Azuzándolo su amo á cada instante,
A duras penas Mustafá lo alcanza.
El Cerdoso valiente
No escuchaba recados á la oreja:
Y así su resistencia no le deja
Cebiar al Perro su cansado diente:
Con airado colmillo lo rechaza,
Y bufando se marcha victorioso.
El Cazador furioso
Reniega del Lebrel y de su raza.
Viejo estoy, le responde, ya lo veo;
Mas dí, sin Mustafá ¿cuándo tuvieras
Las pieles y cabezas de las fieras
En tu casa de abrigo y de trofeo?
Miras á lo que soy, no á lo que he sido.
¡Suerte desgraciada!
Presente tienes mi vejez cansada,
Y mis robustos años en olvido.
¿Mas para qué me mato
Si no he de conseguir cosa ninguna?
*Es ladrar á la luna
El alegar servicios al ingrato.*

FÁBULA XI.

LA TORTUGA Y EL ÁGUILA.

Una Tortuga á una Aguila rogaba
La enseñase á volar; así la hablaba:

Con solo que me des cuatro lecciones,
 Ligera volaré por las regiones:
 Ya remontado el vuelo
 Por medio de los aires hasta el cielo,
 Veré cercano al sol y las estrellas,
 Y otras cien cosas bellas:
 Ya rápida bajando,
 De ciudad en ciudad iré pasando;
 Y de este fácil delicioso modo
 Lograré en pocos dias verlo todo.
 La Aguila se rió del desatino:
 La aconseja que siga su destino
 Cazando torpemente con paciencia,
 Pues lo dispuso así la Providencia.
 Ella insiste en su antojo ciegamente:
 La Reina de las aves prontamente
 La arrebató, la lleva por las nubes:
 Mira, la dice, mira como subes.
 Y al preguntarla, dijo; ¿vas contenta?
 Se la deja caer, y se revienta.
*Para que así escarmiente
 Quien desprecia el consejo del prudente.*

FÁBULA XII.

EL LEON Y EL RATON.

Estaba un Ratoncillo aprisionado
 En las garras de un Leon; el desdichado
 En la tal ratonera no fue preso
 Por ladron de tocino ni de queso,
 Sino porque con otros molestaba

Al Leon que en su retiro descansaba.
 Pide perdon llorando su insolencia:
 Al oír implorar la real clemencia,
 Responde el Rey en majestuoso tono
 (No dijera mas Tito): te perdono.
 Poco despues, cazando el Leon, tropieza
 En una red oculta en la maleza;
 Quiere salir, mas queda prisionero,
 Atronando la selva ruge fiero.
 El libre Ratoncillo que lo siente,
 Corriendo llega, roe diligente
 Los nudos de la red de tal manera,
 Que al fin rompió los grillos de la fiera.
*Conviene al poderoso
 Para los infelices ser piadoso;
 Tal vez se puede ver necesitado
 Del auxilio de aquel mas desdichado.*

FÁBULA XIII.

LAS LIEBRES Y LAS RANAS.

Asustadas las Liebres de un estruendo,
 Echaron á correr todas diciendo:
 A quien la vida cuesta tanto susto,
 La muerte causará menos disgusto.
 Llegan á una laguna de esta suerte
 A dar en lo profundo con la muerte.
 Al ver á tanta Rana, que asustada
 A las aguas se arroja á su llegada,
 Hola, dijo una Liebre, ¿con que hay otras
 Tan tímidas, que aun tiemblan de nosotras?

Pues suframos como ellas el destino:
 Conocieron sin más su desatino.
Así la suerte adversa es tolerable,
Comparada con otra miserable.

FABULA XIV.

EL GALLO Y EL ZORRO.

Un Gallo muy maduro,
 De edad provecta, duros espolones,
 Pacifico y seguro,
 Sobre un árbol oia las razones
 De un Zorro muy cortés y muy atento,
 Mas elocuente cuanto mas hambriento.
 Hermano, le decia,
 Ya cesó entre nosotros una guerra,
 Que cruel repartia
 Sangre y plumas al viento y á la tierra;
 Baja, daré para perpetuo sello
 Mis amorosos brazos á tu cuello.
 Amigo de mi alma,
 Responde el Gallo, ¡qué placer inmenso!
 En deliciosa calma
 Deja esta vez mi espíritu suspenso!
 Allá bajo, allá voy tierno y ansioso,
 A gozar en tu seno mi reposo;
 Pero aguarda un instante,
 Porque vienen ligeros como el viento,
 Y ya estan ádelante
 Dos correos que llegan al momento,
 De esta noticia portadores fieles,

Y son segun la traza dos Lebreles.
 A Dios, á Dios, amigo,
 Dijo el Zorro, que estoy muy ocupado;
 Luego hablaré contigo
 Para finalizar este tratado.
 El Gallo se quedó lleno de gloria,
 Cantando en esta letra su victoria:
Siempre trabaja en su daño
El astuto engañador:
A un engaño hay otro engaño,
A un pícaro otro mayor.

FABULA XV.

EL LEON Y LA CABRA.

Un señor Leon andaba como un Perro
 Del valle al monte, de la selva al cerro,
 A caza, sin hallar pelo ni lana,
 Perdiendo la paciencia y la mañana.
 Por un risco escarpado
 Ve trepar á una Cabra á lo encumbrado,
 De modo que parece que se empeña
 En hacer creer al Leon que se despeña.
 El pretender seguirla fuera en vano;
 El cazador entonces cortesano
 La dice: baja, baja, mi querida,
 No busques precipicios á tu vida.
 En el valle frondoso
 Pacerás á mi lado con reposo.
 ¿Desde cuándo; señor, la real persona
 Cuida con tanto amor de la barbona?

Esos halagos tiernos
 No son por bien, apostaré los cuernos.
 Así le respondió la astuta Cabra,
 Y él se fue sin replicar palabra.
Lo paga la infeliz con el pellejo
Si toma sin exámen el consejo.

FÁBULA XVI.

EL HACHA Y EL MANGO.

Un Hombre, que en el bosque se miraba
 Con una Hacha sin mango, suplicaba
 A los árboles diesen la madera
 Que mas sólida fuera
 Para hacerle uno fuerte y muy durable.
 Al punto la arboleda innumerable
 Le cedió el acebuche: y él contento,
 Perfeccionando luego su instrumento,
 De rama en rama va cortando á gusto
 Del alto roble el brazo mas robusto.
 Ya los árboles todos recorria;
 Y mientras los mejores elegia,
 Dijo la triste encina al fresno: *amigo,*
Infeliz del que ayuda á su enemigo.

FÁBULA XVII.

LA ONZA Y LOS PASTORES.

En una trampa una Onza inadvertida
 Dió misera caída:

Al verla sin defensa
 Corrieron á la ofensa
 Los vecinos Pastores,
 No valerosos, pero sí traidores.
 Cada cual por su lado
 La maltrataba airado,
 Hasta dejar sus fuerzas desmayadas,
 Unos á palos, otros á pedradas;
 Al fin la abandonaron por perdida.
 Pero viéndola dar muestras de vida
 Cierta Pastor, dolido de su suerte,
 Por evitar su muerte
 Le arrojó la mitad de su alimento,
 Con que pudiese recobrar aliento.
 Llega la noche, téplase la saña,
 Marchan á descansar á la cabaña,
 Todos con esperanza muy fundada
 De hallarla muerta por la madrugada.
 Mas la fiera entre tanto,
 Volviendo poco á poco del quebranto,
 Toma nuevo valor y fuerza nueva,
 Salta, deja la trampa, va á su cueva,
 Y al sentirse del todo reforzada
 Sale, sí muy ligera, pero mas airada.
 Ya destruye ganados, ya destruye Pastores.
 Nada aplaca su cólera violenta:
 Todo lo tala, en todo se ensangrienta.
 El buen Pastor por quien tal vez vivia
 Lleno de horror la vida le pedia.
 No serás maltratado,
 Dijo la Onza, vive descuidado,

Que yo solo persigo á los traidores
 Que me ofendieron, no á mis bienhechores.
Quien hace agravios, tema la venganza;
Quien hace bien, al fin el premio alcanza.

FÁBULA XVIII.

EL GRAJO VANO.

Con las plumas de un Pavo
 Un Grajo se vistió; pomposo y bravo
 En medio de los Pavos se pasea.
 La manada lo advierte, lo rodea,
 Todos le pican, burlan, y lo envían,
 ¿Dónde, si ni los Grajos lo querían?
 ¿Cuánto há que repetimos este cuento,
 Sin que haya en los plagarios escarmiento?

FÁBULA XIX.

EL HOMBRE Y LA COMADREJA.

Así decia cierta Comadreja
 A un Hombre que la habia aprisionado:
 ¿Por qué no me dejais? ¿Os he yo dado
 Motivo de disgusto ni de queja?
 ¿No soy la que desvanes y rincones,
 Tu casa toda, cual si fuese mia,
 Cuidadosa registro noche y dia
 Para que vivas libre de Ratones?
 ¡Gran fineza por cierto!
 El Hombre respondió: pues dí, ladrona,

Si tu glotonería no perdona
 Ni á Raton vivo, ni á Cochino muerto,
 Ni á cuanto guardan ruines despenseras,
 ¿Cómo he de creer que tu cuidado apura
 Por mi bien los Ratones? ¡Qué locura!
 No tendría yo malas tragaderas:
 Morirás. *T el astuto que pretenda*
Vender como fineza lo que há hecho,
Sin mirar á mas fin que á su provecho,
Sabrá que hay en el mundo quien lo entienda.

FÁBULA XX.

BATALLA DE LAS COMADREJAS
 Y LOS RATONES.

Vencidos los Ratones,
 Huian con presteza
 De una atroz enemiga
 Tropa de Comadreas.
 Marchaban con desórden,
 Que cuando el miedo reina,
 Es la confusion sola
 El gefe que gobierna.
 Llegaron presurosos
 A sus angostas cuevas,
 Logrando los soldados
 Entrar á duras penas;
 Pero los capitanes,
 Que en las estrechas puertas
 Quedaron atascados
 Sin ninguna defensa,

A causa de unos cuernos
 Puestos en las cabezas
 Para ser de sus tropas
 Vistos en la refriega,
 Fueron las desdichadas
 Víctimas de la guerra,
 Haciendo de sus cuerpos
 Pasto las Comadreja.
*¡Cuántas veces los Hombres
 Distinciones anhelan,
 T suelen ser la causa
 De sus desdichas ellas!
 Si Júpiter dispara
 Sus rayos á la tierra,
 Antes que á las cabañas
 A los palacios y á las torres llegan.*

FABULA XXI.

EL LEON Y LA RANA.

Una lóbrega noche silenciosa
 Iba un Leon horroroso
 Con mesurado paso majestuoso
 Por una selva; oyó una voz ruidosa,
 Que con tono molesto y continuado
 Llamaba la atención, y aun el cuidado
 Del reinante animal, que no sabia
 De qué bestia feroz quizá saldria
 Aquella voz, que tanto mas sonaba
 Cuanto mas en silencio todo estaba.
 Su majestad Leonesa

La selva toda registrar procura,
 Mas nada encuentra con la noche oscura,
 Hasta que pudo ver ¡oh qué sorpresa!
 Que sale de un estanque á la mañana
 La tal bestia feroz, y era una Rana.
*Llamará la atencion de mucha gente
 El charlatan con su manía loca:
 ¿Mas qué logra, si al fin verá el prudente
 Que no es sino una Rana, todo boca?*

FABULA XXII.

EL CIERVO Y LOS BUEYES.

Con inminente riesgo de la vida
 Un Ciervo se escapó de la batida,
 Y en la quinta cercana de repente
 Se metió en el establo incautamente.
 Dícele un Buey: ¿ignoras, desdichado,
 Que aquí viven los Hombres? ¡ah cuitado!
 Detente y hallarás tanto reposo
 Como Perdiz en boca de Raposo.
 El Ciervo respondió: pero no obstante
 Dejadme descansar algun instante,
 Y en la ocasion primera
 Al bosque espeso emprendo mi carrera.
 Oculto en el ramaje permanece;
 A la noche el bueyero se aparece,
 Al ganado reparte el alimento;
 Nada divisa, sálese al momento:
 El mayoral y los criados entran,

Y tampoco lo encuentran: *si en toda parte la selva*
 Libre de aquel apuro *mas nada encuentra con*
 El Ciervo se contaba por seguro; *hasta que*
 Pero el Buey mas anciano *que sale de un*
 Le dice: ¿qué? ¿te alegras tan temprano? *la*
 Si el amo llega, lo perdiste todo: *lamar*
 Yo le llamo Cien-ojos por apodo; *el chabun*
 Mas chiton, que ya viene. *mas que logra*
 Entra Cien-ojos, todo lo previene; *que no es*
 A los rústicos dice: no hay consuelo,
 Las colleras tiradas por el suéllo,
 Limpio el pesebre, pero muy de paso;
 El ramaje muy seco y mas escaso:
 Seor mayoral, ¿es este buen gobierno?
 En esto mira al enramado cuerno
 Del triste Ciervo; grita, acuden todos
 Contra el pobre animal de varios modos;
 Y á la rústica usanza *en la quinta corras*
 Se celebró la fiesta de matanza!
Dice en
Esto quiere decir que el año bueno
No se debe fiar del ojo ageno.

FABULA XXXIII.

LOS NAVEGANTES.

Lloraban unos tristes Pasajeros
 Viendo su pobre nave combatida
 De recias olas y de vientos fieros
 Ya casi sumergida,
 Cuando súbitamente
 El viento calma; el cielo se serena,

Y la afligida gente
 Convierte en risa la pasada pena.
 Mas el piloto estuvo muy sereno,
 Tanto en la tempestad como en bonanza;
 Pues sabe que lo malo y que lo bueno
 Está sujeto á súbita mudanza.

FÁBULA XXIV.

EL TORRENTE Y EL RIO.

Despeñado un Torrente
 De un encumbrado cerro,
 Caía en una peña,
 Y atronaba el recinto con su estruendo.
 Seguido de ladrones
 Un triste pasajero,
 Despreciando el ruido
 Atravesó el raudal sin desaliento;
 Que es comun en los Hombres
 Poseidos del miedo,
 Para salvar la vida,
 Exponerla tal vez á mayor riesgo.
 Llegaron los vandidos,
 Practicaron lo mesmo
 Que antes el caminante,
 Y fueron en su alcance y seguimiento.
 Encontró el miserable
 De allí á muy poco trecho
 Un Rio caudaloso,
 Que corria apacible y con silencio.
 Con tan buenas señales,

Y el próspero suceso
 Del raudal bullicioso,
 Determinó vadearle sin rezelo;
 Mas apenas dió un paso,
 Pagó su desacuerdo,
 Quedando sepultado
 En las alevés aguas sin remedio.
*Temamos los peligros
 De designios secretos,
 Que el ruidoso aparato,
 Si no se desvanece, anuncia el riesgo.*

FÁBULA XXV.

EL LEON, EL LOBO Y LA ZORRA.

Trémulo y achacoso
 A fuerza de años un Leon estaba;
 Hizo venir los médicos ansioso
 Por ver si alguno de ellos lo curaba.
 De todas las especies y regiones
 Profesores llegaban á millones.
 Todos conocen incurable el daño:
 Ninguno al Rey propone el desengaño;
 Cada cual su remedio le procura,
 Como si la vejez tuviese cura.
 Un Lobo cortesano
 Con tono adulator y fin torcido
 Dijo á su soberano:
 He notado, señor, que no ha asistido
 La Zorra como médico al congreso;
 Y pudiera esperarse buen suceso

De su dictámen en tan grave asunto.
 Quiso su majestad que luego al punto
 Por la posta viniese:
 Llega, sube al palacio, y como viese
 Al Lobo su enemigo, ya instruida
 De que él era el autor de su venida,
 Que ella excusaba cautelosamente,
 Inclinándose al Rey profundamente
 Dijo: quizá, señor, no habrá faltado
 Quien haya mi tardanza acriminado;
 Mas será porque ignora
 Que vengo de cumplir un voto ahora,
 Que por vuestra salud tenia hecho,
 Y para mas provecho,
 En mi viaje traté gentes de ciencia
 Sobre vuestra dolencia.
 Conviene pues los grandes profesores
 En que no teneis vicio en los humores,
 Y que solo los años han dejado
 El calor natural algo apagado;
 Pero este se recobra y vivifica,
 Sin fastidio, sin drogas de botica,
 Con un remedio simple, liso y llano,
 Que vuestra majestad tiene en la mano.
 A un Lobo vivo arránquenle el pellejo,
 Haced que os le apliquen al instante;
 Y por mas que esteis débil, flaco y viejo,
 Os sentiréis robusto y rozagante,
 Con apetito tal que sin esfuerzo
 El mismo Lobo os servirá de almuerzo.
 Convino el Rey, y entre el furor y el hierro
 Murió el infeliz Lobo como un Perro.

*Así viven y mueren cada día
 En su guerra interior los palaciegos,
 Que con la emulacion rabiosa ciegos
 Al degüello se tiran á porfia.
 Tomen esta leccion muy oportuna:
 Lleguen á la privanza enhorabuena,
 Mas labren su fortuna
 Sin cimentarla en la desgracia agena.*

LIBRO V.

FÁBULA PRIMERA.

LOS RATONES Y EL GATO.

Marramaquiz, gran Gato,
 De nariz roma pero largo olfato,
 Se metió en una casa de Ratones.
 En uno de sus lóbregos rincones
 Puso su alojamiento:
 Por delante de sí de ciento en ciento
 Les dejaba por gusto libre el paso,
 Como hace el bebedor que mira el vaso;
 Y ensanchando así mas sus tragaderas,
 A fin los elegía como peras.

Este fue su ejercicio cotidiano;
 Pero tarde ó temprano
 Al fin ya los Ratones conocian
 Que por instantes se disminuian.
 Don *Roepan*, cacique el mas prudente
 De la ratona gente,
 Con los suyos formó pleno consejo,
 Y dijo así con natural despejo:
 Supuesto, hermanos, que el sangriento bruto,
 Que metidos nos tiene en llanto y luto,
 Habita el cuarto bajo,
 Sin que pueda subir ni aun con trabajo
 Hasta nuestra vivienda, es evidente
 Que se atajará el daño solamente
 Con no bajar allá de modo alguno.
 El medio pareció muy oportuno;
 Y fue tan observado,
 Que ya *Marramaquiz* el muy taimado,
 Metido por el hambre en calzas prietas,
 Discurrió entre mil tretas
 La de colgarse por los pies de un palo
 Haciendo el muerto: no era el ardid malo.
 Pero don *Roepan* luego que advierte
 Que su enemigo estaba de tal suerte,
 Asomando el hocico á su agujero,
 Hola, dice, ¿qué es eso, caballero?
 ¿Estás muerto de burlas ó de veras?
 Si es lo que yo rezelo, en vano esperas;
 Pues no nos contarémos ya seguros,
 Aun sabiendo de cierto
 Que eras á mas á mas de Gato muerto,
 Gato relleno ya de pesos duros.

*Si alguno llega con astuta maña,
T una vez nos engaña,
Es cosa muy sabida
Que puede algunas veces
El huir de sus trazas y dobles
Valernos nada menos que la vida.*

FÁBULA II.

EL ASNO Y EL LOBO.

Un Burro cojo vió que le seguia
Un Lobo cazador, y no pudiendo
Huir de su enemigo, le decia:
Amigo Lobo, yo me estoy muriendo:
Me acaban por instantes los dolores
De este maldito pie de que cojeo:
Si yo no me valiese de herradores,
No me veria así como me veo.
Y pues fallezco, sé caritativo:
Sácame con los dientes este clavo,
Muera yo sin dolor tan excesivo,
Y cómeme despues de cabo á rabo.
¡Oh! dijo el cazador con ironía,
Contando con la presa ya en la mano,
No solamente sé la anatomía,
Sino que soy perfecto cirujano.
El caso es para mí una patarata;
La operacion no mas que de un momento:
Alargue bien la pata,
Y no se me acobarde, buen Jumento.
Con su estuche molar desenvainado

El nuevo profesor llega al doliente;
Mas éste le dispara de contado
Una coz que lo deja sin un diente.
Escapa el cojo, pero el triste herido
Llorando se quedó su desventura.
¡Ay infeliz de mí! bien merecido
El pago tengo de mi gran locura.
Yo siempre me llevé el mejor bocado
En mi oficio de Lobo carnicero;
¿Pues si puedo vivir tan regalado,
A qué meterme ahora á curandero?
*Hablemos en razon; no tiene juicio
Quien deja el propio por ageno oficio.*

FÁBULA III.

EL ASNO Y EL CABALLO.

Iban, mas no sé adonde ciertamente,
Un Caballo y un Asno juntamente:
Éste cargado, pero aquel sin carga.
El grave peso, la carrera larga
Causaron al Borrico tal fatiga,
Que la necesidad misma le obliga
A dar en tierra. Amigo compañero,
No puedo mas, decia, yo me muero,
Repartamos la carga, y será poca;
Si no, se me va el alma por la boca.
Dice el otro: revienta enhorabuena:
¿Por eso he de sufrir la carga agena?
Gran bestia seré yo, si tal hiciere.
¿Miren y qué Borrico se me muere?

Tan justamente se quejó el Jumento,
 Que espiró el infeliz en el momento:
 El Caballo conoce su pecado,
 Pues tuvo que llevar mal de su grado
 Los fardos y aparejos todo junto:
 Item mas, el pellejo del difunto.

*Juan, alivia en sus penas al vecino;
 Y él, cuando tú las tengas, déte ayuda.
 Si no lo haceis así, temed sin duda
 Que seréis el Caballo y el Pollino.*

FÁBULA IV.

EL LABRADOR Y LA PROVIDENCIA.

Un Labrador cansado
 En el ardiente estío
 Debajo de una encina
 Reposaba pacífico y tranquilo:
 Desde su dulce estancia
 Miraba agradecido
 El bien, con que la tierra
 Premiaba sus penosos ejercicios.
 Entre mil producciones,
 Hijas de su cultivo,
 Veía calabazas,
 Melones por los suelos esparcidos.
 ¿Por qué la Providencia,
 Decía entre sí mismo,
 Puso á la ruin bellota
 En elevado preeminente sitio?
 ¿Cuánto mejor sería

Que trocando el destino
 Pendiesen de las ramas
 Calabazas, melones y pepinos?
 Bien oportunamente,
 Al tiempo que esto dijo,
 Cayendo una bellota,
 Le pegó en las narices de improviso.
 Par diez, prorumpió entonces
 El Labrador sencillo;
 Si lo que fue bellota
 Algun gordo melon hubiera sido,
 Desde luego pudiera
 Tomar á buen partido
 En caso semejante
 Quedar desnarigado, pero vivo.
*Aquí la Providencia
 Manifestarle quiso
 Que supo á cada cosa
 Señalar sabiamente su destino.
 A mayor bien del Hombre
 Todo está repartido,
 Preso el Pez en su concha,
 Y libre por el aire el Pajarillo.*

FÁBULA V.

EL ASNO VESTIDO DE LEON.

Un Asno disfrazado
 Con una grande piel de Leon andaba;
 Por su temible aspecto casi estaba
 Desierto el bosque, solitario el prado.

Pero quiso el destino
 Que le llegase á ver desde el molino
 La punta de una oreja el molinero:
 Armado entonces de un garrote fiero,
 Dale de palos, llévalo á su casa;
 Divúlgase al contorno lo que pasa,
 Llegan todos á ver en el instante
 Al que habian temido Leon reinante;
 Y haciendo mofa de su idea necia,
 Quien mas le respetó mas le desprecia.
Desde que oí del Asno contar esto,
Dos ochavos apuesto,
Si es que Pedro Fernandez no se deja
De andar con el disfraz de caballero,
A vueltas del vestido y el sombrero,
Que le han de ver la punta de la oreja.

FÁBULA VI.

LA GALLINA DE LOS HUEVOS DE ORO.

Érase una Gallina que ponía
 Un huevo de oro al dueño cada día.
 Aun con tanta ganancia mal contento,
 Quiso el rico avariento
 Descubrir de una vez la mina de oro,
 Y hallar en menos tiempo mas tesoro.
 Matóla, abrióla el vientre de contado;
 Pero despues de haberla registrado,
 ¿Qué sucedió? que muerta la Gallina
 Perdió su huevo de oro, y no halló mina.
 ¡Cuántos hay que teniendo lo bastante

Enriquecerse quieren al instante
Abrazando proyectos,
A veces de tan rápidos efectos,
Que solo en pocos meses,
Cuando se contemplaban ya marqueses,
Contando sus millones,
Se vieron en la calle sin calzones!

FABULA VII.

LOS CANGREJOS.

Los mas autorizados, los mas viejos
 De todos los Cangrejos
 Una gran asamblea celebraron.
 Entre los graves puntos que trataron
 A propuesta de un docto presidente,
 Como resolucion la mas urgente
 Tomaron la que sigue: pues que al mundo
 Estamos dando ejemplo sin segundo
 El mas vil y grosero
 En andar hácia atrás como el soguero;
 Siendo cierto tambien que los ancianos,
 Duros de pies y manos,
 Causándonos los años pesadumbre,
 No podemos vencer nuestra costumbre,
 Toda madre desde este mismo instante
 Ha de enseñar á andar hácia adelante
 A sus hijos; y dure la enseñanza
 Hasta quitar del mundo tal usanza.
 Garras á la obra, dicen las maestras
 Que se creían diestras;

Y sin dejar ninguno,
 Ordenan á sus hijos uno á uno,
 Que muevan sus patitas blandamente
 Hacia adelante sucesivamente.
 Pasito á paso al modo que podian
 Ellos obedecian;
 Pero al ver á sus madres que marchaban
 Al revés de lo que ellas enseñaban,
 Olvidando los nuevos documentos,
 Imitaban sus pasos mas contentos.
 Repetian las madres sus lecciones;
 Mas no bastaban teóricas razones,
 Porque obraba en los jóvenes Cangrejos
 Solo un ejemplo mas que mil consejos.
 Cada maestra se aflige y desconsuela
 No pudiendo hacer práctica su escuela;
 De modo que en efecto
 Abandonaron todas el proyecto.
 Los magistrados saben el suceso,
 Y en su pleno congreso
 La nueva ley al punto derogaron.
 Porque se aseguraron
 De que en vano intentaban la reforma,
 Cuando ellos no sabian ser la norma.
*T es así; que la fuerza de las leyes
 Suele ser el ejemplo de los reyes.*

FÁBULA VIII.

LAS RANAS SEDIENTAS.

Dos Ranas, que vivían juntamente,
 En un verano ardiente

Se quedaron en seco en su laguna.
 Saltando aquí y allí llegó la una
 A la orilla de un pozo.
 Llena entonces de gozo,
 Gritó á su compañera:
 Ven, y salta ligera.
 Llegó, y estando entrambas á la orilla,
 Notando como grande maravilla
 Entre los agostados juncos y heno
 El fresco pozo casi de agua lleno,
 Prorumpió la primera: ¿á qué esperamos
 Que no nos arrojamos
 Al agua, que apacible nos convida?
 La segunda responde: inadvertida,
 Yo tengo igual deseo;
 Pero pienso y preveo
 Que aunque es fácil al pozo nuestra entrada,
 La agua con los calores exhalada,
 Segun vaya faltando,
 Nos irá dulcemente sepultando,
 Y al tiempo que salir solicitemos
 En la Estigia laguna nos veremos.
*Por consultar al gusto solamente
 Entra en la nasa el Pez incautamente;
 El Pájaro sencillo en la red queda;
 ¡T en qué lazos el Hombre no se enreda!*

FÁBULA IX.

EL CUERVO Y EL ZORRO.

En la rama de un árbol
 Bien ufano y contento,

Con un queso en el pico
 Estaba el señor Cuervo.
 Del olor atraído
 Un Zorro muy maestro,
 Le dijo estas palabras
 A poco mas ó menos:
 Tenga usted buenos dias,
 Señor Cuervo, mi dueño:
 Vaya que estais donoso,
 Mono, lindo en extremo:
 Yo no gasto lisonjas
 Y digo lo que siento,
 Que si á tu bella traza
 Corresponde el gorgojo,
 Juro á la diosa Ceres,
 Siendo testigo el cielo,
 Que tú serás el Fénix
 De sus vastos imperios.
 Al oír un discurso
 Tan dulce y halagüeño,
 De vanidad llevado
 Quiso cantar el Cuervo;
 Abrió su negro pico,
 Dejó caer el queso.
 El muy astuto Zorro,
 Despues de haberlo preso,
 Le dijo: señor bobo,
 Pues sin otro alimento
 Quedais con alabanzas
 Tan hinchado y repleto,
 Digerid las lisonjas
 Mientras digiero el queso.

*Quien oye aduladores
 Nunca espere otro premio.*

FÁBULA X.

UN COJO Y UN PICARON.

A un buen Cojo un descortés
 Insultó atrevidamente:
 Oyólo pacientemente
 Continuando su carrera,
 Cuando al son de la cojera
 Dijo el otro: una, dos, tres,
 Cojo es:
 Oyólo el Cojo; aquí fue
 Donde el buen hombre perdió
 Los estribos; pues le dió
 Tanta cólera, y tal ira,
 Que la muleta le tira,
 Quedándose, ya se ve,
 Sobre un pie.
 Solo el no poder correr
 Para darte el escarmiento,
 Dijo el Cojo, es lo que siento,
 Que este mal no me atormenta:
 Porque al Hombre solo afrenta,
 Lo que supo merecer;
 Padecer.

FÁBULA XI.

EL CARRETERO Y HÉRCULES.

En un atolladero
 El carro se atascó de Juan Regaña:
 Él á nada se mueve, ni se amafia;
 Pero jura muy bien; ¡gran Carretero!
 A Hércules invocó; y el dios le dice:
 Aligera la carga, ceja un tanto,
 Quita ahora ese canto;
 ¿Está? Sí, le responde, ya lo hice.
 Pues enarbola el látigo, y con eso
 Puedes ya caminar. De esta manera,
 Arreando á la Mohina y la Roncera,
 Salió Juan con su carro del suceso.
*Si haces lo que estuviere de tu parte,
 Pide al cielo favor: ha de ayudarte.*

FÁBULA XII.

LA ZORRA Y EL CHIVO.

Una Zorra cazaba;
 Y al seguir á un Gazapo
 Entre aquí se escabulle, allí lo atrapo,
 En un pozo cayó que al paso estaba.
 Cuando mas la afligia su tristeza
 Por no hallar la infeliz salida alguna,
 Vió asomarse al brocal por su fortuna
 Del Chivo padre la gentil cabeza.

¿Qué tal, dijo el barbon, la agua es salada?
 Es tan dulce, tan fresca y deliciosa,
 Respondió la Raposa,
 Que en el tal pozo estoy como encantada.
 Al agua el Chivo se arrojó sediento:
 Monta sobre él la Zorra, de manera
 Que haciendo de sus cuernos escalera,
 Pilla el brocal, y sale en el momento.
 Quedó el pobre atollado: cosa dura.
*¿Mas quién podrá á la Zorra dar castigo,
 Cuando el Hombre, aun á costa de su amigo,
 Del peligro menor salir procura?*

FÁBULA XIII.

EL LOBO, LA ZORRA Y EL MONO JUEZ.

Un Lobo se quejó criminalmente
 De que una Zorra astuta lo robase.
 El Mono juez, como ella lo negase,
 Dejólos alegar prolijamente.
 Enterado pronuncia la sentencia:
 No consta que te falte nada, Lobo;
 Y tú, Raposa, tú tienes el robo,
 Dijo, y los despidió de su presencia.
 Esta contradiccion es cosa buena,
 La dijo el docto Mono con malicia.
*Al perverso su fama lo condena,
 Aun cuando alguna vez pida justicia.*

FABULA XIV.

LOS DOS GALLOS.

Habiendo á su rival vencido un Gallo,
 Quedó entre sus Gallinas victorioso,
 Mas grave, mas pomposo
 Que el mismo Gran Sultan en su serrallo.
 Desde un alto pregona vocinglero
 Su gran hazafia: el Gavilan lo advierte,
 Lo pilla, lo arrebatata, y por su muerte
 Quedó el rival señor del gallinero.
*Consuele al abatido tal mudanza:
 Sirva tambien de ejemplo á los mortales
 Que se juzgan exentos de los males
 Cuando se ven en próspera bonanza.*

FABULA XV.

LA MONA Y LA ZORRA.

En visita una Mona
 Con una Zorra estaba cierto dia,
 Y así ni mas ni menos la decia:
 Por mi fe que teneis bella persona,
 Gallardo talle, cara placentera,
 Airosa en el andar, como vos sola;
 Y á no ser tan disforme vuestra cola,
 Seriais en lo hermoso la primera.
 Escuchad un consejo,
 Que ha de ser á las dos muy importante:

Yo os la he de cortar, y lo restante.
 Me lo acomodaré por zagalejo.
 Abrenuncio, la Zorra le responde:
 Es cosa para mí menos amarga
 Barrer el suelo con mi cola larga,
 Que verla por páñal, bien sé yo donde.
*Por ingenioso que el necesitado
 Sea para pedir al avariento,
 Este será de superior talento
 Para negarse á dar de lo sobrado.*

FABULA XVI.

LA GATA MUJER.

Zapaquilda la bella
 Era Gata doncella
 Muy recatada, no menos hermosa;
 Queríala su dueño por esposa
 Si Venus consintiese,
 Y en mujer á la Gata convirtiese.
 De agradable manera
 Vino en ello la diosa placentera;
 Y ved á Zapaquilda en un instante
 Hecha moza gallarda, rozagante.
 Celébrase la boda;
 Estaba ya la sala nupcial toda
 De un lucido concurso coronada,
 La novia relamida, almidonada,
 Junto al novio galan enamorado,
 Todo brillantemente preparado,
 Cuando quiso la diosa

Que cerca de la esposa,
 Pasase un Ratoncillo de repente.
 Al punto que lo vé, violentamente,
 A pesar del concurso y de su amante,
 Salta, corre tras él, y échale el guante.
*Aunque del valle humilde á la alta cumbre
 Inconstante nos mude la fortuna,
 La propension del natural es una
 En todo estado, y mas con la costumbre.*

FABULA XVII.

LA LEONA Y EL OSO.

Dentro de un bosque oscuro y silencioso,
 Con un rugir continuo y espantoso,
 Que en medio de la noche resonaba,
 Una Leona á las fieras inquietaba.
 Dícela un Oso: escúchame una cosa:
 ¿Qué tragedia horrorosa,
 O qué sangrienta guerra,
 Qué rayos, ó qué plagas á la tierra
 Anuncia tu clamor desesperado
 En el nombre de Júpiter airado?
 ¡Ah! mayor causa tienen mis rugidos.
 Yo, la mas infeliz de los nacidos,
 ¿Cómo no moriré desesperada
 Si me han robado el hijo? ¡ay desdichada!
 ¡Hola! ¿con que eso es todo?
 Pues si se lamentasen de ese modo
 Las madres de los muchos que devoras,
 Buena música hubiera á todas horas.

Vaya, vaya, consuélate como ellas,
 No nos quiten el sueño tus querellas.
*A desdichas y males
 Vivimos condenados los mortales.
 A cada cual no obstante le parece
 Que de esta ley una excepcion merece.
 Así nos conformamos con la pena,
 No cuando es propia, si cuando es agena.*

FÁBULA XVIII.

EL LOBO Y EL PERRO FLACO.

Distante de la aldea
 Iba cazando un Perro
 Flaco, que parecia
 Un andante esqueleto.
 Cuando menos lo piensa
 Un Lobo lo hizo preso:
 Aquí de sus clamores,
 De sus llantos y ruegos.
 Decidme, señor Lobo,
 ¿Qué quereis de mi cuerpo,
 Si no tiene otra cosa
 Que huesos y pellejo?
 Dentro de quince dias
 Casa á su hija mi dueño,
 Y ha de haber para todos
 Arroz y Gallo muerto.
 Dejadme ahora libre,
 Que pasado este tiempo
 Podrás comerme á gusto,

Lucio, gordo y relleno.
 Quedaron convenidos,
 Y apenas se cumplieron
 Los dias señalados,
 El Lobo buscó al Perro.
 Estábase en su casa
 Con otro compañero,
 Llamado Matalobos,
 Mastin de los mas fieros;
 Salen á recibirlo
 Al punto que lo vieron:
 Matalobos bajaba
 Con corbatin de hierro;
 No era el Lobo persona
 De tantos cumplimientos,
 Y así por no gastarlos
 Cedió de su derecho:
 Huía y lo llamaban,
 Mas él iba diciendo
 Con el rabo entre piernas:
 Pies, ¿para qué os quiero?
*Hasta los niños saben
 Que es de mayor aprecio
 Un Pájaro en la mano
 Que por el aire ciento.*

FÁBULA XIX.

LA OVEJA Y EL CIERVO.

Un celemin de trigo
 Pidió á la Oveja el Ciervo, y la decía:

Si es que usted de mi paga desconfía,
 A presentar me obligo
 Un fiador desde luego
 Que no dará lugar á tener queja.
 ¿Y quién es este? preguntó la Oveja.
 Es un Lobo abonado, llano y lego.
 ¡Un Lobo! ya: mas hallo un embarazo;
 Si no teneis mas fincas que él sus dientes,
 Y tú los pies para escapar valientes,
 ¿A quién acudiré cumplido el plazo?
*Si quién es el que pide y sus fiadores
 Antes de dar prestado se examina,
 Será menor, sin otra medicina,
 La peste de los malos pagadores.*

FÁBULA XX.

LA ALFORJA.

En una alforja al hombro
 Llevo los vicios,
 Los agenos delante,
 Detrás los mios.
 Esto hacen todos;
 Así ven los agenos,
 Mas no los propios.

FABULA XXI.

EL ASNO INFELIZ.

Yo conocí un Jumento
 Que murió muy contento

Por creer (y no iba fuera de camino)
 Que así cesaba su fatal destino;
 Pero la adversa suerte
 Aun despues de su muerte
 Lo persiguió: dispuso que al difunto
 Le arrancasen el cuero luego al punto
 Para hacer tamboriles;
 Y que en los regocijos pastoriles
 Bailasen las zagalas en el prado
 Al son de su pellejo baquereado.
*Quien por su mala estrella es infelice,
 Aun muerto lo será: FEDRO lo dice.*

FÁBULA XXII.

EL JABALÍ Y LA ZORRA.

Sus horribles colmillos aguzaba
 Un Jabalí en el tronco de una encina;
 La Zorra, que vecina
 Del animal cerdoso se miraba,
 Le dice: extraño el verte,
 Siendo tú en paz señor de la bellota,
 Cuando ningun contrario te alborota,
 Que tus armas afles de esa suerte.
 La fiera le responde; tengo oido
 Que en la paz se prepara el buen guerrero,
 Así como en la calma el marinero,
T que vale por dos el prevenido.

FABULA XXIII.

EL PERRO Y EL COCODRILLO.

Bebiendo un Perro en el Nilo,
 Al mismo tiempo corria:
 Bebe quieto, le decia
 Un taimado Cocodrilo.
 Díjole el Perro prudente:
 Dañoso es beber y andar,
 Pero ¿es sano el aguardar
 A que me claves el diente?
 ¡Oh qué docto Perro viejo!
 Yo venero su sentir
 En esto de no seguir
 Del enemigo el consejo.

FÁBULA XXIV.

LA COMADREJA Y LOS RATONES.

Débil y flaca cierta Comadreja,
 No pudiendo ya mas de puro vieja,
 Ni cazaba ni hacia provisiones
 De abundantes Ratones
 Como en tiempos pasados,
 Que elegia los tiernos, regalados,
 Para cubrir su mesa.
 Solo de tarde en tarde hacia presa
 En tal cual que pasaba muy cercano,
 Gotoso, parálítico ó anciano.
 Obligada del hambre cierto dia,

Urdió el modo mejor con que saldría
 De aquella pobre situacion hambrienta,
 Pues la necesidad todo lo inventa.
 Esta vieja taimada
 Métese entre la harina amontonada;
 Alerta y con cautela,
 Cual suele en la garita el centinela,
 Espera ansiosa su feliz momento
 Para la ejecucion del pensamiento.
 Llegó el Raton sin conocer su ruina,
 Y metió el hociquillo entre la harina:
 Entonces ella le echa de repente
 La garra al cuello, y al hocico el diente.
 Con este nuevo ardid tan oportuno
 Se los iba embuchando de uno en uno,
 Y á merced de discurso tan extraño
 Logró sacar su tripa de mal año.
*Es un feliz ingenio interesante:
 Él nos ayuda si el poder nos deja;
 Y al ver lo que pasó á la Comadreja,
 ¿Quién no aguzará el suyo en adelante?*

FÁBULA XXV.

EL LOBO Y EL PERRO.

En busca de alimento
 Iba un Lobo muy flaco y muy hambriento;
 Encontró con un Perro tan relleno,
 Tan lucio, sano y bueno,
 Que le dijo: yo extraño
 Que estes de tan buen año
 Como se deja ver por tu semblante,

Cuando á mí mas pujante,
 Mas osado y sagaz, mi triste suerte
 Me tiene hecho retrato de la muerte.
 El Perro respondió: sin duda alguna
 Lograrás, si tú quieres, mi fortuna:
 Deja el bosque y el prado,
 Retírate á poblado,
 Servirás de portero
 A un rico caballero,
 Sin otro afán, ni mas ocupaciones
 Que defender la casa de ladrones.
 Acepto desde luego tu partido,
 Que para mucho mas estoy curtido;
 Así me libraré de la fatiga
 A que el hambre me obliga
 De andar por montes sendereando peñas,
 Trepando riscos y rompiendo breñas,
 Sufriendo de los tiempos los rigores,
 Lluvias, nieves, escarchas y calores.
 A paso diligente
 Marchaban juntos amigablemente,
 Varios puntos tratando en confianza
 Pertenecientes á llenar la panza.
 En esto el Lobo por algun rezelo
 Que comenzó á turbarle su consuelo,
 Mirando al Perro dijo: he reparado
 Que tienes el pescuezo algo pelado;
 Dime; ¿qué es eso? Nada.
 Dímelo por tu vida, camarada.
 No es mas que la señal de la cadena,
 Pero no me da pena;
 Pues aunque por inquieto

A ella estoy sujeto,
 Me sueltan cuando comen mis señores;
 Recibenme á sus pies de mil amores,
 Ya me tiran el pan, ya la tajada,
 Y todo aquello que les desagrada:
 Éste lo mal asado,
 Aquel un hueso poco descarnado,
 Y aun el gloton que todo se lo traga,
 A lo menos me halaga,
 Pasándome la mano por el lomo;
 Yo meneo la cola, callo y como.
 Todo eso es bueno, yo te lo confieso;
 Pero por fin y postre tú estás preso,
 Jamás sales de casa,
 No puedes ver lo que en el pueblo pasa.
 Es así. Pues, amigo,
 La amada libertad que yo consigo
 No he de trocarla de manera alguna
 Por tu abundante y próspera fortuna:
 Marcha, marcha á vivir encarcelado,
 No serás envidiado
 De quien pasea el campo libremente,
 Aunque tú comas tan glotonamente
 Pan, tajadas y huesos; porque al cabo
 No hay bocado en sazón para un esclavo.

*Nec aliud quidquam per Fabellas queritur,
 Quam corrigatur error ut mortalium,
 Acuatque sese diligens industria.*

PHÆDR. Fab. Prol. Lib. II.

FÁBULAS

EN VERSO CASTELLANO

PARA USO

DE LAS ESCUELAS.

COMPUESTAS

POR D. FELIX MARÍA SAMANIEGO,
 SEÑOR DE LAS VILLAS Y VALLE DE ARRAYA,
 EN LA PROVINCIA DE ÁLAVA, INDIVIDUO DE
 NÚMERO, Y LITERATO DE LA REAL SOCIEDAD
 VASCONGADA, PRESIDENTE DE TURNO DE DICHO
 SEMINARIO.

*Neque enim notare singulos mens est mihi;
 Verum ipsam vitam, et mores hominum ostendere.*

PHÆDR. Fab. Prol. Lib. III.

TOMO II.

Largas noches leyendo á la candela?
 ¿A Grecia y Roma sabias observaste?
 ¿Sócrates refinó tu entendimiento?
 ¿La ciencia de Platon has tú medido?
 ¿O pesaste de Tulio el gran talento?
 ¿O tal vez como Ulises has corrido
 Por ignorados pueblos y confusos,
 Observando costumbres, leyes y usos?
 Ni las letras seguí, ni como Ulises
 (Humildemente respondió el anciano)
 Discurrí por incógnitos paisés:
 Sé que el género humano
 En la escuela del mundo lisonjero
 Se instruye en el doblez y en la patraña:
 Con la ciencia que engaña
 ¿Quién podrá hacerse sabio verdadero?
 Lo poco que yo sé me lo ha enseñado
 Naturaleza en fáciles lecciones;
 Un odio firme al vicio me ha inspirado,
 Ejemplo de virtud da á mis acciones.
 Aprendí de la Abeja lo industrioso,
 Y de la Hormiga, que en guardar se afana,
 A pensar en el día de mañana:
 Mi Mastin el hermoso,
 Y fiel sin semejante,
 De gratitud y lealtad constante
 Es el mejor modelo,
 Y si acierto á copiarle me consuelo:
 Si mi nupcial amor lecciones toma,
 Las encuentra en la cándida Paloma:
 La Gallina á sus Pollos abrigando
 Con sus piadosas alas como madre,

Y las sencillas aves aun volando
 Me prestan reglas para ser buen padre.
 Sabia naturaleza, mi maestra,
 Lo malo y lo ridiculo me muestra
 Para hacermelo odioso:
 Jamás hablo á las gentes
 Con aire grave, tono jactancioso;
 Pues saben los prudentes
 Que lejos de ser sabio el que así hable,
 Será un Buho solemne despreciable.
 Un hablar moderado,
 Un silencio oportuno
 En mis conversaciones he guardado:
 El hablador molestó é importuno
 Es digno de desprecio:
 Quien escuche á la Urraca será un necio.
 A los que usan la fuerza y el engaño
 Para el ageno daño,
 Y usurpan á los otros su derecho,
 Los debe aborrecer un noble pecho.
 Unanse con los Lobos en la caza,
 Con Milanos y Halcones,
 Con la maldita serpentina raza,
 Caterva de carnívoros ladrones.
 Mas ¡qué dije! Los Hombres tan malvados
 Ni aun merecen tener estos aliados.
 No hay daño ni animal tan peligroso
 Como el usurpador y el envidioso:
 Por último en el libro interminable
 De la naturaleza yo medito;
 En todo lo creado es admirable:
 Del ente mas sencillo y pequeñito

Una contemplacion profunda alcanza
 Los mas preciosos frutos de ensenanza.
 Tu virtud acredita, buen anciano,
 (El Filósofo exclama),
 Tu ciencia verdadera y justa fama.
 Vierte el género humano
 En sus libros y escuelas sus errores:
 En preceptos mejores
 Nos da naturaleza su doctrina;
*Así quien sus verdades examina,
 Con la meditacion y la experiencia
 Llegará á conocer virtud y ciencia.*

FÁBULA II.

EL HOMBRE Y LA FANTASMA.

Un Joven licencioso
 Se hallaba en un estado vergonzoso
 Con sus males secretos retirado:
 En soledad, doliente, exasperado,
 Cavila, llora, canta, jura, reza,
 Como quien ha perdido la cabeza.
 ¿Te falta la salud? Pues caballero,
 De todo tu dinero,
 Nobleza, juventud y poderío,
 Sábete que mé rio;
 Trata de recobrarla, pues perdida,
 ¿De qué te sirven los bienes de la vida?
 Todo esto una Fantasma le previno,
 Y al instante se fue como se vino.
 El enfermo se cuida, se repone,

Un nuevo plan de vida se propone;
 En efecto, se casa:
 Cércale los cuidados de la casa
 Que se van aumentando de hora en hora:
 La mujer (Dios nos libre) gastadora,
 Aun mucho mas que rica,
 Los hijos y las deudas multiplica;
 De modo que el marido,
 Mas que nunca aburrido,
 Se puso sobre un pie de economía,
 Que estrechándola mas de dia en dia,
 Al fin se enriqueció con opulencia.
 La Fantasma le dice: en mi conciencia
 Que te veo amarillo como el oro:
 Tienes tu corazon en el tesoro,
 Miras sobre tu pecho acongojado
 El puñal del ladron enarbolado,
 Las noches pasas en mortal desvelo,
 ¿Y así quieres vivir?... ¡qué desconsuelo!
 El Hombre, como caso milagroso,
 Se trasformó de avaro en ambicioso.
 Llegó dentro de poco á la privanza:
 El señor don dinero ¡qué no alcanza!
 La Fantasma le muestra claramente
 Un falso confidente;
 Cien traidores amigos
 Que quieren ser autores y testigos
 De su pronta caida:
 Resuélvese á dejar aquella vida,
 Y ya desengañado
 En los campos se mira retirado:
 Buscaba los placeres inocentes

En las flores y frutas diferentes.
 ¿ Quieren ustedes creer (esto me pasma)
 Que aun allí le persigue la Fantasma?
 Los insectos, los hielos y los vientos,
 Todos los elementos
 Y las plagas de todas estaciones
 Han de ser en el campo tus ladrones.
 ¿ Pues adónde irá el pobre caballero?.....
Digo que es un solemne majadero
Todo aquel que pretende
Vivir en este mundo sin su duende.

FÁBULA III.

EL JABALÍ Y EL CARNERO.

De la rama de un árbol un Carnero
 Degollado pendia ;
 En él á sangre fria
 Cortaba el remangado carnicero.
 El rebaño inocente,
 Que el trágico espectáculo miraba,
 De miedo ni pacia ni balaba.
 Un Jabalí gritó, cobarde gente,
 Que mirais la carnívora matanza,
 ¿ Cómo no os vengais del enemigo?
 Tendrá (dijo un Carnero) su castigo ;
 Mas no de nuestra parte la venganza.
 La piel, que arranca con sus propias manos,
 Sirve para los pleitos y la guerra,
 Las dos mayores plagas de la tierra
 Que afligen á los míseros humanos.

Apenas nos desuellan, se destina
 Para hacer pergaminos y tambores:
Mira como los Hombres malhechores
Labran en su maldad su propia ruina.

FÁBULA IV.

EL RAPOSO, LA MUJER Y EL GALLO.

Con las orejas gachas,
 Y la cola entre piernas,
 Se llevaba un Raposo
 Un Gallo de la aldea.
 Muchas gracias al alba,
 Que pudo ver la fiesta
 Al salir de su casa
 Juana la madruguera.
 Como una loca grita:
 Vecinos, que le lleva;
 Que es el mio, vecinos.
 Oye el Gallo las quejas,
 Y le dice al Raposo:
 Dile que no nos mienta,
 Que soy tuyo y muy tuyo.
 Volviendo la cabeza
 Le responde el Raposo:
 Oyes, gran embustera,
 No es tuyo, sino mio:
 El mismo lo confiesa.
 Mientras esto decia,
 El Gallo libre vuela,
 Y en la copa de un árbol

Canta que se las pela.
 El Raposo burlado
 Huyó: ¡quién lo creyera!
To, pues, á mas de cuatro
Muy zorros en sus tretas,
Por hablar á destiempo
Los ví perder la presa.

FÁBULA V.

EL FILÓSOFO Y EL RÚSTICO.

La del alba seria
 La hora en que un Filósofo salía
 A meditar al campo solitario
 En lo hermoso y lo vario,
 Que á la luz de la Aurora nos enseña
 Naturaleza entonces mas risueña.
 Distruido sin senda caminaba,
 Cuando llegó á un cortijo donde estaba
 Con un martillo el Rústico en la mano,
 En la otra un Milano,
 Y sobre una portátil escalera:
 ¿Qué haces de esa manera?
 El Filósofo dijo;
 Castigar á un ladron de mi cortijo,
 Que en mi corral ha hecho mas destrozos
 Que todos los ladrones en Torozos.
 Le clavo en la pared..... ya estoy contento.....
 Sirve á toda tu raza de escarmiento.
 El matador es digno de la muerte
 (El sabio dijo); mas si de esa suerte

El Milano merece ser tratado,
 ¿De qué modo será bien castigado
 El Hombre sanguinario, cuyos dientes
 Devoran á infinitos inocentes,
 Y cuenta como mísera su vida,
 Si no hace de cadáveres comida?
 Y aun tú, que así castigas los delitos,
 Cenarias anoche tus Pollitos.
 Al mundo le encontramos de este modo
 (Dijo airado el Patan), y sobre todo,
 Si lo mismo son Hombres que Milanos,
 Guárdese no le pille entre mis manos.
 El sabio se dejó de reflexiones.
Al tirano le ofenden las razones,
Que demuestran su orgullo y tiranía,
Mientras por su sentencia cada dia
Muere (viviendo él mismo impunemente)
Por menores delitos otra gente.

FÁBULA VI.

LA PAVA Y LA HORMIGA.

Al salir con las yuntas
 Los criados de Pedro
 El corral se dejaron
 De par en par abierto.
 Todos los Pavipollos
 Con su madre se fueron
 Aquí y allí picando
 Hasta el cercano otero.
 Muy contenta la Pava
 Decía á sus Polluelos:

Mirad, hijos, el rastro
 De un copioso hormiguero.
 Ea, comed Hormigas,
 Y no tengais rezelo,
 Que yo tambien las como:
 Es un sabroso cebo.
 Picad, queridos míos:
 ¡Oh qué dias los nuestros,
 Si no hubiese en el mundo
 Malditos cocineros!
 Los Hombres nos devoran,
 Y todos nuestros cuerpos
 Humean en las mesas
 De nobles y plebeyos.
 A cualquier fiestecilla
 Ha de haber Pavos muertos.
 ¡Qué pocas Navidades
 Contaron mis abuelos!
 ¡Oh glotones humanos,
 Crueles carniceros!
 Mientras tanto una Hormiga
 Se puso en salvamento
 Sobre un árbol vecino,
 Y gritó con denuedo:
 ¡Hola! con que los Hombres
 Son crueles, perversos:
 ¿Y qué seréis los Pavos?
 ¡Ay de mí! ya lo veo:
 A mis tristes parientes,
 ¡Qué digo! á todo el pueblo
 Solo por desayuno
 Os le vais engullendo.

No respondió la Pava
 Por no saber un cuento,
 Que era entonces del caso,
 Y ahora viene á pelo:
 Un Gusano roía
 Un grano de centeno;
 Viéronlo las Hormigas,
 ¡Qué gritos! ¡qué aspavientos!
 Aquí fue Troya (dicen):
 Muere, pícaro perro.
 Y ellas ¿qué hacian? Nada:
 Robar todo el granero.
Hombres, Pavos, Hormigas,
Segun estos ejemplos,
Cada cual en su libro
Esta moral tenemos.
La falta leve en otro
Es un pecado horrendo;
Pero el delito propio
No mas que pasatiempo.

FÁBULA VII.

EL ENFERMO Y LA VISION.

¡Con que de tus recetas exquisitas
 (Un Enfermo exclamó) ninguna alcanza!...
 El Médico se fue sin esperanza,
 Contando por los dedos sus visitas.
 Así desengañado,
 Y creciendo por horas su dolencia,
 De este modo examina su conciencia:
 En todos mis contratos he logrado

(No lo niego) ganancia muy segura:
 Trabajé en calcular mis intereses;
 Aumenté mi caudal en pocos meses,
 Mas por felicidad que por usura.
 Sin rencor ni malicia
 Hice que á mi deudor pusiesen preso,
 Murió pobre en la cárcel, lo confieso;
 Mas en fin es un hecho de justicia.
 Si por cierto instrumento
 Reduje una familia muy honrada
 A pobreza extremada,
 Algun dia leerán mi testamento.
 Entonces (muerto yo) se hará patente
 En la tierra, lo mismo que en el cielo,
 Para alivio de pobres y consuelo,
 Mi caridad ardiente.
 Una Vision se acerca, y dice: hermano,
 La esperanza condeno
 Del que aguarda á morir para ser bueno:
 Una accion de piedad está en tu mano.
 Tus prójimos, segun sus oraciones,
 Estan necesitados;
 Para ser remediados
 Han menester siquiera cien doblones....
 ¡Cien doblones! No es nada.
 Y si, porque Dios quiera, no me muero,
 Y despues me hace falta ese dinero,
 ¿Seria caridad bien ordenada?....
 Avaro, ¿te resistes? Pues al cabo
 Te anuncio que tu muerte está cercana....
 ¿Me muero? Pues que esperen á mañana.
 La Vision se volvió sin un ochavo.

FÁBULA VIII.

EL CAMELLO Y LA PULGA.

Al que ostenta valimiento,
 Cuando su poder es tal
 Que ni influye en bien ni en mal,
 Le quiero contar un cuento.

En una larga jornada
 Un Camello muy cargado
 Exclamó ya fatigado:
 ¡Oh qué carga tan pesada!
 Doña Pulga, que montada
 Iba sobre él, al instante
 Se apea, y dice arrogante:
 Del peso te libro yo.
 El Camello respondió:
 Gracias, señor Elefante.

FABULA IX.

EL CERDO, EL CARNERO Y LA CABRA.

Poco antes de morir el Corderillo
 Lame alegre la mano y el cuchillo
 Que han de ser de su muerte el instrumento,
 Y es feliz hasta el último momento.
 Así, cuando es el mal inevitable,
 Es quien menos prevee mas envidiable.
 Bien oportunamente mi memoria
 Me presenta al Lechon de cierta historia.
 Al mercado llevaba un carretero
 Un Marrano, una Cabra y un Carnero.

Con perdon, el Cochino
 Clamaba sin cesar en el camino:
 Esta sí que es miseria;
 Perdido soy, me llevan á la feria.
 Así gritaba: mas ¡con qué gruñidos!
 No dió en su esclavitud tales gemidos
 Hécuba la infelice.
 El carretero al gruñidor le dice:
 ¿No miras al Carnero y á la Cabra,
 Que vienen sin hablar una palabra?
 ¡Ay, señor (le responde), ya lo veo!
 Son tontos, y no piensan. Yo preveo
 Nuestra muerte cercana.
 A los dos por la leche y por la lana
 Quizá no matarán tan prontamente;
 Pero á mí, que soy bueno solamente
 Para pasto del Hombre..... no lo dudo,
 Mañana comerán de mi menudo.
 A Dios, pocilga, á Dios, gamella mia:
 Sutilmente su muerte preveia.
 ¿Mas qué lograba el pensador Marrano?
 Nada, sino sentirla de antemano.
*El dolor ni los ayes es seguro
 Que no remediarán el mal futuro.*

FÁBULA X.

EL LEON, EL TIGRE Y EL CAMINANTE.

Entre sus fieras garras oprimia
 Un Tigre á un Caminante.
 A los tristes quejidos al instante
 Un Leon acudió: con bizarría

Lucha, vence á la fiera, y lleva al Hombre
 A su regia caverna. Toma aliento
 (Le decia el Leon), nada te asombre;
 Soy tu libertador; estame atento.
 ¿Habrás bestia sañuda y enemiga,
 Que se atreva á mi fuerza incomparable?
 Tú puedes responder, ó que lo diga
 Esa pintada fiera despreciable.
 Yo, yo solo monarca poderoso,
 Domino en todo el bosque dilatado.
 ¡Cuántas veces la Onza, y aun el Oso
 Con su sangre el tributo me han pagado!
 Los despojos de pieles y cabezas,
 Los huesos que blanquean este piso
 Dan el mas claro aviso
 De mi valor sin par y mis proezas.
 Es verdad, dijo el Hombre, soy testigo:
 Los triunfos miro de tu fuerza airada,
 Contemplo á tu nacion amedrentada.
 Al librarme venciste á mi enemigo.
 En todo esto, señor (con tu licencia),
 Solo es digna del trono tu clemencia.
 Sé benéfico, amable,
 En lugar de despótico tirano;
 Porque, señor, es llano
 Que el monarca será mas venturoso
 Cuanto hiciere á su pueblo mas dichoso....
 Con razon has hablado,
 Y ya me causa pena
 El haber yo buscado
 Mi propia gloria en la desdicha agena.
 En mis jóvenes años

El orgullo produjo mil errores,
 Que me los ha encubierto con engaños
 Una corte servil de aduladores.
Ellos me aseguraban de concierto
Que por el mundo todo
No reinan los humanos de otro modo:
Tú lo sabrás mejor; dime, ¿y es cierto?

FÁBULA XI.

LA MUERTE.

Pensaba en elegir la reina Muerte
 Un ministro de estado:
 Le quería de suerte
 Que hiciese floreciente su reinado.
 El tabardillo, gota, pulmonía,
 Y todas las demás enfermedades
 Yo conózco, decia,
 Que tienen excelentes calidades:
 ¿Mas qué importa? La peste, por ejemplo,
 Un ministro sería sin segundo;
 Pero ya por inútil la contemplo
 Habiendo tanto Médico en el mundo.
 Uno de estos elijo..... mas no quiero,
 Que estan muy bien premiados sus servicios
 Sin otra recompensa que el dinero.
 Pretendieron la plaza algunos vicios,
 Alegando en su abono mil razones:
 Consideró la reina su importancia,
 Y después de maduras reflexiones,
 El empleo ocupó la intemperancia.

FÁBULA XII.

EL AMOR Y LA LOCURA.

Habiendo la Locura
 Con el amor refüdo,
 Dejó ciego de un golpe
 Al miserable niño.
 Venganza pide al cielo
 Venus, ¡mas con qué gritos!
 Era madre y esposa;
 Con esto queda dicho.
 Queréllase á los dioses
 Presentando á su hijo:
 ¿De qué sirven las flechas,
 De qué el arco á Cupido,
 Faltándole la vista
 Para asestar sus tiros?
 Quitensele las alas,
 Y aquel ardiente cirio,
 Si á su luz ser no pueden
 Sus vuelos dirigidos.
 Atendiendo á que el ciego
 Siguiese su ejercicio,
 Y á que la delincuente
 Tuviese su castigo,
 Júpiter, presidente
 De la asamblea, dijo:
 Ordeno á la Locura
 Desde este instante mismo
 Que eternamente sea
 De Amor el lazarillo.

LIBRO II.

FÁBULA PRIMERA.

EL RAPOSO ENFERMO.

El tiempo, que consume de hora en hora
Los fuertes murallones elevados,
Y lo mismo devora
Montes agigantados,
A un Raposo quitó de día en día
Dientes, fuerza, valor, salud, de suerte
Que él mismo conocia
Que se hallaba en las garras de la muerte.
Cercado de parientes y de amigos,
Dijo en trémula voz y lastimera:
¡Oh vosotros, testigos
De mi hora postrera,
Atentos escuchad un desengaño!
Mis ya pasadas culpas me atormentan
Ahora conjuradas en mi daño;
¿No veis como á mi lado se presentan?
Mirad, mirad los Gansos inocentes
Con su sangre teñidos,
Y los Pavos en partes diferentes
Al furor de mis garras divididos.

Apartad esas aves que aquí veo,
Y me piden sus Pollos devorados:
Su infernal cácareo
Me tiene los oídos penetrados.
Los Raposos le afirman con tristeza
(No sin lamerse labios y narices):
Tienes debilitada la cabeza,
Ni una pluma se ve de cuanto dices.
Y bien lo puedes creer, que si se viese....
¡Oh glotones! callad: ya os entiendo,
El enfermo exclamó: ¡si yo pudiese
Corregir las costumbres cual pretendo!
¿No sentís que los gustos,
Si son contra la paz de la conciencia,
Se cambian en disgustos?
Tengo de esta verdad gran experiencia.
Expuestos á las trampas y á los Perros
Matais y perseguís á todo trapo
En la aldea Gallinas, y en los cerros
Los inocentes lomos del Gazapo.
Moderad, hijos míos, las pasiones:
Observad vida quieta y arreglada,
Y con buenas acciones
Ganaréis opinión muy estimada.
Aunque nos convirtamos en Corderos,
Le respondió un oyente sentencioso,
Otros han de robar los gallineros
A costa de la fama del Raposo.
Jamás se cobra la opinión perdida;
Esto es lo uno: á mas, ¿usted pretende
Que mudemos de vida?
Quien malas mañas há... ya usted me entiende.

Sin embargo, hermanito, crea, crea...
 (El enfermo le dijo) ¡Mas qué siento!...
 ¿No oís que una Gallina cacarea?...
 Esto sí que no es cuento.
 A Dios, sermón, escápase la gente.
 El enfermo orador esfuerza el grito:
 ¿Os vais, hermanos? pues tened presente
 Que no me haria daño algun Pollito.

FÁBULA II.

LAS EXÉQUIAS DE LA LEONA.

En su regia caverna inconsolable
 El rey Leon yacia,
 Porque en el mismo dia
 Murió (¡cruel dolor!) su esposa amable.
 A palacio la corte toda llega,
 Y en fúnebre aparato se congrega.
 En la cóncava gruta resonaba
 Del triste rey el doloroso llanto.
 Allí los cortesanos entre tanto
 Tambien gemian porque el rey lloraba;
 Que si el viudo monarca se riera,
 La corte lisonjera
 Trocara en risa el lamentable paso.
 Perdone la difunta, voy al caso.
 Entre tanto sollozo
 El Ciervo no lloraba (yo lo creo),
 Porque lleno de gozo
 Miraba ya cumplido su deseo.
 La tal reina le habia devorado

Un hijo y la mujer al desdichado.
 El Ciervo, en fin, no llora:
 El concurso lo advierte,
 El monarca lo sabe, y en la hora
 Ordena con furor darle la muerte.
 ¿Cómo podré llorar, el Ciervo dijo,
 Si apenas puedo hablar de regocijo?
 Ya disfruta, gran rey, mas venturosa
 Los éliseos campos vuestra esposa:
 Me lo ha revelado á la venida,
 Muy cerca de la gruta aparecida:
 Me mandó lo callase algun momento
 Porque gusta mostreis el sentimiento.
 Dijo así; y el concurso cortesano
 Aclamó por milagro la patraña.
 El Ciervo consiguió que el soberano
 Cambiase en amistad su fiera saña.
Los que en la indignacion han incurrido
De los grandes señores,
A veces su favor han conseguido
Con ser aduladores:
Mas no por esto advierto
Que el medio sea justo, pues es cierto
Que á mas príncipes vicia
La adulacion servil que la malicia.

FÁBULA III.

EL POETA Y LA ROSA.

Una fresca mañana
 En el florido campo

Un Poeta buscaba
 Las delicias de Mayo:
 Al peso de las flores
 Se inclinaban los ramos,
 Como para ofrecerse
 Al huésped solitario.
 Una Rosa lozana,
 Movida al aire blando,
 Le llama, y él se acerca,
 La toma, y dice ufano:
 Quiero, Rosa, que vayas
 No mas que por un rato
 A que la hermosa Clori
 Te reciba en su mano:
 Mas no, no, pobrecita,
 Que si vas á su lado
 Tendrás de su hermosura
 Unos zelos amargos;
 Tu suave fragancia,
 Tu color delicado,
 El verdor de tus hojas
 Y tus pimpollos caros
 Entre estas florecillas
 Pueden ser alabados;
 Mas junto á Clori bella
 Es locura pensarlo:
 Marchita, cabizbaja
 Te irías deshojando,
 Hasta parar tu vida
 En un desnudo cabo.
 La Rosa, que hasta entonces
 No despegó sus labios,

Le dijo resentida:
 Poeta chabacano,
 Cuando á un héroe quieras
 Coronar con el lauro,
 Del jardín de sus hechos
 Has de cortar los ramos:
 Por labrar su corona
 No es justo que tus manos
 Desnuden otras sienés
 Que la virtud y el mérito adornaron.

FÁBULA IV.

EL BUHO Y EL HOMBRE.

Vivía en un granero retirado
 Un reverendo Buhó, dedicado
 A sus meditaciones,
 Sin olvidar la caza de Ratonés:
 Se dejaba ver poco, mas con arte;
 Al gran turco imitaba en esta parte.
 El dueño del granero
 Por azar advirtió que en un madero
 El pájaro nocturno
 Con gravedad estaba taciturno:
 El Hombre le miraba, se reía;
 ¿Qué carita de pascua! le decía:
 ¿Puede haber mas ridículo visaje?
 Vaya que eres un raro personaje:
 ¿Por qué no has de vivir alegremente
 Con la pájara gente,
 Seguir desde la aurora

A la turba canora
 De Jilgueros, Calandrias, Ruisiñores,
 Por valles, fuentes, árboles y flores?
 Piensas á lo vulgar, eres un necio,
 Dijo el solemne Buhu con desprecio:
 Mira, mira, ignorante,
 A la sabiduría en mi semblante:
 Mi aspecto, mi silencio, mi retiro
 Aun yo mismo lo admiro:
 Si rara vez me digno, como sabes,
 De visitar la luz, todas las aves
 Me siguen y rodean; desde luego
 Mi mérito conocen, no lo niego.
 ¡Ah, tonto, presumido!
 (El Hombre dijo así) ten entendido
 Que las aves, muy lejos de admirarte,
 Te siguen y rodean por burlarte:
 De ignorante orgulloso te motejan;
 Como yo á aquellos Hombres que se alejan
 Del trato de las gentes,
 Y con extravagancias diferentes
 Han llegado á doctores en la ciencia
 De ser sabios no mas que en la apariencia.
 De esta suerte de locos
 Hay Hombres como Buhos, y no pocos.

FÁBULA V.

LA MONA.

Subió una Mona á un nogal,
 Y cogiendo una nuez verde

En la cáscara la muerde,
 Con que la supo muy mal;
 Arrojóla el animal,
 Y se quedó sin comer.
Así suele suceder
A quien su empresa abandona,
Porque halla, como la Mona,
Al principio que vencer.

FÁBULA VI.

ESOPO Y UN ATENIENSE.

Cercado de muchachos,
 Y jugando á las nueces,
 Estaba el viejo Esopo
 Mas que todos alegre.
 ¡Ah pobre! ya chochea,
 Le dijo un Ateniense.
 En respuesta el anciano
 Coge un arco que tiene
 La cuerda floja, y dice:
 Ea, si es que lo entiendes,
 Dime, ¿qué significa
 El arco de esta suerte?
 Lo examina el de Atenas,
 Piensa, cavila, vuelve,
 Y se fatiga en vano,
 Pues que no lo comprende.
 El Frigio victorioso
 Le dijo: amigo, advierte
 Que romperás el arco

Si está tirante siempre;
 Si flojo, ha de servirte
 Cuando tú lo quisieres.
*Si al ánimo estudioso
 Algun recreo dieren,
 Volverá á sus tareas
 Mucho mas útilmente.*

FABULA VII.

DEMETRIO Y MENANDRO.

*Si te falta el buen nombre,
 Fabio, en vano presumes
 Que en el mundo te tengan por grande hombre,
 Sin mas que por tus galas y perfumes.*

Demetrio el Faleriano se apodera
 De Atenas; y aunque fue con tiranía,
 De agradable manera
 Los del vulgo le aclaman á porfia.
 Los grandes y los nobles distinguidos
 Con fingido placer la mano besan
 Que los tiene oprimidos.
 Aun á los que en el ocio se embelesan,
 Y á la poltrona gente,
 Los arrastra el temor al cumplimiento:
 Con ellos va Menandro juntamente,
 Dramático escritor de gran talento,
 Cuyas obras leyó sin conocerle
 Demetrio. Con perfumes olorosos
 Y pasos afectados entra: al verle
 Llegar entre los tardos perezosos,

El nuevo Archonte prorumpió enojado:
 ¿Con qué valor se pone en mi presencia
 Ese hombre afeminado?
 Señor, le respondió la concurrencia,
 Es Menandro el autor. Al punto muda
 De semblante el tirano;
 Al escritor saluda,
 Y con grata expresion le da la mano.

FÁBULA VIII.

LAS HORMIGAS.

Lo que hoy las Hormigas son
 Eran los Hombres antaño:
 De lo propio y de lo extraño
 Hacian su provision.
 Júpiter, que tal pasion
 Notó de siglos atrás,
 No pudiendo aguantar mas,
 En Hormigas los trasforma.
 Ellos mudaron de forma:
 ¿Y de costumbres? Jamás.

FÁBULA IX.

LOS GATOS ESCRUPULOSOS.

A las once y aun mas de la mañana
 La cocinera Juana,
 Con pretexto de hablar á la vecina,
 Se sale, cierra, y deja en la cocina

A *Micifuf* y *Zapiron* hambrientos.
 Al punto (pues no gastan cumplimientos
 Gatos enhambrecidos)
 Se avanzan á probar de los cocidos.
 Fú, dijo *Zapiron*, maldita olla,
 ¡Cómo abrasa! Veamos esa Polla
 Que está en el asador lejos del fuego;
 Ya tambien escaldado, desde luego
 Se arrima *Micifuf*, y en un instante
 Muestra cada trinchante
 Que en el arte cisoria sin gran pena,
 Pudiera dar lecciones á Villena.
 Concluido el asunto,
 El señor *Micifuf* tocó este punto.
Utrum, si se podia ó no en conciencia
 Comer el asador. ¡Oh qué demencia
 (Exclamó *Zapiron* en altos gritos),
 Cometer el mayor de los delitos!
 ¿No sabes que el herrero
 Ha llevado por él mucho dinero,
 Y que si bien la cosa se examina,
 Entre la batería de cocina
 No hay un mueble mas serio y respetable?
 Tu pasion te ha engañado, miserable.
Micifuf en efecto
 Abandonó el proyecto;
 Pues eran los dos Gatos
 De suerte timoratos
 Que si el diablo, tentando sus pasiones,
 Les pusiese asadores á millones
 (No hablo yo de las Pollas), ó me engañó,
 O no comieran uno en todo el año.

DE OTRO MODO.

¡Qué dolor! por un descuido
Micifuf y *Zapiron*
 Se comieron un Capon
 En un asador metido:
 Despues de haberse lamido
 Trataron en conferencia
 Si obrarian con prudencia
 En comerse el asador.
 ¿Le comieron? No señor:
 Era caso de conciencia.

FÁBULA X.

EL ÁGUILA Y LA ASAMBLA
 DE LOS ANIMALES.

Todos los animales cada instante
 Se quejaban á Jupiter Tonante
 De la misma manera
 Que si fuese un alcalde de montera.
 El dios (y con razon) amostazado,
 Viéndose importunado,
 Por dar fin de una vez á las querellas,
 En lugar de sus rayos y centellas,
 De receptor envia desde el cielo
 Al Águila rapante, que de un vuelo
 En la tierra juntó los animales,
 Y expusieron en suma cosas tales:
 Pidió el Leon la astucia del Raposo,
 Éste de aquel lo fuerte y valeroso;
 Envidia la Paloma al Gallo fiero,

El Gallo á la Paloma en lo ligero;
 Quiere el Sabueso patas mas felices,
 Y cuenta como nada sus narices:
 El Galgo lo contrario solicita,
 Y en fin (cosa inaudita),
 Los Peces, de las ondas ya cansados,
 Quieren poblar los bosques y los prados;
 Y las bestias, dejando sus lugares,
 Surcar las olas de los anchos mares.
 Despues de oirlo todo,
 El Águila concluye de este modo:
 ¿Ves, maldita caterva impertinente,
 Que entre tanto viviente
 De uno y otro elemento,
 Pues nadie está contento,
 No se encuentra feliz ningun destino?
 ¿Pues para qué envidiar el del vecino?
 Con solo este discurso
 Aun el bruto mayor de aquel concurso
 Se dió por convencido.
De modo que es sabido
Que ya solo se matan los humanos
En envidiar la suerte á sus hermanos.

FÁBULA XI.

LA PALOMA.

Un pozo pintado vió
 Una Paloma sedienta,
 Tiróse á él tan violenta
 Que contra la tabla dió:
 Del golpe al suelo cayó,

Y allí muere de contado.
De su apetito guiado,
Por no consultar al juicio,
Así vuela al precipicio
El Hombre desenfrenado.

FÁBULA XII.

EL CHIVO AFEITADO.

Vaya una quisicosa.
 Si aciertas, Juana hermosa,
 Cuál es el animal mas presumido
 Qué rabia por hacerse distinguido
 Entre sus semejantes,
 Te he de regalar un par de guantes.
 No es el Pavon, ni el Gallo,
 Ni el Leon, ni el Caballo,
 Y así no me fatigues con demandas.—
 ¿Será tal vez... el Mono?—Cerca le andas.—
 ¿El Mico?—Que te quemas;
 Pero no acerterás: no, no lo temas:
 Déjalo, no te canses el caletre.
 Yo te diré cuál es: el *peimetre*.
 Este vano orgulloso
 Pierde tiempo, doblones y reposo
 En hacer distinguida su figura:
 No pára en los adornos su locura,
 Hace estudio de gestos y de acciones
 A costa de violentas contorsiones:
 De perfumes va siempre prevenido,
 No quiere oler á Hombre ni en descuido.
 Que mire, marche ó hable,

En todo busca hacerse *remarcable*.
 ¿Y qué consigue? Lo que todo necio;
 Cuanto mas se distingue, mas desprecio:
 En la historia siguiente yo me fundo.

Un Chivo, como muchos en el mundo,
 Vano extremadamente,
 Se miraba al espejo de una fuente:
 ¡Qué lástima, decía,
 Que esté mi juventud y lozanía
 Por siempre disfrazada
 Debajo de esta barba tan poblada!
 ¿Y cuándo? cuando en todas las naciones
 No tienen ni aun bigotes los varones;
 Pues ya cuentan que son los moscovitas,
 Si barbones ayer, hoy señoritas.
 ¡Qué cabrunos estilos tan groseros!
 A bien que estoy en tierra de barberos.
 La historia fue en Tetuan, y todo el día
 La barberil guitarra se sentía:
 El Chivo fue guiado de su tono
 A la tienda de un Mono,
 Barberillo afamado,
 Que afeitó al señorito de contado.
 Sale barbilampiño á la campaña;
 Al ver una figura tan extraña,
 No hubo Perro ni Gato
 Que no le hiciese burla al mentecato:
 Los Chivos le desprecian, de manera
 Que no hay mas que decir. ¡Quién lo creyera!
 Un respetable Macho
 Dicen que se rió como un muchacho.

LIBRO III.

FÁBULA PRIMERA.

EL NAUFRAGIO DE SIMÓNIDES.

Á ELISA.

En tanto que tus vanas compañeras,
 Cercadas de galanes seductores,
 Escuchan placenteras
 En la escuela de Venus los amores;
 Elisa, retirada te contemplo
 De la diosa Minerva al sacro templo.
 Ni eres menos donosa,
 Ni menos agraciada
 Que Clori, ponderada
 De gentil y de hermosa;
 Pues, Elisa divina, ¿por qué quieres
 Huir en tu retiro los placeres?
 ¡Oh sábia, qué bien haces
 En estimar en poco la hermosura,
 Los placeres fugaces,
 El bien que solo dura
 Como rosa que el ábrego marchita!
 Tu prudencia infinita
 Busca el sólido bien y permanente

En la virtud y ciencia solamente.
 Cuando el tiempo implacable con presteza,
 O los males tal vez inopinados,
 Se lleven la hermosura y gentileza,
 Con lágrimas estériles llorados
 Serán aquellos días que se fueron,
 Y á juegos vanos tus amigas dieron;
 Pero á tu bien estable
 No hay tiempo ni accidente que consuma,
 Siempre serás feliz, siempre estimable.
 Eres sábia, y en suma
 Este bien de la ciencia no perece:
 Oye como esta fábula lo explica,
 Que mi respeto á tu virtud dedica.

Simónides en Asia se enriquecê
 Cantando á justo precio los loores
 De algunos generosos vencedores.
 Este sabio poeta, con deseo
 De volver á su amada patria Ceo,
 Se embarca, y en la mar embravecida
 Fue la mísera nave sumergida.
 De la gente á las ondas arrojada
 Sale quien diestro nada,
 Y el que nadar nó sabe,
 Fluctúa en las reliquias de la nave.
 Pocos llegan á tierra afortunados
 Con las náufragas tablas abrazados.
 Todos cuantos el oro recogieron,
 Con el peso abrumados perecieron.
 A Clecémone van: allí vivia
 Un varon literato, que leia

Las obras de Simónides, de suerte
 Que al conversar los náufragos, advierte
 Que Simónides habla, y en su estilo
 Le conoce, le presta todo asilo
 De vestidos, criados y dineros;
 Pero á sus compañeros
 Les quedó solamente por sufragio
 Mendigar con la tabla del naufragio.

FÁBULA II.

EL FILÓSOFO Y LA PULGA.

Meditando á sus solas cierto dia
 Un pensador Filósofo, decia:
 El jardin adornado de mil flores
 Y diferentes árboles mayores,
 Con su fruta sabrosa enriquecidos,
 Tal vez entretejidos
 Con la frondosa vid que se derrama
 Por una y otra rama,
 Mostrando á todos lados
 La peras y racimos desgajados,
 Es cosa destinada solamente
 Para que la disfruten libremente
 La Oruga, el Caracol, la Mariposa:
 No se presumen ellos otra cosa.
 Los Pájaros sin cuento,
 Burlándose del viento,
 Por los aires sin dueño van girando.
 El Milano cazando
 Saca la consecuencia:
 Para mí los crió la Providencia.

El Cangrejo en la playa envanecido.
 Mira los anchos mares, persuadido
 A que las olas tienen por empleo
 Solo satisfacerle su deseo;
 Pues cree que van y vienen tantas veces
 Por dejarle en la orilla ciertos Pecés.
 No hay (prosigue el Filósofo profundo)
 Animal sin orgullo en este mundo:
 El Hombre solamente
 Puede en esto alabarse justamente.
 Cuando yo me contemplo colocado
 En la cima de un risco agigantado,
 Imagino que sirve á mi persona
 Todo el cóncavo cielo de corona:
 Veo á mis pies los mares espaciosos,
 Y los bosques umbrosos
 Poblados de animales diferentes;
 Las escamosas gentes,
 Los brutos, y las fieras,
 Y las aves ligeras,
 Y cuanto tiene aliento
 En la tierra, en el agua y en el viento;
 Y digo finalmente, todo es mio.
 ¡Oh grandeza del Hombre y poderío!
 Una Pulga que oyó con gran cachaza
 Al Filósofo maza,
 Dijo: cuando me miro en tus narices,
 Como tú sobre el risco que nos dices,
 Y contemplo á mis pies aquel instante
 Nada menos que al Hombre dominante,
 Que manda en cuanto encierra
 El agua, viento y tierra,

Y que el tal poderoso caballero
 De alimento me sirve cuando quiero,
 Concluyo finalmente, todo es mio.
 ¡Oh grandeza de Pulga y poderío!
 Así dijo, y saltando se le ausenta.
*De este modo se afrenta
 Aun al mas poderoso
 Cuando se muestra vano y orgulloso.*

FÁBULA III.

EL CAZADOR Y LOS CONEJOS.

Poco antes que esparciese
 Sus cabellos en hebras
 El rubicundo Apolo
 Por la faz de la tierra,
 De cazador armado
 Al soto Fabio llega.
 Por el nudoso tronco
 De cierta encina vieja
 Sube para ocultarse
 En las ramas espesas.
 Los incautos Conejos
 Alegres se le acercan.
 Uno del verde prado
 Igualaba la yerba:
 Otro, cual jardinero,
 Las florecillas riega;
 El tomillo y romero
 Este y aquel cercenan.
 Entre tanto al mas gordo
 Fabio su tiro asesta:

Dispara, y al estruendo
 Se meten en sus cuevas
 Tan repentinamente,
 Que á muchos pareciera
 Que (salvo el muerto) á todos
 Se los tragó la tierra.
 ¿Despues de tal espanto
 Habrá alguno que crea
 Que de allí á poco rato
 La tímida caterva,
 Olvidando el peligro,
 Al riesgo se presenta?
Cosa extraña parece;
Mas no se admiren de ella:
 ¿Acaso los humanos
 Hacen de otra manera?

FÁBULA IV.

EL FILÓSOFO Y EL FAISAN.

Llevado de la dulce melodía
 Del cántico variado y delicioso,
 Que en un bosque frondoso
 Las aves forman saludando al día,
 Entró cierta mañana
 Un sabio en los dominios de Diana.
 Sus pasos esparcieron el espanto
 En la agradable estancia:
 Interrúpese el canto;
 Las aves vuelan á mayor distancia:
 Todos los animales asustados
 Huyen delante de él precipitados;

Y el Filósofo queda
 Con un triste silencio en la arboleda,
 Marcha con cauto paso ocultamente,
 Descubre sobre un árbol eminente
 A un Faisan rodeado de su cria,
 Que con amor materno la decia:
 Hijos míos, pues ya que en mis lecciones
 Largamente os hablé de los Milanos,
 De los Buitres y Halcones,
 Hoy hemos de tratar de los humanos.
 La Oveja en leche y lana
 Da abrigo y alimento
 Para la raza humana;
 Y en agradecimiento
 A tan gran bienhechora,
 La mata el Hombre mismo y la devora.
 A la Abeja que labra sus panales
 Artificiosamente
 La roba, come, vende sus caudales,
 Y la mata en ejércitos su gente.
 ¿Qué recompensa en suma
 Consigue al fin el Ganso miserable
 Por el precioso bien incomparable
 De ayudar á las ciencias con su pluma?
 Le da muerte temprana el Hombre ingrato,
 Y hace de su cadáver un gran plato.
 Y pues que los humanos son peores
 Que Milanos y Azores,
 Y que toda perversa criatura,
 Huiréis con horror de su figura.
 Así charló, y el Hombre se presenta:
 Ese es, grita la madre, y al instante

La familia volante
 Se desprende del árbol y se ausenta.
 ¡Oh cómo habló el Faisan! ; *Mas qué dijera*
 (*El Filósofo exclama*) *si supiera*
Que en sus propios hermanos
La ingratitud ejercen los humanos!

FÁBULA V.

EL ZAPATERO MÉDICO.

Un inhábil y hambriento Zapatero
 En la corte por Médico corria:
 Con un contraveneno que fingia
 Ganó fama y dinero.
 Estaba el Rey postrado en una cama
 De una grave dolencia;
 Para hacer experiencia
 Del talento del Médico, le llama.
 El antidoto pide, y en un vaso
 Finge el Rey que le mezcla con veneno;
 Se lo manda beber: el tal Galeno
 Teme morir; confiesa todo el caso,
 Y dice que sin ciencia
 Logró hacerse doctor de grande precio
 Por la credulidad del vulgo necio.
 Convoca el Rey al pueblo: ¡qué demencia
 Es la vuestra, exclamó, que habeis fiado
 La salud francamente
 De un hombre, á quien la gente
 Ni aun queria fiarle su calzado!
Esto para los crédulos se cuenta,
En quienes tiene el charlatan su renta.

FABULA VI.

EL MURCIÉGALO Y LA COMADREJA.

Cayó sin saber cómo
 Un Murciégalo á tierra,
 Al instante le atrapa
 La lista Comadreja.
 Clamaba el desdichado
 Viendo su muerte cerca.
 Ella le dice: muere,
 Que por naturaleza
 Soy mortal enemiga
 De todo cuanto vuela.
 El avechucho grita,
 Y mil veces protesta
 Que él es Raton, cual todos
 Los de su descendencia.
 Con esto (¡qué fortuna!)
 El preso se liberta.
 Pasado cierto tiempo,
 No sé de qué manera,
 Segunda vez le pillá:
 Él nuevamente ruega;
 Mas ella le responde
 Que Júpiter la ordena
 Tenga paz con las aves,
 Con los Ratones gerra.—
 ¿Soy yo Raton acaso?
 Yo creo que estás ciega.
 ¿Quieres ver como vuelo?

En efecto, le deja,
 Y á merced de su ingenio
 Libre el Pájaro vuela.
Aquí aprendió de Esopo
La gente marinera,
Murciégalos que fingen
Pasaporte y bandera.
No importa que haya pocos
Ingleses Comadreja:
Tal vez puede de un riesgo
Sacarnos una treta.

FABULA VII.

LA MARIPOSA Y EL CARACOL.

Aunque te haya elevado la fortuna
 Desde el polvo á los cuernos de la luna,
 Si hablas, Fabio, al humilde con desprecio,
 Tanto como eres grande, serás necio.
 ¡Qué! ¿te irritas? ¿te ofende mi lenguaje?—
 No se habla de ese modo á un personaje.—
 Pues haz cuenta, señor, que no me oiste,
 Y escucha á un Caracol; vaya de chiste.

En un bello jardin cierta mañana
 Se puso muy ufana
 Sobre la blanca rosa
 Una recién nacida Mariposa.
 El sol resplandeciente
 Desde su claro oriente
 Los rayos esparcia:

Ella á su luz las alas extendia,
 Solo porque envidiasen sus colores
 Manchadas aves y pintadas flores.
 Esta vana, preciada de belleza,
 Al volver la cabeza
 Vió muy cerca de sí sobre una rama
 A un pardo Caracol. La bella dama
 Irritada exclamó: ¿cómo, grosero,
 A mi lado te acercas? Jardinero,
 ¿De que sirve que tengas con cuidado
 El jardin cultivado,
 Y guardes tu desvelo
 La rica fruta del rigor del hielo,
 Y los tiernos botones de las plantas,
 Si ensucia y come todo cuanto plantas
 Este vil Caracol de baja esfera?
 O mátales al instante, ó vaya fuera.
 Quien ahora te oyese,
 Si no te conociese
 (Respondió el Caracol), en mi conciencia
 Que pudiera temblar en tu presencia.
 Mas dime, miserable criatura,
 Que acabas de salir de la basura,
 ¿Puedes negar que aun no hace cuatro dias
 Que gustosa solias
 Como humilde reptil andar conmigo,
 Y yo te hacia honor en ser tu amigo?
 ¿No es tambien evidente,
 Que eres por línea recta descendiente
 De las Orugas, pobres hilanderos,
 Que, mirándose en cueros,
 De sus tripas hilaban y tejian

Un fardo, en que el invierno se metian,
 Como tú te has metido,
 Y aún no hace cuatro dias que has salido?
 Pues si este fue tu origen y tu casa,
 ¿Por qué tu ventolera se propasa
 A despreciar á un Caracol honrado?
El que tiene de vidrio su tejado
Esto logra de bueno
Con tirar las pedradas al ageno.

FABULA VIII.

LOS DOS TITIRITEROS.

Todo el pueblo admirado
 Estaba en una plaza amontonado,
 Y en medio se empinaba un Titerero
 Enseñando una bolsa sin dinero.
 Pase de mano en mano, les decia;
 Señores, no hay engaño, está vacía.
 Se la vuelven, la sopla, y al momento
 Derrama pesos duros; ¡qué portento!
 Levántase un murmullo de repente,
 Cuando ven por encima de la gente
 Otro Titiritero á competencia.
 Queda en expectacion la concurrencia
 Con silencio profundo,
 Cesó el primero, y empezó el segundo.
 Presenta de licor unas botellas:
 Algunos se arrojaron hácia ellas,
 Y al punto las hallaron trasformadas
 En sangrientas espadas.

Muestra un par de bolsillos de doblones:
 Dos personas, sin duda dos ladrones,
 Les echaron la garra muy ufanos,
 Y se ven dos cordeles en sus manos.
 A un relator cargado de procesos,
 Una letra le enseña de mil pesos:
 Sople usted; sopla el hombre apresurado,
 Y le cierra los labios un candado.
 A un abate arrimado á su cortejo
 Le presenta un espejo,
 Y al mirar su retrato peregrino,
 Se vió con las orejas de Pollino.
 A un santero le manda
 Que se acerque: le pillá la demanda,
 Y allá con sus hechizos
 La convirtió en merienda de chorizos.
 A un jóven desenvuelto y rozagante
 Le regala un diamante:
 Este le dió á su dama, y en el punto
 Pálido se quedó como un difunto:
 Item mas, sin narices y sin dientes.
 Allí fue la rechista de las gentes,
 La burla y la chacota;
 El primer Titerero se alborota:
 Dice por el segundo con denuedo:
 Ese hombre tiene un diablo en cada dedo;
 Pues no encierran virtud tan peregrina
 Los polvos de la madre Celestina.
 Que declare su nombre
 El concurso le pide, y el buen hombre
 Entonces mas modesto que un novicio,
 Dijo: no soy el diablo, sino el vicio.

FABULA IX.

EL RAPOSO Y EL PERRO.

De un modo muy afable y amistoso
 El Mastin de un pastor con un Raposo
 Se solia juntar algunos ratos,
 Como tal vez los Perros y los Gatos
 Con amistad se tratan. Cierta dia
 El Zorro á su compadre le decia:
 Estoy muy irritado;
 Los Hombres por el mundo han divulgado
 Que mi raza inocente (¡qué injusticia!)
 Les anda circumcirca en la malicia.
 ¡Ah maldita canalla!
 Si yo pudiera..... En esto el Zorro calla,
 Y erizado se agacha. Soy perdido
 (Dice), los cazadores he oido.
 ¿Qué me sucede? Nada.
 No temas (le responde el camarada),
 Son las gentes que pasan al mercado;
 Mira, mira, cuitado,
 Marchar aldas en cinta mis vecinas
 Coronadas con cestas de Gallinas.
 No estoy (dijo el Raposo) para fiestas:
 Vete con tus Gallinas y tus cestas,
 Y satiriza á otro. Porque sabes
 Que robaron anoche algunas aves,
 ¿He de ser yo el ladron? En mi conciencia
 Que hablé (dijo el Mastin) con inocencia.
 ¿Yo pensar que has robado gallinero,
 Cuando siempre te ví como un Cordero?

¡Cordero! (exclama el Zorro) no hay aguante,
 Que Cordero me vuelva en el instante,
 Si he hurtado el que falta en tu majada.
 ¡Hola! (concluye el Perro) camarada,
 El ladron es usted segun se explica.
 El estuche molar al punto aplica
 Al mísero Raposo,
 Para que así escarmiente el cosquilloso,
 Que de las fabulillas se resiente.
 Si no estás inocente,
 Dime, ¿por qué no bajas las orejas?
 Y si acaso lo estás, ¿de qué te quejas?

LIBRO IV.

FÁBULA PRIMERA.

EL GATO Y LAS AVES.

Charlatanes se ven por todos lados
 En plazas y en estrados,
 Que ofrecen sus servicios (¡cosa rara!)
 A todo el mundo por su linda cara.
 Este químico y médico excelente,
 Cura á todo doliente,
 Pero *gratis*, no se hable de dinero.
 El otro petimetre caballero

Canta, toca, dibuja, borda, danza,
 Y ofrece la enseñanza
Gratis por afición á cierta gente.
 Verémos en la fábula siguiente
 Si puede haber en esto algun engaño:
 La prudente cautela no hace daño.

Dejando los desvanes y rincones
 El señor *Mirrimiz*, Gato de maña,
 Se salió de la villa á la campaña:
 En paraje sombrío
 A la orilla de un rio
 De sauces coronado,
 En unas matas se quedó agachado.
 El Gatazo callaba como un muerto
 Escuchando el concierto
 De dos mil avecillas,
 Que en las ramas cantaban maravillas;
 Pero callaba en vano
 Mientras no se acercaban á su mano
 Los músicos volantes; pues queria
Mirrimiz arreglar la sinfonía.
 Cansado de esperar prorumpe al cabo,
 Sacando la cabeza: *bravo, bravo.*
 La turba calla; cada cual procura
 Alejarse ó meterse en la espesura;
 Mas él les persuadió con buenos modos,
 Y al fin logró que le escuchasen todos.
 No soy Gato montés ó campesino;
 Soy honrado vecino
 De la cercana villa:
 Fui Gato de un maestro de capilla:

La música aprendi; y aun si me empeño,
 Veréis como os la enseño,
 Pero *gratis*, y en menos de una hora.
 ¡Qué cosa tan sonora
 Será el oír un coro de cantores,
 Verbigracia, Calandrias, Ruiseñores!
 Con estas y otras cosas diferentes
 Algunas de las aves inocentes
 Con manso vuelo á *Mirrimiz* llegaron:
 Todas en torno de él se colocaron.
 Entonces con mas gracia,
 Y mas diestro que el músico de Tracia,
 Echando su compás hácia el mas gordo,
 Consigue *gratis* merendarse un Tordo.

FÁBULA II.

LA DANZA PASTORIL.

A la sombra que ofrece
 Un gran peñon tajado,
 Por cuyo pie corria
 Un arroyuelo manso,
 Se formaba en estío
 Un delicioso prado.
 Los árboles silvestres
 Aquí y allí plantados,
 El suelo siempre verde,
 De mil flores sembrado,
 Mas agradable hacian
 El lugar solitario.
 Contento en él pasaba
 La siesta recostado

Debajo de una encina,
 Con el albugue, Bato.
 Al son de sus tonadas
 Los pastores cercanos,
 Sin olvidar algunos
 La guarda del ganado,
 Descendian ligeros
 Desde la sierra al llano.
 Las honestas zagalas,
 Segun iban llegando,
 Bailaban lindamente
 Asidas de las manos
 En torno de la encina
 Donde tocaba Bato.
 De las espesas ramas
 Se veia colgando
 Una guirnalda bella
 De rosas y amaranto.
 La fiesta presidia
 Un mayoral anciano;
 Y ya que el regocijo
 Bastó para descanso,
 Antes que se volviesen
 Alegres al rebaño,
 El viejo presidente
 Con su corvo cayado
 Alcanzó la guirnalda
 Que pendia del árbol,
 Y coronó con ella
 Los cabellos dorados
 De la gentil zagala,
 Que con sencillo agrado

Supo ganar á todas
 En modestia y recato.
Si la virtud premiaran
Algunos cortesanos,
To sé que no huiria
Desde la corte al campo.

FABULA III.

LOS TODOS PERROS.

Procure ser en todo lo posible
El que ha de reprender irrepreensible.
 Sultan, Perro goloso y atrevido,
 En su casa robó, por un descuido,
 Una pierna excelente de Carnero.
 Pinto (gran tragador), su compañero,
 Le encuentra con la presa encarnizado,
 Ojo al través, colmillo acicalado,
 Fruncidas las narices y gruñendo:
 ¿Qué cosa estás haciendo,
 Desgraciado Sultan? (Pinto le dice.)
 ¿No sabes, infelice,
 Que un Perro infiel, ingrato,
 No merece ser Perro, sino Gato?
 ¡Al amo, que nos fia
 La custodia de casa noche y dia,
 Nos halaga, nos cuida y alimenta,
 Le das tan buena cuenta
 Que le robas, goloso,
 La pierna del Carnero mas jugoso!
 Como amigo te ruego
 No la la maltrates mas: déjala luego.

Hablas, dijo *Sultan*, perfectamente.
 Una duda me queda solamente
 Para seguir al punto tu consejo:
 Dí, ¿te la comerás si yo la dejo?

FÁBULA IV.

LA MODA.

Después de haber corrido
 Cierta danzante Mono
 Por cantones y plazas
 De ciudad en ciudad el mundo todo,
 Logró (dice la historia,
 Aunque no cuenta el cómo)
 Volverse libremente
 A los campos del África orgulloso.
 Los Monos al viajero
 Reciben con mas gozo
 Que á Pedro el Czar los rusos,
 Que los griegos á Ulises generosos.
 De leyes, de costumbres
 Ni él habló, ni algun otro
 Le preguntó palabra;
 Pero de trajes y de modas todos.
 En cierta gerigonza,
 Con extranjero tono,
 Les hizo un *gran detalle*
 De lo mas *remarcable á los curiosos*.
 Empecemos (decia)
 Aunque sea por poco.
 Hiciéronse zapatos
 Con cáscaras de nueces por lo pronto.

Toda la raza Mona
 Andaba con sus choclos,
 Y el no traerlos era
 Faltar á la decencia y al decoro.
 Un Leopardo hambriento
 Trepa para los Monos:
 Ellos huir intentan
 A salvarse en los árboles del soto.
 Las chinelas lo estorban,
 Y de muy fácil modo
 Aquí y allí mataba,
 Haciendo á su placer dos mil destrozos.
 En Tetuan desde entonces
 Manda el senado docto
 Que cualquier uso ó moda
 De países cercanos ó remotos,
 Antes que llegue el caso
 De adoptarse en el propio,
 Haya de examinarse
 En junta de políticos á fondo.
 Con tan justo decreto,
 Y el suceso horroroso,
 ¿Dejaron tales modas?
 Primero dejarían de ser Monos.

FÁBULA V.

EL LOBO Y EL MASTIN.

Trampas, redes y Perros
 Los zelosos pastores disponian
 En lo oculto del bosque y de los cerros,
 Porque matar querian

A un Lobo por el bárbaro delito
 De no dejar á vida ni un Cabrito.
 Hallóse cara á cara
 Un Mastin con el Lobo de repente:
 Y cada cual se para,
 Tal como en Zama estaban frente á frente
 Antes de la batalla muy serenos
 Anibal y Scipion: ni mas ni menos.
 En esta suspension treguas propone
 El Lobo á su enemigo;
 El Mastin no se opone,
 Antes le dice: amigo,
 Es cosa bien extraña por mi vida
 Meterse un señor Lobo á cabricida:
 Ese cuerpo brioso
 Y de pujanza fuerte,
 Que mate al Jabalí, que venza al Oso:
 Mas ¿qué dirán al verte
 Que lo valiente y fiero
 Empleas en la sangre de un Cordero?
 El Lobo le responde: camarada,
 Tienes mucha razon; en adelante
 Propongo no comer sino ensalada:
 Se despiden y toman el portante.
 Informados del hecho
 Los pastores se apuran y patean;
 Agarran al Mastin y le apalean.
 Digo que fue bien hecho;
 Pues en vez de ensalada en aquel año
 Se fue comiendo el Lobo su rebaño.
*¿Con una reprension, con un consejo
 Se pretende quitar un vicio añejo?*

FÁBULA VI.

LA HERMOSA Y EL ESPEJO.

Anarda la bella
 Tenia un amigo,
 Con quien consultaba
 Todos sus caprichos:
 Colores de moda,
 Mas ó menos vivos,
 Plumas, sombreretes,
 Lunares y rizos,
 Jamás en su adorno
 Fueron admitidos,
 Si él no la decia:
Gracioso, bonito.
 Cuando su hermosura,
 Llena de atractivo,
 En sus verdes años
 Tenia mas brillo,
 Traidoras la roban
 (Ni acierto á decirlo)
 Las negras viruelas
 Sus gracias y hechizos.
 Llegóse al Espejo,
 Este era su amigo,
 Y como se jacta
 De fiel y sencillo,
 Lisa y llanamente
 La verdad la dijo.
 Anarda furiosa

Casi sin sentido
 Le vuelve la espalda
 Dando mil quejidos:
 Desde aquel instante
 Cuentan que no quiso
 Volver á consultas
 Con el señor mio.
 Escúchame, Anarda,
 Si buscas amigos
 Que te representen
 Tus gracias y hechizos,
 Mas que no te adviertan
 Defectos y aun vicios
 De aquellos que nadie
 Conoce en sí mismo,
 Dime, ¿de qué modo
 Podrás corregirlos?

FÁBULA VII.

EL VIEJO Y EL CHALAN.

Fabio está, no lo niego, muy notado
 De una cierta pasion que le domina:
 ¿Mas qué importa, señor? Si se examina
 Se verá que es un mozo muy honrado,
 Generoso, cortés, hábil, activo,
 Y que de todo entiende
 Cuanto pide el empleo que pretende.
 Y qué, ¿no se le dan?... ¿Por qué motivo?...
 Trataba un Viejo de comprar un Perro
 Para que le guardase los doblones;

Le decia el Chalan estas razones:
 Con un collar de hierro
 Que tenga el animal, échenle gente:
 Es hermoso, pujante,
 Leal, bravo, arrogante;
 Y aunque tiene la falta solamente
 De ser algo goloso.....
 ¿Goloso? (dice el rico) No le quiero.
 No es para marmiton ni despensero,
 Continúa el Chalan muy presuroso,
 Sino para valiente centinela.
 Menos, concluye el Viejo:
 Dejará que me quiten el pellejo
 Por lamer entre tanto la cazuela.

FÁBULA VIII.

LA GATA CON CASCABELES.

Salió cierta mañana
 Zapaquilda al tejado
 Con un collar de grana,
 De pelo y cascabeles adornado.
 Al ver tal maravilla
 Del alto corredor y la buhardilla
 Van saltando los Gatos de uno en uno:
 Congrégase al instante
 Tal concurso gatuno
 En torno de la dama rozagante,
 Que entre flexibles colas arboladas
 Apenas divisarla se podia:
 Ella con mil monadas

El cascabel parlero sacudia;
 Pero cesando al fin el sonsonete,
 Dijo que por juguete
 Quitó el collar al Perro su señora
 Y se le puso á ella.
 Cierta que *Zapaquilda* estaba bella.
 A todos enamora,
 Tanto que en la gatesca compañía
 Cuál dice su atrevido pensamiento,
 Cuál se encrespa zeloso,
 Ríen este y aquel con ardimiento,
 Pues con ansia queria
 Cada Gato soltero ser su esposo.
 Entre los arañazos y maullidos
 Levántase *Garraf*, Gato prudente,
 Y á los enfurecidos
 Les grita: noble gente,
 ¡Gata con cascabeles por esposa!
 ¿Quién pretende tal cosa?
 ¿No veis que el cascabel la caza ahuyenta,
 Y que la dama hambrienta
 Necesita sin duda que el marido,
 Ausente y aburrido,
 Busque la provision en los desvanes,
 Mientras ella cercada de galanes,
 Porque el mundo la vea,
 De tejado en tejado se pasea?
 Marchóse *Zapaquilda* convencida,
 Y lo mismo quedó la concurrencia.
 ¡Cuántos chascos se llevan en la vida
 Los que no miran mas que la apariencia!

FABULA IX.

EL RUISEÑOR Y EL MOCHUELO.

Una noche de Mayo
 Dentro de un bosque espeso,
 Donde, segun reinaba
 La triste oscuridad con el silencio,
 Parece que tenia
 Su habitacion Morfeo;
 Cuando todo viviente
 Disfrutaba del dulce y blando sueño,
 Pendiente de una rama
 Un Ruiseñor parlero
 Empezó con sus ayes
 A publicar sus dolorosos zelos;
 Despues de mil querellas
 Que llegaron al cielo,
 A cantar empezaba
 La antigua historia del infiel Teseo,
 Cuando sin saber cómo
 Un cazador Mochuelo
 Al músico arrebató
 Entre las corvas uñas prisionero.
 Jamás Pan con la flauta
 Igualó sus gorgoros,
 Ni resonó tan grata
 La dulce lira del divino Orfeo:
 No obstante, cuando daba
 Sus últimos lamentos,
 Los vecinos del bosque
 Aplaudian su muerte: yo lo creo.

Si con sus serenatas
 El mismo *Farinelo*
 Viniese á despertarme
 Mientras que yo dormía en blando lecho,
 En lugar de los *bravos*,
 Diria: caballero,
 ¡Que no viniese ahora
 Para tal Ruiseñor algun Mochuelo!
Clori tiene mil gracias,
 ¿*T qué logra con eso?*
Hacerse fastidiosa
 Por no querer usarlas á su tiempo.

FABULA X.

EL AMO Y EL PERRO.

Callen todos los Perros de este mundo
 Donde está mi *Palomo*:
 Es fiel, decia el Amo; sin segundo,
 Y me guarda la casa..... ¿Pero cómo?
 Con la despensa abierta
 Le dejó cierto dia;
 En medio de la puerta
 De guardia se plantó con bizarría.
 Un formidable Gato,
 En vez de perseguir á los Ratones,
 Se venia guiado del olfato
 A visitar chorizos y jamones.
Palomo le despide buenamente;
 El Gatazo se encrespa y acalora,
 Rifien sangrientamente,
 Y mi *guarda-jamones* le devora.

Esto contaba el Amo á sus amigos,
 Y despues á su casa se los llevó
 A que fuesen testigos
 De tal fidelidad en otra prueba.
 Tenia al buen *Palomo* prisionero
 Entre manidas Pollas y Perdices:
 Los sebosos riñones de un Carnero
 Casi casi le untaban las narices.
 Dentro de este retiro á penitencia
 El triste fue metido
 Despues de algunos dias de abstinencia.
 Al fin ya su señor compadecido
 Abre con sus amigos el encierro:
 Sale rabo entre piernas agachado;
 Al Amo se acercaba el pobre Perro,
 Lamiéndose el hocico ensangrentado.
 El dueño se alborota y enfurece
 Con tan fatales nuevas.
 Yo le preguntaria: ¿y qué merece
 Quien la virtud expone á tales pruebas?

FÁBULA XI.

LOS DOS CAZADORES.

Que en una marcial funcion,
 O cuando el caso lo pida,
 Arriesgue un Hombre su vida
 Digo que es mucha razon;
 Pero el que por diversion
 Exponer su vida quiera
 A juguete de una fiera,
 O peligros no menores,

Sepa de dos Cazadores
 Una historia verdadera.
 Pedro Ponce el valeroso,
 Y Juan Carranza el prudente,
 Vieron venir frente á frente
 Al Lobo mas horroroso:
 El prudente, temeroso,
 A una encina se abalanza,
 Y cual otro Sancho Panza
 En las ramas se salvó.
 Pedro Ponce allí murió.
Imitemos á Carranza.

FÁBULA XII.

EL GATO Y EL CAZADOR.

Cierto Gato en poblado descontento,
 Por mejorar sin duda de destino
 (Que no seria Gato de convento),
 Pasó de ciudadano á campesino:
 Metióse santamente
 Dentro de una covacha, mas no lejos
 De un gran soto poblado de Conejos.
 Considere el lector piadosamente
 Si el novel ermitaño
 Probaria la yerba en todo el año.
 Lo mejor de la caza devoraba,
 Haciendo mil excesos,
 Mas al fin por el rastro que dejaba
 De plumas y de huesos,
 Un Cazador lo advierte; le persigue,
 Arma trampas y redes con tal maña

Que al instante consigue
 Atrapar la carnívora alimaña.
 Llégase el Cazador al prisionero;
 Quiere darle la muerte;
 El animal le dice: caballero,
 Duélase de la suerte
 De un triste pobrecito,
 Metido en la prision y sin delito. —
 ¿Sin delito me dices,
 Cuando sé que tus uñas y tus dientes
 Devoran infinitos inocentes? —
 Señor, eran Conejos y Perdices;
 Y yo no hacia mas, á fe de Gato,
 Que lo que ustedes hacen en el plato. —
 Ea, pícaro, muere,
 Que tu mala razon no satisface.
Con que sea la cosa que se fuere
 ¿La podrá usted hacer si otro la hace?

FÁBULA XIII.

EL PASTOR.

Salicio usaba tañer
 La zampoña todo el año,
 Y por oírle el rebafío
 Se olvidaba de pacer.
 Mejor seria romper
 La zampoña al tal Salicio;
Porque si causa perjuicio
En lugar de utilidad,
La mayor habilidad
En vez de virtud es vicio.

FABULA XIV.

EL TORDO FLAUTISTA.

Era un gusto el oír, era un encanto,
 A un Tordo, gran flautista, pero tanto,
 Que en la gaita gallega,
 O la pasión me ciega,
 O á Mison le llevaba mil ventajas.
 Cuando todas las aves se hacen rajas
 Saludando á la aurora,
 Y la turba confusa charladora
 La canta sin compás y con destreza
 Todo cuanto le viene á la cabeza,
 El flautista empezó: cesó el concierto:
 Los pájaros con tanto pico abierto
 Oyeron en un tono soberano
 Las folías, la gaita y el villano.
 Al escuchar las aves tales cosas
 Quedaron admiradas y envidiosas:
 Los Jilgueros preciados de cantores,
 Los vanos Ruiseñores,
 Unos y otros corridos,
 Callan entre las hojas escondidos.
 Ufano el Tordo grita: camaradas,
 Ni saben, ni sabrán estas tonadas
 Los pájaros ociosos,
 Sino los retirados estudiosos;
 Sabed que con un hábil zapatero
 Estudié un año entero;
 El dale que le das á sus zapatos,
 Y alternando silbabamos á ratos.

En fin, viéndome diestro,
 Vuela al campo, me dice mi maestro,
 Y harás ver á las aves de mi parte
 Lo que gana el ingenio con el arte.

FABULA XV.

EL RAPOSO Y EL LOBO.

Un triste Raposo
 Por medio del llano
 Marchaba sin piernas,
 Cual otro soldado
 Que perdió las suyas
 Allá en Campo Santo.
 Un Lobo le dijo:
 Hola, buen hermano,
 Diga, ¿en qué refriega
 Quedó tan lisiado?
 ¡Ay de mí! (responde)
 Un maldito rastro
 Me llevó á una trampa,
 Donde por milagro,
 Dejando una pierna,
 Salí con trabajo:
 Despues de algun tiempo
 Iba yo cazando,
 Y en la trampa misma
 Dejé pierna y rabo.
 El Lobo le dice,
 Creible es el caso;
 Yo estoy tuerto, cojo
 Y desorejado

Por ciertos Mastines
 Guardas de un rebaño.
 Soy de estas montañas
 El Lobo decano;
 Y como conozco
 Las mañas de entrambos,
 Temo que acabemos,
 No digo enmendados,
 Sino tú en la trampa,
 Y yo en el rebaño.
*¡Que el ciego apetito
 Pueda arrastrar tanto!
 A los brutos pase:
 ¡Pero á los humanos!.....*

FÁBULA XVI.

EL CIUDADANO PASTOR.

Cierta jóven leía
 En versos excelentes
 Las dulces pastorelas
 Con el mayor deleite.
 Tenia la cabeza
 Llena de prados, fuentes,
 Pastores y zagalas,
 Zampoñas y rabeles.
 Al fin, cierta mañana
 Prorumpo de esta suerte:
 ¡Yo he de estar prisionero
 Cercado de paredes,
 Esclavo de los hombres,
 Y sujeto á las leyes,

Pudiendo entre pastores
 Grata y sencillamente
 Disfrutar desde ahora
 La libertad campestre!
 De la ciudad al bosque
 Me marchó para siempre:
 Allí naturaleza
 Me brinda con sus bienes,
 Los árboles y rios
 Con frutas y con peces,
 Los ganados y Abejas
 Con la miel y la leche;
 Hasta las duras rocas
 Habitación me ofrecen
 En grutas coronadas
 De pámpanos silvestres.
 Desde tan bella estancia,
 ¿Cuántas y cuántas veces,
 Al son de dulces flautas
 Y sonoros rabeles,
 Oiré á los pastores,
 Que discretos contienden,
 Publicando en sus versos
 Amores inocentes?
 Como que ya diviso
 Entre el ramaje verde
 A la pastora Nise,
 Que al lado de una fuente,
 Sentada al pie de un olmo,
 Una guirnalda teje.
 ¿Si será para Mopso?....
 Tanto el jóven enciende

Su loca fantasía,
 Que ya en fin se resuelve,
 Y en zagal disfrazado
 En los bosques se mete:
 A un rabadan encuentra,
 Y le pregunta alegre:
Dime, ¿es de Melibeo
Ese ganado? — Miente,
 Que es mio; y sobre todo,
 Sea de quien se fuere.
 No respondió el buen hombre
 Muy poéticamente.
 El jóven temeroso
 De que tal vez le diese
 Con el fiero garrote
 Que por cayado tiene,
 Sin chistar mas palabra
 Huyó bonitamente.
 Marchaba pensativo,
 Cuando quiso la suerte
 Que cogiendo bellotas
 A la pastora viesse.
 ¡Oh Nise fementida!
 (Exclama); cuántas veces
 Siendo niña querias
 Que yo te recogiese
 La fruta con rocío
 De mis manzanos verdes!
 Diciendo así, se acerca.
 La moza se revuelve,
 Y, dándole un bufido,
 En las breañas se mete.

Sorprendido el mancebo,
 Dice: ¿qué me sucede?
 ¿Son estos los pastores
 Discretos, inocentes,
 Que pintan los poetas
 Tan delicadamente?
 A nuevos desengaños
 Ya no quiero exponerme.
 Rendido, caviloso
 A la ciudad se vuelve.
To siento á par del alma
Que no se detuviese
A disfrutar un poco
De la vida campestre.
Por mi fe que las migas,
El pastoril albergue,
El rigor del verano,
Los hielos y las nieves
Le hubieran persuadido
Mucho mas vivamente
Que es un solemne loco
Todo aquel que creyere
Hallar en la experiencia
Cuanto el Hombre nos pinta por deleite.

FÁBULA XVII.

EL LADRON.

Por catar una colmena
 Cierto goloso Ladron,
 Del venenoso aguijon
 Tuvo que sufrir la pena.

La miel (dice) está muy buena,
 Es un bocado exquisito:
 Por el aguijon maldito
 No volveré al colmenar.
*¡Lo que tiene el encontrar
 La pena tras el delito!*

FÁBULA XVIII.

EL JÓVEN FILÓSOFO Y SUS COMPAÑEROS.

Un Joven educado
 Con el mayor cuidado
 Por un viejo Filósofo profundo,
 Salió por fin á visitar el mundo.
 Concurrió cierto día
 Entre civil y alegre compañía
 A una mesa abundante y primorosa.
 ¡Espectáculo horrendo! ¡fiera cosa!
 ¡La mesa de cadáveres cubierta
 A la vista del Hombre!... ¡Y éste acierta
 A comer los despojos de la muerte!
 El Joven declamaba de esta suerte.
 Al son de filosóficas razones,
 Devorando Perdices y Pichones,
 Le responden algunos concurrentes:
 Si usted ha de vivir entre las gentes,
 Deberá hacerse á todo.
 Con un gracioso modo,
 Alabando el bocado de exquisito,
 Le presentan un gordo Pajarito.
 Cuanto usted ha exclamado será cierto,
 Mas en fin (le decian) ya está muerto.

Pruébelo por su vida..... Considere
 Que otro le comerá, si no le quiere.
 La ocasion, las palabras, el ejemplo,
 Y, segun yo contemplo,
 Yo no sé que olorcillo
 Que exhalaba el caliente Pajarillo
 Al Joven persuadieron de manera,
 Que al fin se le comió. ¡Quién lo dijera!
 ¡Haber yo devorado un inocente!
 Así clamaba, pero friamente.
 Lo cierto es que llevado de aquel cebo,
 Con mas facilidad cayó de nuevo.
 La ocasion se repite
 De uno en otro convite,
 Y de una Codorniz á una Becada
 Llegó el Joven al fin de la jornada,
 Olvidando sus máximas primeras,
 A ser devorador como las fieras.
*De esta suerte los vicios se insinúan,
 Crecen, se perpetúan
 Dentro del corazon de los humanos,
 Hasta ser sus señores y tiranos.
 ¿Pues qué remedio?... incautos jovencitos,
 Cuenta con los primeros Pajaritos.*

FÁBULA XIX.

*EL ELEFANTE, EL TORO, EL ASNO
 Y LOS DEMÁS ANIMALES.*

Los mansos y los fieros animales,
 A que se remediasen ciertos males
 Desde los bosques llegan,

Y en la rasa campaña se congregan.
 Desde la mas pelada y alta roca
 Un Asno trompetero los convoca.
 El concurso ya junto,
 Instruido tambien en el asunto
 (Pues á todos por Júpiter previno)
 Con cédula *ante diem* el Pollino),
 Imponiendo silencio el Elefante,
 Así dijo: señores, es constante
 En todo el vasto mundo
 Que yo soy en lo fuerte sin segundo:
 Los árboles arranco con la mano (*):
 Venzo al Leon, y es llano
 Que un golpe de mi cuerpo en la muralla
 Abre sin duda brecha. A la batalla
 Llevo todo un castillo guarnecido:
 En la paz y en la guerra soy tenido
 Por un bruto invencible,
 No solo por mi fuerza irresistible,
 Por mi gordo coletto y grave masa,
 Que hace temblar la tierra donde pasa;
 Mas, señores, con todo lo que cuento,
 Solo de vegetales me alimento;
 Y como á nadie daño, soy querido,
 Mucho mas respetado que temido.
 Aprended, pues, de mí, crueles fieras,
 Las que haceis profesion de carniceras,
 Y no hagais por comer atroces muertes,

(*) *Buffon* en la *Historia Natural*, artículo del *Elefante*, llama así á la trompa de este animal.

Puesto que no seréis ni menos fuertes,
 Ni menos respetadas
 Sino muy estimadas
 De grandes y pequeños animales,
 Viviendo como yo de vegetales.
 Gran pensamiento (dicen), gran discurso;
 Y nadie se le opone del concurso.
 Habló despues un Toro de Jarama;
 Escarba el polvo, cabecea, brama:
 Vengan (dice) los Lobos y los Osos
 Si son tan poderosos,
 Y en el circo verán con qué donaire
 Les haré que volteen por el aire.
 ¡Qué! ¿son menos gallardos y valientes
 Mis cuernos que sus garras y sus dientes?
 ¿Pues por qué los villanos carniceros
 Han de comer mis Vacas y Terneros?
 Y si no se contentan
 Con las hojas y yerbas que alimentan
 En los bosques y prados
 A los mas generosos y esforzados,
 Que muerdan de mis cuernos al instante,
 O si no de la trompa al Elefante.
 La asamblea aprobó cuanto decia
 El Toro con razon y valentía.
 Seguíase á los dos en el asiento,
 Por falta de buen orden, el Jumento,
 Y con rubor expuso sus razones.
 Los Milanos (prorumpo) y los Halcones
 (No ofendo á los presentes, ni quisiera),
 Sin esperar tampoco á que me muera,
 Hallan para sus uñas y su picó

Estuche entre los lomos del Borrico;
Ellos querrán ahora como bobos
Comer la yerba á los señores Lobos.
Nada menos: aprendan los malditos
De las Chochaperdices ó Chorlitos,
Que sin hacer á los Jumentos guerra,
Envainan sus picotes en la tierra:
Y viva todo el mundo santamente,
Sin picar ni morder en lo viviente.
Necedad, disparate, impertinencia
(Gritaba aquí y allí la concurrencia).
Haya silencio (claman), haya modo.
Alborotóse todo:
Crece la confusion, la grita crece:
Por mas que el Elefante se enfurece,
Se deshizo en desórden la asamblea.
A Dios gran pensamiento: á Dios idea.

Señores animales, yo pregunto:

¿Habló el Asno tan mal en el asunto?

¿Discurrieron tal vez con mas acierto

El Elefante y Toro? No por cierto.

¿Pues por qué solamente al buen Pollino

Le gritan disparate, desatino?

Porque nadie en razones se paraba,

Sino en la calidad de quien hablaba.

Pues, amigo Elefante, no te asombres:

Por la misma razon entre los Hombres

Se desprecia una idea ventajosa.

¡Qué preocupacion tan peligrosa!

F I N.

TABLA DE LAS FÁBULAS

QUE CONTIENEN
ESTOS DOS TOMOS.

TOMO I.

LIBRO PRIMERO.

FÁB. I.	El Asno y el Cochino.	Pág. 11
II.....	La Cigarra y la Hormiga.	14
III.....	El Muchacho y la Fortuna.	15
IV.....	La Codorniz.	16
V.....	El Águila y el Escarabajo.	17
VI.....	El Leon vencido por el Hombre.	19
VII.....	La Zorra y el Busto.	id.
VIII.....	El Raton de la corte y el del campo.	20
IX.....	El Herrero y el Perro.	21
X.....	La Zorra y la Cigüeña.	22
XI.....	Las Moscas.	23
XII.....	El Leopardo y las Monas.	24
XIII.....	El Ciervo en la fuente.	25
XIV.....	El Leon y la Zorra.	26
XV.....	La Ciervo y el Cervato.	27
XVI.....	El Labrador y la Cigüeña.	28
XVII.....	La Serpiente y la Lima.	29
XVIII.....	El Calvo y la Mosca.	id.
XIX.....	Los dos Amigos y el Oso.	30
XX.....	La Águila, la Gata y la Fabalina.	31

LIBRO SEGUNDO.

FÁB. I.	El Leon con su ejército.	33
II.....	La Lechera.	35
III.....	El Asno sesudo.	37
IV.....	El Zagal y las Ovejas.	38
V.....	La Águila, la Corneja y la Tortuga.	39
VI.....	El Lobo y la Cigüeña.	40
VII.....	El Hombre y la Culebra.	id.
VIII.....	El Pájaro herido de una flecha.	41
IX.....	El Pescador y el Pez.	42
X.....	El Gorrion y la Liebre.	id.
XI.....	Júpiter y la Tortuga.	43
XII.....	El Charlatan.	44
XIII.....	El Milano y las Palomas.	45
XIV.....	Las dos Ranas.	46
XV.....	El parto de los Montes.	48
XVI.....	Las Ranas pidiendo rey.	id.
XVII.....	El Asno y el Caballo.	49
XVIII..	El Cordero y el Lobo.	50
XIX.....	Las Cabras y los Chivos.	51
XX.....	El Caballo y el Ciervo.	52

LIBRO TERCERO.

FÁB. I.	El Águila y el Cuervo.	54
II.....	Los animales con peste.	56
III.....	El Milano enfermo.	58
IV.....	El Leon envejecido.	59
V.....	La Zorra y la Gallina.	60
VI.....	La Cierva y el Leon.	61
VII.....	El Leon enamorado.	id.
VIII.....	El congreso de los Ratones.	62
IX.....	El Lobo y la Oveja.	63
X.....	El Hombre y la Pulga.	64
XI.....	El Cuervo y la Serpiente.	65
XII.....	El Asno y las Ranas.	id.
XIII.....	El Asno y el Perro.	67
XIV.....	El Leon y el Asno cazando.	68
XV.....	El Charlatan y el Rústico.	69

LIBRO CUARTO.

FÁB. I.	La Mona corrida.	70
II.....	El Asno y Júpiter.	72
III.....	El Cazador y la Perdiz.	73
IV.....	El Viejo y la Muerte.	74
V.....	El Enfermo y el Médico.	75
VI.....	La Zorra y las uvas.	id.
VII.....	La Cierva y la viña.	76
VIII.....	El Asno cargado de reliquias.	77
IX.....	Los dos Machos.	78
X.....	El Cazador y el Perro.	id.
XI.....	La Tortuga y el Águila.	79
XII.....	El Leon y el Raton.	80
XIII...	Las Liebres y las Ranas.	81
XIV.....	El Gallo y el Zorro.	82
XV.....	El Leon y la Cabra.	83
XVI.....	La hacha y el mango.	84
XVII..	La Onza y los Pastores.	id.
XVIII..	El Grajo vano.	86
XIX.....	El Hombre y la Comadreja.	id.
XX.....	Batalla de las Comadreas y los Ratones.	87
XXI...	El Leon y la Rana.	88
XXII..	El Ciervo y los Bueyes.	89
XXIII..	Los Navegantes.	90
XXIV..	El Torrente y el Rio.	91
XXV....	El Leon, el Lobo y la Zorra.	92

LIBRO QUINTO.

FÁB. I.	Los Ratones y el Gato.	94
II.....	El Asno y el Lobo.	96
III.....	El Asno y el Caballo.	97
IV.....	El Labrador y la Providencia.	98
V.....	El Asno vestido de Leon.	99
VI.....	La Gallina de los huevos de oro.	100
VII.....	Los Cangrejos.	101
VIII...	Las Ranas sedientas.	102
IX.....	El Cuervo y el Zorro.	103
X.....	Un Cojo y un Picaron.	105

XI.....	<i>El Carretero y Hércules.</i>	106
XII.....	<i>La Zorra y el Chivo.</i>	id.
XIII....	<i>El Lobo, la Zorra y el Mono juez.</i>	107
XIV.....	<i>Los dos Gallos.</i>	108
XV.....	<i>La Mona y la Zorra.</i>	id.
XVI.....	<i>La Gata mujer.</i>	109
XVII...	<i>La Leona y el Oso.</i>	110
XVIII..	<i>El Lobo y el Perro flaco.</i>	111
XIX....	<i>La Oveja y el Ciervo.</i>	112
XX.....	<i>La Alforja.</i>	113
XXI....	<i>El Asno infeliz.</i>	id.
XXII..	<i>El Fabalí y la Zorra.</i>	114
XXIII..	<i>El Perro y el Cocardillo.</i>	115
XXIV..	<i>La Comadreja y los Ratones.</i>	id.
XXV....	<i>El Lobo y el Perro.</i>	116

TOMO II.

LIBRO PRIMERO.

FAB. I.	<i>El Pastor y el Filósofo.</i>	121
II.....	<i>El Hombre y la Fantasma.</i>	124
III.....	<i>El Fabalí y el Carnero.</i>	126
IV.....	<i>El Reposo, la Mujer y el Gallo.</i>	127
V.....	<i>El Filósofo y el Rústico.</i>	128
VI.....	<i>La Pava y la Hormiga.</i>	129
VII.....	<i>El Enfermo y la Vision.</i>	131
VIII....	<i>El Camello y la Pulga.</i>	133
IX.....	<i>El Cerdo, el Carnero y la Cabra.</i>	id.
X.....	<i>El Leon, el Tigre y el Cuminante.</i>	134
XI.....	<i>La Muerte.</i>	136
XII.....	<i>El Amor y la Locura.</i>	137

LIBRO SEGUNDO.

FAB. I.	<i>El Raposo enfermo.</i>	138
II.....	<i>Las exéquias de la Leona.</i>	140
III.....	<i>El Poeta y la Rosa.</i>	141
IV.....	<i>El Buho y el Hombre.</i>	143
V.....	<i>La Mona.</i>	144
VI.....	<i>Esopo y un Ateniese.</i>	145
VII.....	<i>Demetrio y Menandro.</i>	146
VIII....	<i>Las Hormigas.</i>	147
IX.....	<i>Los Gatos escrupulosos.</i>	id.
X.....	<i>El Águila y la asamblea de los animales.</i>	149
XI.....	<i>La Paloma.</i>	150
XII.....	<i>El Chivo afeitado.</i>	151

LIBRO TERCERO.

FÁB. I.	<i>El naufragio de Simónides.</i>	153
II.....	<i>El Filósofo y la Pulga.</i>	155
III.....	<i>El Cazador y los Conejos.</i>	157
IV.....	<i>El Filósofo y el Fairan.</i>	158
V.....	<i>El Zapatero Médico.</i>	160
VI.....	<i>El Murciégalo y la Comadreja.</i>	161
VII.....	<i>La Mariposa y el Caracol.</i>	162
VIII.....	<i>Los dos Titiñitos.</i>	164
IX.....	<i>El Raposo y el Perro.</i>	166

LIBRO CUARTO.

FÁB. I.	<i>El Gato y las aves.</i>	167
II.....	<i>La danza pastóril.</i>	169
III.....	<i>Los dos Perros.</i>	171
IV.....	<i>La moda.</i>	172
V.....	<i>El Lobo y el Mastín.</i>	173
VI.....	<i>La Hermosa y el espejo.</i>	175
VII.....	<i>El Viejo y el Chalan.</i>	176
VIII.....	<i>La Gata con cascabeles.</i>	177
IX.....	<i>El Ruiseñor y el Mochuelo.</i>	179
X.....	<i>El Amo y el Perro.</i>	180
XI.....	<i>Los dos Cazadores.</i>	181
XII.....	<i>El Gato y el Cazador.</i>	182
XIII.....	<i>El Pastor.</i>	183
XIV.....	<i>El Tordo flautista.</i>	184
XV.....	<i>El Raposo y el Lobo.</i>	185
XVI.....	<i>El ciudadano Pastor.</i>	186
XVII.....	<i>El Ladron.</i>	189
XVIII.....	<i>El joven filósofo y sus compañeros.</i>	190
XIX.....	<i>El Elefante, el Toro, el Asno y los demás animales.</i>	191

Biblioteca de
RUSSELL P. SEBOLD